CRÓNICAS CALLEJERAS DESDE CÁCERES

(diario periodístico del coronavirus)

Miguel Ángel Muñoz Rubio

DIPUTACIÓN DE CÁCERES

el Periódico Extremadura

RETRATO DE UNA CIUDAD ENTRE
EL 11 DE MARZO Y EL 24 DE MAYO DE 2020

A los que se fueron, a los que lucharon, a los héroes,
al periodismo, a los periodistas, a El Periódico Extremadura

CRÓNICAS CALLEJERAS DESDE CÁCERES (DIARIO PERIODÍSTICO DEL CORONAVIRUS)

Autor: **Miguel Ángel Muñoz Rubio**

Edita: Diputación Provincial de Cáceres.
Diseño y maquetación: Departamento de Imagen de la Diputación de Cáceres.
Imprime: Imprenta Provincial de la Diputación de Cáceres.
Depósito Legal: CC-000163-2020

Cáceres, julio de 2020

Prólogo, Rocío Sánchez Rodríguez 6
Las flores de los cactus, Rosario Cordero 8
El periodismo local: realista y comprometido, Luis Salaya Julián 10

Capítulo 1.- El día que Cáceres cerró 13
Capítulo 2.- “Virgen de la Montaña, extiende tu manto y protege al mundo” 17
Capítulo 3.- #Yomequedoencasa 21
Capítulo 4.- Luna y los sudokus 24
Capítulo 5.- Los seis metros de mi terraza me salvan 27
Capítulo 6.- “Soy como el junco que se dobla pero siempre sigue en pie” 30
Capítulo 7.- Sobrevivir y resistir 32
Capítulo 8.- Chapeau por Cáceres 34
Capítulo 9.- "Se han llevado todo el pollo" 37
Capítulo 10.- "Al menos la gente ya no va a buscar comida como borregos" 39
Capítulo 11.- El día que dejamos de saber qué día es hoy 41
Capítulo 12.- "Me siento como un yogurt caducado en la nevera" 43
Capítulo 13.- “¿Sabéis que ha muerto Carmen de Mairena? 46
Capítulo 14.- “Cuando todo esto acabe” 48
Capítulo 15.- “Se nos ha ido Lola” 53
Capítulo 16.- “Que nos ayuden a encontrar un respirador para mi tío Pepe, El Cano” 60
Capítulo 17.- “Al miedo solo se le vence con valor,
y si somos policías con más razón” 62
Capítulo 18.- “Cuando quedábamos en el Caja Duero del caballo” 64
Capítulo 19.- “Siempre es sábado con Coke Bermejo” 67
Capítulo 20.- “El peque, genial, ya sabe decir caracol y gallina” 69
Capítulo 21.- “El mundo a través de una mirilla” 71
Capítulo 22.- “Hoy no es un día cualquiera” 73
Capítulo 23.- La fuerza de Quique y de Teresa 75
Capítulo 24.- Leoncia y Carlos del Amor 78
Capítulo 25.- Sonar, soñar 83
Capítulo 26.- Cáceres es ya el torno de un convento 86
Capítulo 27.- El mejor periódico jamás imaginado en el buzón 88
Capítulo 28.- Flota, Cáceres 90
Capítulo 29.- “Se portó como un guerrero, pero al final se fue” 92
Capítulo 30.- “Cáceres, el lugar donde Dani aprendió a amar” 94
Capítulo 31.- India, África y el pan nuestro de cada día 96
Capítulo 32.- Radiografía de los nuevos pobres 98
Capítulo 33.- “Tengo la sensación de que seremos mucho más viejos” 101
Capítulo 34.- Cáceres se entrega al paracetamol y la levadura 103
Capítulo 35.- “Esto no es una guerra, esto es una pandemia” 105
Capítulo 36.- El día del beso que siempre soñamos dar 107
Capítulo 37.- Cuando la vuelta a la normalidad acojona 109
Capítulo 38.- El tiempo detenido en el felpudo 111
Capítulo 39.- Un copazo en La Madrila y luego unos churros en la Churrería Ruiz 113
Capítulo 40.- El dragón de Paula 115
Capítulo 41.- Quinto sábado de confinamiento 117
Capítulo 42.- El bloque de Cáceres que no repudia a los héroes 119

Capítulo 43.- Que Cáceres coma....121
Capítulo 44.- ¡El gel de hidroalcohol ha llegado al Dia de Hernández Pacheco!....123
Capítulo 45.- Llega la primavera extrompetera....125
Capítulo 46.- Guardar una cola de 100 cacereños que esperan la mascarilla....127
Capítulo 47.- "Papá, si vas al súper cómprame la libertad"....129
Capítulo 48.- O susto o muerte....131
Capítulo 49.- Los niños duermen....133
Capitulo 50.- Creo en tus lágrimas....135
Capítulo 51.- Cáceres, sí se puede....137
Capítulo 52.- Gracias, Conyser....139
Capítulo 53.- Tres últimas lágrimas frente al nicho....141
Capítulo 54.- El primer paseo de la nueva normalidad de Dika....144
Capítulo 55.- Si entrenas duro, serás duro de vencer....146
Capítulo 56.- Madres....148
Capítulo 57.- Cuando vuelva Tapizados Pilar todo volverá a ser como antes....150
Capítulo 58.- Asfalto....152
Capítulo 59.- Leo....154
Capítulo 60.- "Que los llenes de buenas noticias y que sean las más leídas"....156
Capítulo 61.- Buen viaje....158
Capítulo 62.- Cáceres, Fase 1, bravo....163
Capítulo 63.- Los hijos del Camino Llano....165
Capítulo 64.- Abren el Don Pancho y los Hermanos Denche....169
Capítulo 65.- El quiosco de Pepita, el Avenida, los futbolines de Peluca y Flores Juanvic....171
Capítulo 66.- "Hemos estado media hora buscando una vaca, estaba detrás del sofá"....173
Capítulo 67.- Nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto....175
Capítulo 68.- Colchones, bares, monjas y peluquerías....178
Capítulo 69.- Cáceres llora la muerte de Clara....180
Capítulo 70.- A dos metros de mí....186
Capítulo 71.- Reabre en Cáceres el chino de Nieves....188
Capítulo 72.- La bolsa o la vida en la basura....190
Capítulo 73.- El Zani....192
Capítulo 74.- Cáceres no es Núñez de Balboa....194
Capítulo 75.- "El grado de desesperación y angustia precipitó la muerte de mi madre"....197
Capítulo 76.- Una sirena....200
Capítulo 77.- Punto y seguido....203

A MODO DE EPÍLOGO.- Pepe Higuero, el maestro.
El periodista cacereño falleció el 28 de mayo a los 73 años....207



Rocío Sánchez Rodríguez

Prólogo

Es mirar a los ojos, colocarse frente a la noticia, ese privilegio del cara a cara con los protagonistas, que siempre tienen una historia detrás.

Es patear la calle, conocer cada rincón, saber cómo respira la ciudad, cómo sonríe, cómo sufre, cómo reivindica.

Es experimentar el periodismo local, el más emocionante de todos, el que se siente como propio, el que –sin querer-- despierta la curiosidad y crea lazos invisibles entre quien lo escribe y quien lo lee.

Es la suerte de criarse en una redacción, el privilegio de aprender a ser testigos directos de la vida, esa que pasa por delante de nosotros, a la que se le escapan flecos, los cuales unimos para construir los relatos del día a día.

Es estar en primera fila en el acontecimiento histórico más importante del siglo XXI, que nos hizo ser vulnerables, que vació las calles de Cáceres, que nos hirió en lo más profundo.

Es transmitir el silencio y la vuelta al bullicio. Es narrar la angustia de Julia que no puede visitar a su abuela en la residencia y teme no poder volver a verla. Es contar que Ana por fin ha perdido el miedo a salir a calle; y que Paqui ha podido volver al cementerio a visitar a los suyos.

Es evidenciar el paso del tiempo por una ciudad que por momentos se sumerge en la nostalgia.

Es estar ahí. En esto consiste el periodismo local, para lo bueno y para lo malo.

Tienen entre sus manos crónicas callejeras que reflejan el sentir de la ciudad en los momentos más duros de una pandemia que paralizó al mundo. La tristeza, el insomnio, el desconcierto, el dolor, pero también esas ráfagas de alegría que nos ayudaron a seguir adelante. Del desasosiego al humor, del miedo a la esperanza. Lean con la misma pasión con que están escritas.

Rocío Sánchez Rodríguez

Periodista de El Periódico Extremadura



Rosario Cordero

Las flores de los cactus

Julia, Diego, Nieves, Angelita, doña Arcadia, Javier, Daniel Lozano, Sorayа, Jaime Naranjo, Coke Bermejo, Manolo y sus retales, San Blas, Helga de Alvear, Miche, aquellas lavanderas... Son tantos los nombres, son tantos los protagonistas de estas crónicas y son tantas las veces que los que las leemos nos sentimos parte de ellas que creo que es lo que hace grande a las páginas que en estos momentos tienen en sus manos.

Esta magia, como también la de hacer "florecer a los cactus" desde las palabras, es la que nos tiende día a día con su trabajo Miguel Ángel Muñoz y que solo se es capaz de hacer desde la sensibilidad, desde la escucha paciente, desde la observación y desde la vocación, actitudes y características todas ellas que aúna un buen periodista y que, afortunadamente, durante esta época de pandemia que nos ha tocado vivir, hemos podido comprobar una vez más.

Sí, aprovecho estas líneas para agradecer a la profesión periodística su trabajo en momentos tan duros, momentos en los que, sin embargo, no nos han faltado sus crónicas, sus informaciones y su capacidad de entretenimiento y compañía, algo que nos hacía mucha falta y que nos iluminaba el día a día.

Miguel Ángel lo ha conseguido también con estas imágenes costumbristas que nos ha ido regalando, que nos tendía creando así una red de comunicación entre todos los cacereños y cacereñas, entre el pasado y el presente.

Ha conseguido que recorramos la Ronda de San Francisco, la Plaza Mayor, el R-66, San Blas…, que saltemos de balcón en balcón escuchando los sueños, los temores y las esperanzas de unos y otros, de sanitarios y sanitarias, de autónomos, de mayores y pequeños, de hombres y mujeres que se unían en un grito común: "resistir".

Cada página de estas crónicas es una flor, es un color, es un "milagro de la vida frente al caos de la pandemia" porque, como dice nuestro querido Miguel Ángel, "hasta los cactus han echado flores". A ello, sin duda, han contribuido las voces de tantos y tantas cacereñas protagonistas de este hermoso libro.

Rosario Cordero
Presidenta de la Diputación Provincial de Cáceres



Luis Salaya Julián

El periodismo local: realista y comprometido

Creo que nunca olvidaré la primera vez que tuve que enfrentarme a una rueda de prensa telemática: en el momento más duro que he vivido como responsable público, me dirigía a los medios de comunicación para informar del segundo paquete de medidas para minimizar en nuestra ciudad los daños por el Coronavirus.

Nunca hubiéramos creído que desde un ayuntamiento como el nuestro tendríamos que afrontar la paralización de la ciudad, porque gobernamos para lo contrario, ni que informaríamos a diario sobre muertes, ayudas de emergencia social, o denuncias por "incumplir las normas del estado de alarma". Pero ahí estábamos cada mañana preparando una rueda de prensa con prisas, informando sin apenas tiempo para digerir la información que transmitíamos, procurando no acostumbrarnos a ella ni a perder la perspectiva de la dimensión de la catástrofe. Tragando saliva y lanzando de nuevo los datos con la acertada confianza en la profesionalidad del periodismo local y regional, que traducirían mis palabras en información accesible, comprensible y serena. Y trasladarían la crudeza del momento sin generar alarma; y en que nos ayudarían para que entendiéramos la importancia social y sanitaria de nuestros actos individuales y la necesidad de parar para pararlo.

Es fácil imaginar nuestra sorpresa la primera vez que mi jefa de prensa leyó una pregunta de Miguel Ángel que rezaba "¿cómo está llevando el Alcalde la cuarentena?". Sometidos al ritmo trepidante de cada día, a la

abrumadora lista de problemas a los que nos enfrentábamos. No habíamos tenido tiempo para preguntarnos por cómo lo estábamos llevando, y quizás este sea el resumen de lo que podremos encontrar en este libro: la visión realista y comprometida de un periodista local, del periódico decano de nuestra ciudad, con todo lo que ello implica. Que supera la simple frialdad de los datos y el dramatismo general de la situación para fijarse en la cara más humana de la realidad y hablarnos de las pequeñas comunidades dentro de nuestra pequeña comunidad. De nuestros pequeños dramas dentro de nuestro enorme drama colectivo, de historias en las que nos vamos a reconocer y que quedarán ahí para recordarnos cómo vivimos el que probablemente sea momento más complicado de nuestra historia moderna.

Ojalá algún día nos cueste conseguir que nuestros nietos y nietas entiendan lo narrado en estos artículos y las historias del confinamiento sean algo tan lejano que vuelvan a tener el aura de irrealidad de las calles vacías durante aquellos primeros días del Estado de alarma. Cuando la ciudadanía se encerró en sus casas para protegerse, el personal sanitario lo daba todo mucho más allá de lo exigible para protegernos, y la vida parecía congelada tras los cristales.

Luis Salaya Julián
Alcalde de Cáceres

Capítulo 1

El día que Cáceres cerró

Isabel tiene 72 años. Hoy es 11 de marzo de 2020 y lleva cinco días encerrada en casa. Lo hizo justo después de acopiar todas las provisiones del supermercado La Plaza que hay al lado de su edificio. Está pegada a La Sexta y por las mañanas da paseos en su terraza y toma el sol porque dice que la luz y el aire espantan todos los males. «He adoptado una cuarentena voluntaria. Y, por supuesto, nada de besos, que estoy en ayuno obligado», explica con sentido del humor.

«Cuando bajé al súper, los chicos me dijeron que no me preocupara, que la histeria todavía no había llegado. Compré leche, carne y pescado para congelar, y latas. Lo del papel higiénico me parece una payasada, pero sí me traje lejía y detergente con esencia de limón para el cuarto de baño». Habla desde su teléfono móvil. No recibe visitas y dice que no se siente una extraña ni un bicho raro, sino una española responsable perteneciente a un grupo de personas en edad de riesgo.

«Cacereños, esto es una guerra», asevera. «Una guerra más de las muchas que hemos vivido. Recuerdo que mis padres sufrieron la contienda civil y sobrevivieron en unas circunstancias mucho más dolorosas que las nuestras. Ahora, los de mi generación tenemos la posibilidad de encerrarnos bajo llave, y esperar a que amaine el temporal».

Unos metros más allá de la casa de Isabel está la farmacia de Casillas, en la avenida de España. Delante del mostrador han colocado unos palés y sobre ellos han apoyado carteles publicitarios de medicamentos milagrosos que curan tu migraña o hacen que te crezca el pelo. Y todo ello para evitar que el público se acerque a los dependientes, que dispensan medicinas portando guantes de látex.

En otras boticas de la ciudad han hecho lo mismo: como en la de Campos Acedo, que está en Llopis Iborra y que tiene una ‘F’ muy grande

como pomo de la puerta. Allí han instalado pegatinas parecidas a las que ponen en las obras. La medida parece lógica, teniendo en cuenta que una farmacia es, queramos o no, un foco de riesgo. Aunque en Cáceres, igual que en el resto del planeta, todo es ya foco de riesgo.

Los carteles de suspensión se expanden como la pólvora y corren tan deprisa como lo hace el Covid-19. La II Carrera Solidaria del Instituto Javier García Téllez prevista para el 21 de marzo se ha pospuesto. Lo mismo ha pasado con el Día Mundial del Riñón: Juan Carlos Escudero y Juan Ramón Gómez iban a dar una rueda de prensa, que se ha suspendido, igual que la toma de tensión arterial o la medida de glucosa.

Este jueves, el alcalde de Cáceres, Luis Salaya, convocó de urgencia a los medios de comunicación. Lo hizo al aire libre, en el Bombo de Cánovas. Entonces saltaron las alarmas.

«Es que salía de la Cadena SER y me pillaba más cerca», tranquilizó el regidor, pero reconociendo que no se descarta que a partir de ahora todas sus comparecencias eviten los lugares cerrados.

Salaya llegó a lomos de un papel con una retahíla de prohibiciones. Cáceres, cerrado a cal y canto. El mandatario no se anduvo con rodeos: «Somos conscientes de la necesidad de no generar alarma social, pero también de la necesidad de informar a la población. Sabemos que las medidas que vamos a aplicar son impopulares, pero conocemos la gravedad de la situación a la que nos enfrentamos y ojalá dentro de unos días la conclusión sea que exageramos con las decisiones que tomamos. Nuestro deber es ponernos en el peor escenario».

Salaya llamó a la responsabilidad ciudadana, que no acudamos a zonas saturadas y que intentemos cumplir con las medidas de seguridad que nos están recomendando las autoridades sanitarias, así como cuidar y proteger a nuestros mayores y a los colectivos de riesgo.

En esta disyuntiva, la junta de gobierno del Ayuntamiento de Cáceres aprobará este viernes la suspensión de las actividades programadas por la Concejalía de Participación en edificios municipales y paralizará el programa ‘Naturalmente Cáceres’ que daba comienzo mañana, así como las ludotecas municipales y los recursos socioeducativos que preste el IMAS en dichos espacios.

Suspenden los actos deportivos que organiza el consistorio. Cierran todas las instalaciones deportivas, bibliotecas, centros turísticos y también lo hace el Centro de Creación Joven.

Aunque se mantienen las bodas civiles, se está recomendando a las parejas que acudan solo con los testigos o como máximo con 10 invitados. Los enlaces no se podrán celebrar en el Palacio de la Isla sino en el ayuntamiento por hacerlo en un espacio más abierto. Además, está en estudio la suspensión de los mercados ambulantes, una decisión que se adoptará el fin de semana.

Igualmente, se recomienda la presentación de trámites administrativos en sedes electrónicas, que los cacereños limiten al máximo acudir a edificios municipales porque la mayor parte de ellos van a estar cerrados. Se mantendrá abierto el edificio Valhondo pero solo con la actividad administrativa.

El ayuntamiento también está aplicando medidas de autoprotección. El pleno de la semana que viene se celebrará a puerta cerrada. Hay funcionarios que van a trabajar desde casa, empleados municipales que cambiarán de ubicación para que no esté junto todo el personal de un mismo servicio, con el fin de no someterlos a un riesgo. «Ya disponemos de 300 licencias más de teletrabajo que no están en uso para distribuirlas», advirtió Salaya.

Asimismo, el consistorio mantendrá el registro abierto. Los ciudadanos podrán seguir solicitando licencias, pero limitando la entrada. No obstante, se ampliarán los plazos de los trámites municipales para dar seguridad jurídica y evitar aglomeraciones.

El alcalde no ocultó las graves consecuencias económicas que la pandemia dejará en Cáceres. «Estamos muy preocupados por la Semana Santa», confesó el regidor, que de momento anunció que se aplaza hasta 2021 la promoción de La Pasión en Segovia, cuya celebración estaba prevista para el sábado, 21 de marzo. El presidente de la Unión de Cofradías de Cáceres, Santos Benítez, está participando, a las 22.00 horas de este jueves, en un encuentro con las hermandades para perfilar un plan de acción.

También está en juego el Womad. Ahora el ayuntamiento trabaja en posponerlo e introducir en el convenio con la organización una cláusula sin contraprestaciones económicas para evitar indemnizar.

«El sector cultural está muy preocupado, y con razón. Yo no soy partidario ni de edulcorar la situación ni de generar falsas expectativas. Si las cosas siguen evolucionando como hasta ahora los efectos económicos van a ser muy importantes».

Los bares de La Madrila: Velvet, Ivanhoe 3.0, Barroco y Zrrcus han decidido cerrar hasta nuevo aviso y suspender todos los conciertos programados. Como siempre hay quienes se descuelgan y utilizan la deleznable picaresca: en Legends a las 60 primeras personas que acudan este jueves por la noche al garito les prometen una consumición gratis.

Entretanto, el humor cacereño por el coronavirus se deja notar en las redes sociales, por las que se ha divulgado una imagen de la ya mítica estatua de la vendedora del Extremadura entre dos vallas de la policía local con la siguiente misiva: «Última hora, Leoncia en cuarentena».



Farmacia de María Julia Campos Acedo, en Llopis, donde han colocado barreras delante del mostrador

Capítulo 2

"Virgen de la Montaña, extiende tu manto y protege al mundo"

Pasan las dos y media de la tarde y en las estanterías del Provecaex de la calle Antonio Silva comienzan a faltar algunos víveres. No queda carne de pollo y el pescado también escasea. La sección donde se expone el papel higiénico y las toallitas, clarea; los dependientes portan mascarillas. «Ahora sí lo vemos cerca. Hasta hace dos días todos bromeábamos pensando que esto era cosa de Corea, o de Milán, pero es que le puede pasar a tu padre, a tu vecina, a tu compañero del trabajo...» Andrés aguarda en la cola del fiambre y habla en voz alta; el resto de clientes lo escuchan atentamente y asienten con la cabeza.

Al lado está la carnicería. El empleado trata de explicarle a una señora que no hay carne de pollo. «Es que no le puedo dar una explicación. Se lo han llevado todo», le dice respetuosamente. Ella, a tenor de la expresión de enfado de su rostro, no lo entiende.

Ya en la caja una clienta cuenta el estado de pánico en el que vive su madre, con 95 años y problemas de tensión. «Está perfectamente de la cabeza y no para de escuchar las noticias. Hoy se ha dejado el fuego puesto y casi sale la casa ardiendo del estado de nervios en el que se encuentra».

Como todas las mañanas, a eso de las nueve, Juan Carlos se ha acercado al Mercadona que está al lado de su casa. «Las colas eran interminables, estaba todo lleno de gente. A eso de las 9 y media había desaparecido el jamón york cocido. El público estaba muy nervioso. Dos casi se pelean cuando sus carros chocaron. Me imagino que el ser humano es así, y hay que tolerarlo todo, pero es increíble el nivel de histeria en el que estamos metidos». En Carrefour ocurre lo mismo, las largas colas colapsan los pasillos. En las gasolineras llenan los depósitos de carburante. La imagen roza lo dantesco.

El miedo lo ocupa todo en este Cáceres que se enfrenta, por primera vez en su historia, a una situación extremadamente inédita. En la peluquería Vogue Style Miriam León admite que la gente está asustada. «No paran de llegar cancelaciones y no sabemos qué va a pasar». Los trabajadores también portan mascarillas. «Es de locura, no hemos sido conscientes de la magnitud que esto iba a tener. Vivimos de nuestro trabajo. Si no hay trabajo, ¿qué vamos a hacer?», lamenta la encargada de este salón de belleza de la calle Viena que no puede evitar un suspiro.

A la hostelería también ha llegado el pánico. La cadena WyCo de la avenida Virgen de la Montaña ha colgado el cartel de cerrado hasta nuevo aviso. Dos de sus trabajadores, subidos a una escalera, lo estampan con papel celo en las persianas de este local que reúne cada día a decenas de clientes, especialmente público joven. «En Madrid ya están cerrando. Ahora nos toca a nosotros».

Emilio Rey, del restaurante El Pato, uno de los más emblemáticos de la Plaza Mayor, no da crédito a lo que ocurre. «De momento cuatro grupos me han cancelado comidas. La clientela ha descendido y el parón del turismo ya se nota. Está siendo caótico». El chino que hay en la Cruz de los Caídos ha cerrado. «Dicen que se ha ido de vacaciones», comentan en la zona.

Eran las seis de la mañana cuando un furgón del Ejército acudió a la farmacia de la avenida Isabel de Moctezuma en Cáceres. De él salió una persona con un traje protector, compró medicinas y varios termómetros, según confirma la titular del establecimiento, Pilar Hernández Rincón. Se le atendió por el guardiero.

La botica llama a la tranquilidad y reitera que la misma cuenta con todas las medidas de prevención. Se trata de una farmacia de 24 horas, con trabajadores distribuidos en tres turnos. Este diario ha contactado con el Cefot y ha explicado que en la base se han realizado charlas informativas a todo el personal sobre medidas preventivas a adoptar y un protocolo de flexibilización horaria del personal. Además, se ha establecido un plan de contingencia ante posibles casos, se ha procedido a la instalación de dispensadores en diferentes locales y se ha informado a la empresa de limpieza que formen específicamente a sus trabajadores para el control de la diseminación de la enfermedad y al resto de contratas sobre medidas preventivas. De momento, a los soldados que ayer regresaron de maniobras los han enviado a sus casas.



Cartel difundido en las redes sociales con la imagen de la Virgen de la Montaña

«No somos tan ateos como decimos. Cuando llega el acojone nos encomendamos a la de allá arriba», explica Ana, que en su Facebook, como tantos otros cacereños, ha divulgado una imagen de la Virgen de la Montaña con esta leyenda: 'Virgen de la Montaña, extiende tu manto y protege al mundo'. Mientras, en Alcuéscar, el padre Fernando oficia la misa por redes sociales. Una periodista de ABC lo ha etiquetado en Twitter y desde entonces se le han multiplicado los seguidores.

Han cerrado los parques, los dentistas, muchas clínicas de fisioterapia y los cines. Lambretta, La Regenta, La chica de ayer, Nebbia, Carpe Diem y Cataleya en La Madrila Alta también han echado el cerrojo, igual que Las Caballerizas, El Pequeño Gin y Mandiles Gin, en Pizarro. Entonces, en el whatsapp aparece el siguiente mensaje: 'Si La Madrila cierra es que ha llegado el apocalipsis'.

Capítulo 3

#YoMeQuedoEnCasa

En la **gasolinera de Mirat** uno de sus empleados carga el depósito de un Toyota Auris. Lo hace de forma mecánica, como un robot. Hoy ha llenado más de 200. «No he visto nunca algo parecido», asegura mientras con una sonrisa de resignación mira una larga cola que espera el turno en el surtidor. En la caja, la dependienta, como todos los días, pregunta: «¿Tiene la Travel?» Y suspira. «**Esto es una pasada**», acierta a decir al tiempo que da el cambio a las decenas de clientes a los que debe atender.

El paisaje de la ciudad es igual al del resto de la región: calles vacías, bares cerrados, chinos con carteles que informan de que se han ido de vacaciones. El Don Pancho, en la Plaza de Colón, ha bajado la persiana, igual que **María, la de Todolibros**. «El coronavirus ya no nos deja ni leer», lamenta Jacinta, vecina del barrio.

En la puerta de Extreibéricos, en Primo de Rivera, una señora espera el autobús. Va con mascarilla. «Conozco a todos los periodistas del Extremadura. Los leo a diario. Yo soy de Donostia. ¿Sabe dónde está Donostia?». Tras asentir con la cabeza continúa hablando de su experiencia: «Prefiero no aparecer, ni mi foto, ni mi nombre. **Mi marido está en el Hospital Universitario**. Padece del corazón. Espero que cuando pase todo esto os pueda seguir leyendo, como si hubiera sido una pequeña pesadilla». El bus llega. Nos dice adiós.

Carlos y Beatriz han querido airearse y se han ido al Risco de Sierra de Fuentes. Ha sido una mañana preciosa, donde los niños, Carlota, Elsa y Dudu, han hecho deporte y senderismo. Por la tarde han preparado galletas de chocolate y tarta de huesitos. Su cocina era una fiesta.

Adela solo ha salido para comprar pilas. «**Hay que tenerlas porque he oído que pueden cortar la luz. Supongo que será un bulo, pero prefiero tener reservas**». Ella lleva confinada en casa una semana y tiene sus

necesidades cubiertas. Su vecina, Gracia Valdés, ha salido muy temprano al supermercado de la calle Arturo Aranguren creyendo que no habría gente. Cuando ha llegado se ha sorprendido, porque muchos clientes habían pensado lo mismo que ella. En la cola ha tenido que dar el aviso para que unos se distanciaran de otros pues aquello parecía un avispero. «Pensaba que el aislamiento iba a ser aún mayor», argumenta extrañada. Vive en Cánovas, y a las seis de la mañana la despertó un grupo que venía de hacer botellón. «Iban cantando. El mundo sigue».

Entretanto, el alcalde, Luis Salaya, firma en su despacho la resolución por la que decreta el cierre de las terrazas. Es una medida que se une a todas las que el gobierno municipal ha dictado esta semana. La decisión del regidor se une a la de la Cofradía de la Montaña, que suprime los cultos de la patrona. Los de Ciudadanos lanzan un comunicado proponiendo habilitar el **Hospital Virgen de la Montaña** para posibles casos de coronavirus. Llegan tarde, la petición lleva varios días regando las redes sociales, pero la política es así de oportunista.

El sentido de la responsabilidad crece y hay un llamamiento masivo a no salir del domicilio. Se hace a través del hastag **#Yomequedoencasa**, y de un video viral que han protagonizado Luis Tobajas, médico de familia en Membrío, y la enfermera Julia García. «La situación ha cambiado en 48 horas. En nuestras consultas empezamos a tener pacientes que vienen de Madrid y el País Vasco. Debemos extremar la precaución y ser conscientes que la responsabilidad no es solo de las autoridades sanitarias, sino de nosotros mismos, **manteniendo un aislamiento domiciliario**. Está surtiendo efecto: mi hijo pequeño, de 5 años, le dijo ayer a sus hermanos mayores, que tienen 12: 'No podéis bajar al cumpleaños por el coronavirus'. Esa es la lección».

Son las nueve de la mañana y en Mostazo, 32 personas aguardan la apertura. Esto en la charcutería, pero ocurre lo mismo en la mayor parte de las tiendas de alimentación de la capital. En tropel, los carros se llenan de natillas, harina y azúcar. **Del papel higiénico, ni rastro**. En el Día de Hernández Pacheco, ante una lista interminable de cestas, Raquel exclama con su habitual sentido del humor: «**¡Vais a morir, pero no del coronavirus sino de una subida de colesterol!**».



Un empleado de la gasolinera de Mirat

Capítulo 4

Luna y los sudokus

Alex vive en el barrio del Junquillo desde hace poco más de dos años. Amplias avenidas, nuevos edificios y espectaculares vistas a la dehesa caracterizan esta zona en expansión donde ya se cuida de una segunda generación: la de los hijos que comienzan a llegar al mundo. "**Llevamos dos días confinados y el aburrimiento empieza a hacer mella en los pequeños"**, explica. Seguramente por eso, a las doce y media su vecino de la calle Amapola ha sacado al balcón un altavoz y un micrófono y **al ritmo de las canciones de los payasos de la tele ha amenizado** la cuarentena a los muchachos.

Otro de sus vecinos, Juan, ha ido a comprar el pan. Al llegar a casa se ha vuelto a lavar las manos y la cara. "Intentamos hacer cosillas, pero nuestros hijos tienen mucha energía y vitalidad, y aunque tenemos juegos de mesa, el pequeño, Eduardo, necesita mucho movimiento, así que él se ha puesto en una puerta del pasillo y yo en la otra y **hemos echado un partido de balonmano**".

Al lado vive Clara. Ella y su marido tienen una casa en el campo. Debían trasladarse a ella para revisar que todo estuviera en orden. "Estamos aquí tranquilitos, no salimos del recinto, pero asustados porque **nos están mandando fotos y diciendo que están poniendo multas si no se sale con fines justificados**. Entiendo que esta es nuestra segunda residencia y no hemos cometido una negligencia. Estamos mentalizándonos. Escuchamos música, estudiamos, charlamos… Nos sentimos preocupados. Espero que tengamos resistencia y que estemos muy unidos. Estas cosas te hacen ver que en este mundo la vida vale poco".

En otro barrio, el del Eroski, Josefa, con 76 años, se ha levantado temprano y **ha conectado con la misa de La 2**. "Me gusta ir los domingos a

Fátima, allí suelo encender una velita para pedir por todos mis familiares y amigos. No he podido hacer la rutina, así que he optado por la tele".

Otro vecino de la zona, Francisco Manuel Manzano, se ha levantado a las ocho y cuarto de la mañana. Por desgracia **no ha podido participar en la pachanga de fútbol con sus colegas**, como hace cada semana. Lo que no ha cambiado es sacar a Luna, su perra, comprar el pan y El Periódico Extremadura. "En la multitienda estaba agotado, pienso que por esto del coronavirus la venta de diarios se anima", explica Francisco. "Al final me he ido a un estanco y he conseguido un ejemplar. Además he encargado el de mañana porque los domingos vienen los crucigramas".

Él trata de cumplir las instrucciones a rajatabla. Con su mascota realiza paseos cortos y en solitario, evita áreas donde haya mucha gente y **guarda las distancias de seguridad con otros dueños de perros** en la vía pública. El resto del día lo dedicará a realizar tareas del hogar, hacer sudokus y ver partidos de baloncesto.

Más abajo, en San Francisco, Patricia Chacón ha abierto habitualmente su multitienda El Puente. Es de Ecuador, pero lleva en Cáceres 23 años. Regenta este negocio desde hace casi dos. Tiene alimentación, fruta, verdura y droguería. En la puerta un cartel avisa: "Nos hemos visto obligados por el Excelentísimo Ayuntamiento de Cáceres a que **metamos la fruta y la verdura dentro de la tienda**". Hoy la clientela ha comenzado a llegar a las nueve y media. Pero la afluencia es menor porque la mayor curva de ventas se produjo ayer . "Se nota que la gente está pasando el día en casa". Patricia no tiene miedo: porta mascarilla, guantes y utiliza gel desinfectante, que por cierto se ha agotado. "**No pensábamos que iba a pasar esto**", confiesa.

La situación generada ha hecho crecer en Cáceres el servicio a domicilio. La tienda de Patricia también lo presta. Basta con marcar el 633454812. "**Es un barrio de gente mayor y queremos colaborar** y ayudar en todo lo que podamos".

Entretanto, Francisco ya ha terminado su paseo con Luna. "Por favor, que **no abandonen a las mascotas**", avisa el cacereño consciente de que ellas son ya víctimas colaterales de esta pandemia que azota al mundo.



Francisco Manuel Manzano con su perra Luna

Capítulo 5

Los seis metros de mi terraza me salvan

Ana se siente demasiado bloqueada. Vive sola, es fuerte pero esta situación empieza a superarla. Hoy se ha levantado en torno a las diez y media, ha desayunado y se ha puesto a pasear en los seis metros cuadrados de su terraza que, en ocasiones, se le antoja una cárcel. Suerte que hace unos meses compró una cinta para hacer gimnasia pasiva y con ella mantiene en forma los 75 años que cumplirá mañana.

"Tengo la música puesta, no escucho las noticias porque no quiero entrar en un estado mental del que me sea complicado regresar. Solo utilizo internet para ver vídeos de psicología, ejercicios positivos y de control mental", asegura desde su piso de Los Fratres. "Me salva mi terraza".

Eran las nueve y media de la mañana cuando al portero automático de Ángel alguien llamaba. "Le traigo un paquete, pero debe decirme su DNI por aquí, en Correos nos han dado instrucciones muy estrictas y no pasamos de los buzones", asegura una amable trabajadora del servicio postal.

Ángel aprovecha que María, su esposa, ayuda a los pequeños con los deberes que les han puesto desde la plataforma digital para bajar a comprar la baguette. Entonces se percata del anuncio que ha realizado Juan Carlos Luna, dueño del establecimiento El Horno, en el número 4 de Antonio Hurtado: "Solo dispensaremos pan como alimento de primera necesidad, de 09.00 a 14.30. También repartimos a domicilio a través del teléfono 927217358". En El Horno desinfectan diariamente con ozono. La labor que realiza el equipo formado también por Juani, Raquel, Sara y Sandra es encomiable.

Llueve en Cáceres y hay naves del polígono de Charca Musia que permanecen abiertas. Evitan las fotos. En la farmacia de San Francisco dispensan por el guardiero. Los clientes se llevan el paracetamol a puñados. "Obrigado", dice la dependienta, que es portuguesa y brilla por su excelente educación. Ella también está al pie del cañón.



Horno de Antonio Hurtado

Mientras, en las redes, su video está arrasando. Mavi Blanco Meneses, cacereña, cocinera y corredora, ha sustituido sus habituales quedadas de running por sesiones de comba en su casa de La Mejostilla, donde permanece recluida junto a una de sus hijas de 22 años desde que el gobierno central declarara el estado de alarma por la pandemia del coronavirus.

"#YoMeQuedoEnCasa. Sustituyo la carrera por la comba. Esto lo superamos entre todos", explica Mavi, criada en Llopis, corredora ejemplar, solidaria, y cocinera del restaurante El Gallo. "Mi jefe ha cerrado tanto el restaurante de la 630 como el de la autovía, solo abre la gasolinera, pero siempre repostan los propios clientes, y el dependiente cobra con tarjeta, tal como marca el protocolo. Cuando salió el presidente de Gobierno anunciando las medidas a tomar en todo el país, dejamos de trabajar".

Mavi es consciente de que hay que "detener esta crisis de la salud". Explica que hoy es el primer día que permanece en casa. "Me he levantado sobre las nueve y media. He realizado las tareas domésticas y como no podía salir a correr he saltado a la comba. Me he puesto un vídeo orientativo para piernas y abdomen".

Esta tarde se une a un skype familiar de hermanas y sobrinos, en el que participan alrededor de 15 personas. Ayer hizo la compra en el Aldi, ni más ni menos que lo habitual, porque prefiere guardar la calma. La comba, sin duda, le ayuda a mantener mente y alma en perfecta armonía. Su vídeo ya se ha hecho viral.

Capítulo 6

"Soy como el junco que se dobla pero siempre sigue en pie"

A Julia le **empezaban a faltar hoy medicinas**. La vecina de abajo se encargó de comprárselas. "Mauri es muy buena y me ha hecho el favor", explica Julia que acaba de cogerlas del ascensor. "Mauri ha bajado a la farmacia, las ha metido en una bolsita y ha pulsado el botón del tercero. Ya las tengo". Julia se siente aliviada. No sale de casa y necesitaba su dosis para la tensión, y el Orfidal, que es lo único que la ayuda a conciliar el sueño.

Esta mañana se encontraba más animada. En la repisa del salón tiene un CD del Dúo Dinámico. A ella le recuerda a su juventud. Su preferida siempre ha sido 'El final del verano' porque era la típica que escuchaban los de su pandilla y con la que bailó algún 'arrimao' con un novio que tuvo del Cimov (que ahora es Cefot). "El muchacho se llamaba Samuel, él decía Samué porque era de Cádiz, de Caí, añadía él. Al final se casó con una enfermera. No he vuelto a saber qué fue de su vida".

En Julia algo ha cambiado desde ayer. Escuchó en la tele que la canción del Dúo Dinámico que se ha puesto de moda es 'Resistiré'. **Ahora es lo único que escucha de aquel CD que se compró en la gasolinera del Pasarón**, en los años en los que en las gasolineras de Cáceres, como en las de todo el país, la música se vendía, se compraba, y no se regalaba como ahora.

Julia vive por San Blas, el barrio cuyos vecinos han pedido colaboración a Retales Manolo para hacer mascarillas. Diego Bravo, su gerente, les ha donado fieltro. "**Ahora hay gente que está diciendo que no están homologadas, evidentemente, no, pero es que no hay mascarillas por ningún sitio**. Las han hecho con la tela y han colocado una goma. Algo te protegerán".

Retales Manolo tiene el gafe. Primero **fueron las obras de Alzapiernas, ahora el coronavirus**. Ha tenido que cerrar. Él y sus 10 empleados están en casa. "No es solo que no se cobre, es que tenemos que pagar a los trabajadores, y pagar a la Seguridad Social, y pagar a los proveedores todo el género de primavera y verano que, a este paso, y si la cosa sigue así, no vamos a poder poner a la venta".

Lo mismo le ocurre a Gema Galán, que tiene su puesto de frutería en el Mercado de la Ronda del Carmen. Ella es de Casar de Cáceres, **está encerrada en casa porque sus padres son mayores**, tiene un hijo pequeño, y prefiere evitar riesgos. "Mi marido trabaja en una carpintería. Cierran la puerta, están todos dentro y allí no entra ni Dios".

Las pérdidas económicas de la pandemia serán difíciles de superar. "Pago la cuota de autónomo, y la cuota del puesto del mercado. Solo **en eso se me van más de 400 euros mensuales**".

Hay decenas de pequeñas catástrofes en este Cáceres que mañana será sitiado por el Ejército. Mientras, en las redes sociales, desde la tercera planta del Hospital Universitario de Cáceres, las enfermeras, al ritmo de Coldplay, **nos dicen que nos han estado escuchando aplaudir desde los balcones**, que ellas están dispuestas a darlo todo, que las ayudemos.

Es un mensaje enternecedor que Julia mira mientras escucha esa canción del Dúo Dinámico y tararea: "**Soy como el junco que se dobla pero siempre sigue en pie**". Sale al balcón y ve que su cactus ha florecido. Milagros de la vida frente al caos de la pandemia.



Diego, de Retales Manolo

Capítulo 7

Sobrevivir y resistir

Leonor vive en el R-66. No sale de casa porque tiene 74 años y forma parte de la población de riesgo. Esta mañana conectó la televisión y se puso a escuchar misa. Siempre ha sido bastante atea pero la pandemia le ha hecho cambiar su concepto de mirar el mundo. En la homilía de hoy el cura ha hablado sobre el perdón. Hasta 70 veces hay que perdonar . “Yo siempre digo que no me gusta perdonar más de dos veces, pero he pensado que qué más da, que si tengo que perdonar 70 veces, pues las perdono”.

Después de la misa llamó a su vecina Ana, para que se acercara a la multitienda Cares, en el número 5 de la avenida Alfonso Díaz de Bustamante. La regenta Javier Rodríguez-Arias Rodríguez desde hace cuatro años. Él tiene 22 y se ocupa de un negocio que antes fue de su abuelo y luego de su madre.

Vende productos de alimentación, pan, conservas, embutidos, dulces, agua, gominolas y también tiene una sección de droguería. “Desde hace días se ve mucha precaución en el ambiente. La gente está muy concienciada”, explica el empresario, que ahora solo abre por las mañanas, de diez a tres porque por las tardes prefiere guardar la cuarentena.

Atiende a su clientela fiel con guantes y mascarilla y no descarta repartir a domicilio en unos días. Javier forma parte del grupo de cacereños que resiste y sobrevive a la pandemia. Es complicado, especialmente para los autónomos como él, que deben afrontar la crisis sin dejar de pagar impuestos y con unos beneficios muy mermados.

Entretanto, en la tele el cura sigue hablando del perdón mientras Leonor coloca en el frigorífico los tomates de la multitienda de Javier al grito de Amén.



Javier Rodríguez-Arias Rodríguez

Capítulo 8

Chapeau por Cáceres

Cáceres en estado de alarma. Bares cerrados, negocios con persianas bajadas, solo hay vida detrás de los cristales de las viviendas de esta **ciudad fantasma**; hasta Leoncia, la estatua que homenajea a la última vocera de El Periódico Extremadura en la Plaza de San Juan, está atrapada por dos vallas de la policía local. Intocable ante el contagio.

Nada es lo que fue en esta coqueta capital de provincia que durante la mañana está sitiada por las fuerzas y cuerpos de Seguridad del Estado. La Unidad Militar de Emergencias (UME) ha desembarcado y ocupa puntos estratégicos. Desde ayer llevan a cabo **labores de desinfección**, que se suman a las que está realizando la empresa concesionaria del servicio de limpieza en la ciudad, Conyser, y alrededor de un centenar de voluntarios de RedCor, la organización que se ha creado de manera altruista a propósito de la imparable pandemia.

Salaya ha explicado que se han hecho una serie de recomendaciones al mando de la UME sobre las zonas a actuar en la ciudad. «Hemos hablado con ellos sobre los **lugares en los que entendíamos que debían actuar**, y hemos incorporado muy poco ya que consideramos que su criterio es lo más razonable. Ya conocían los que se estaban tratando desde el ayuntamiento, y nos hemos coordinado para no duplicar trabajo», aclara el regidor.

Hay 47 militares y 11 vehículos que ayudan a la desinfección masiva; disponen de unos medios superiores a los que tiene el consistorio. «**Avanzan a un ritmo tan vertiginoso, lo que nosotros tardaríamos días ellos lo hacen en horas**».

Este ejército de la paz no ha venido a pegar tiros sino a protegernos. Hasta el alcalde ha tenido que salir a **desmentir que se estén utilizando productos que pueden ser tóxicos para las mascotas**.

Nada sobra en este universo de la limpieza. Por eso Conyser ha desplegado a su equipo, con un jefe de servicio, dos capataces, seis conductores, y diecisiete peones; a bordo de tres camiones cisterna de baldeo, tres baldeadoras, dos fregadoras, dos equipos de agua a presión, cinco fumigadoras, dos camiones para nebulización y cuatro vehículos auxiliares, además de todos los materiales y útiles necesarios para el trabajo manual.

«Seguramente seamos una de las ciudades de nuestro tamaño que más y mejores medios está destinando a la desinfección de las calles», destaca el regidor municipal desde el salón de plenos con vistas a una plaza Mayor en la que **el Ejército no para de limpiar**.

En la calle Hernando de Soto lucen las pinturas con las que los vecinos decoraron hace unos meses sus fachadas. Se ve a dos militares. «Venimos de Morón, del segundo batallón de la compañía de Ingenieros», explican amablemente. Patrullan a pie, sin mascarillas, con tranquilidad y sujetando en sus manos un mapa de Cáceres. «**Asesoramos a la gente, respondemos a sus preguntas**», cuentan. «Yo tengo 40 años, he participado en misiones complicadas, sobre todo relacionadas con incendios o inundaciones, pero nada es comparable a esto», confiesa uno de ellos.

Ya en San Antón, otros cuatro miembros de la misma compañía hablan con una monja que cubre sus manos con unos guantes de látex. «Vengo de la caja, no podía esperar más y tenía que solucionar un papeleo», apunta la religiosa. Los militares la dejan seguir su camino. «**Está bien, pero vuelva pronto a casa**», le aconsejan.

«Dormimos en el Cefot. **No sabemos el tiempo que estaremos por aquí, eso es cosa de los de arriba**», aseguran. Los soldados lo llenan todo: los parques, Aldea Moret, la estación de autobuses, la estación de Renfe, residencias de ancianos. Nada escapa a sus fregonas poderosas a modo de camiones con grandes cisternas que dejan como una patena cuanto encuentran a su paso. También entran en los dos hospitales. Fumigan. La gente les aplaude porque saben cuan necesaria es esta labor.

La Brigada Extremadura XI está igualmente desplegada en Cáceres. «Estamos apoyando a la UME en caso de que fuera necesaria nuestra intervención. **Notamos que aquí la gente está respondiendo. Chapeau por Cáceres**», asevera uno de los soldados.

En Cánovas, la unidad con todos sus miembros portando sus trajes protectores, se dirige al Centro de Instrucción de Tropa mientras la quiosquera junto el edificio del antiguo Requeté anuncia que cierra su negocio. «Vendemos en una mañana apenas cuatro o cinco periódicos. No puedo continuar así. **Tengo a mis hijos en casa y no quieren que siga en la calle**. Cuando pase todo esto reabriré. Ustedes, los periodistas, sigan informando. Ustedes, los periodistas, también son unos héroes». Cierra la puerta. Cáceres suspira.



Unidad Militar de Emergencias

CAPÍTULO 9

"SE HAN LLEVADO TODO EL POLLO"

Poco después de las diez de la mañana en Ronda del Carmen no repica el soniquete de 'Tapizados Pilar, sillas, mecedoras, descalzadoras...', esa furgoneta que con su altavoz ya familiar para los cacereños te tapiza y hasta te ofrece la tela que prefieras para decorar tu hogar. En su lugar dos camiones de la Unidad Militar de Emergencias del Ejército aconsejan micrófono en mano que los vecinos permanezcan en sus casas. Entonces, algunos salen a las ventanas y hacen vídeos y fotografías. Seguramente nunca como hasta ahora se han utilizado tantos los móviles. Es lo poco que no se ha confiscado.

La ciudad sigue pareciendo fantasma. En el Día, Raquel continúa al pie del cañón. Todos los empleados portan mascarillas. "No queda ni jabón de manos ni alcohol desde hace días. Ayer se llevaron todo el pollo. No hay más que filetes de cerdo y un paquete de carne picada", indica.

El yogurt también escasea. Apenas unas cuajadas, flanes y no hay ni una Estrella Galicia que llevarse al gaznate. Raquel la ha tenido hoy con dos clientas. "Me han dicho que como no pueden salir vienen a hacer la compra para entretenerse. Esto es tremendo". Pero Raquel no pierde el buen humor. Es una de esas jóvenes luchadoras que siempre tiene una sonrisa y ayuda en todo lo que puede. Desde la caja parece que dispone de un radar. Sabe si faltan lechugas, si han venido las fresas, si se necesita Pan Bimbo.

En la misma calle Isabel sale al balcón y grita: "Ánimo cacereños. Os envío mi fuerza, mi energía". Lleva un pañuelo en el cuello, la bata de estar por casa. Tiene 68 años. "Necesito protegerme, de aquí no salgo", exclama. Uno de sus vecinos la ha grabado con el teléfono. El grupo de su familia no para de lanzar emoticonos.

Beatriz sigue poniendo las tareas a sus alumnos y Andrea contacta con su universidad. No obstante, el caos parece inevitable. Entretanto, al

periódico no paran de llegar testimonios, gente que denuncia que en los hospitales faltan mascarillas, que los enfermeros tienen miedo, que en las empresas se sienten inseguros. No quieren dar sus nombres, son declaraciones anónimas que forman parte del sentir colectivo. Dicen que mañana llueve. Quizá vuelva el pollo al Día.



Raquel, en el Dia de Hernández Pacheco

Capítulo 10

"Al menos la gente ya no va a buscar comida como borregos"

Francisco Manuel no falta a su cita diaria con El Periódico Extremadura. Es un lector de oro, un lector héroe porque él es de los que todas las mañanas busca su ejemplar en el quiosco. A toda esa gente que sabe del esfuerzo que los periodistas hacen por cumplir el objetivo social de este oficio se le debería levantar un monumento.

Revisa una a una las páginas. Del coronavirus no pasa porque dice que todas las demás noticias parecen enlatadas. Lleva más razón que un santo porque no hay ninguna actualidad en esta ciudad más allá de la pandemia.

Hoy, este lector se convierte en protagonista por su testimonio. La semana pasada fue al Carrefour. Se volvió para casa porque las colas daban hasta tres vueltas y era imposible escapar de un enjambre enloquecido que arrasaba con el alcohol, el agua oxigenada y las natillas de vainilla y chocolate.

Pero esta vez no ha ocurrido lo mismo. "A las diez y media me fui a comprar. Todas las puertas estaban cerradas. Me asusté, pero rápidamente me percaté de un cartel que anunciaba: 'Entrada por la puerta 4'. Al llegar había un vigilante señalando que había que ponerse en cola guardando el metro y media de distancia. Según salían ocho o diez clientes volvían a entrar otros diez. Te desinfectaban las manos y te daban unos guantes para coger los alimentos. Son guantes de un solo uso, de esos que se utilizan habitualmente para coger la fruta".

Dentro del centro comercial tan solo unos 20 o 25 compradores."Las estanterías estaban llenas y en las cajas todo el personal atendía con mascarillas". La medida, coherente, está funcionando. "Al menos la gente ya no va a buscar comida como borregos", dice Francisco Manuel mientras coloca la Mahou 5 Estrellas en el frigorífico y se despide amablemente por el móvil.

En su mismo barrio vive Guadalupe, que es profesora. Se ha pasado la semana corrigiendo ejercicios de un curso de Segundo de Bachillerato. "Todos los profesores estamos un poco desconcertados y temerosos porque no sabemos si va a haber Selectividad, si las clases empiezan el 1 de mayo... Tengo que estar casi el día entero en el ordenador y esta situación se nos hace muy difícil". Es de las que piensan que hay que aplaudir a los sanitarios desde los balcones, pero también a los docentes, porque han sido capaces de montar todo un sistema de educación a distancia para seguir prestando sus servicios desde el hogar. Su material, el ordenador particular. Su espacio, el salón. La lista de correos, interminable. Necesitamos devolver a la educación el lugar que le corresponde. Así que esta noche, aplaudan también por ellos.

Tiene una butaca relax, limpia las estancias de su casa a fondo, escucha música y por la noche trata de entretenerse con una serie de televisión. "Ah, y antes de acostarme -avisa- leo El Periódico Extremadura". Guadalupe, otra heroína.



En Carrefour

Capítulo 11

El día que dejamos de saber qué día es hoy

Miguel tiene montones de microinfartos en su cerebro. Hace dos meses se los detectó el neurólogo. "Miguel, usted ya tiene 80 años, así que para su edad, ¿qué más puede pedir?". Miguel asintió con la cabeza, con esa misma cabeza de venas malheridas que aún no le han hecho perder la consciencia. Entonces pensó. Sí, pensó porque aún puede pensar. Y se dijo a sí mismo que la vida es una putada, porque da igual que tengas 20, o 40, o 60 u 80, que tener plagada tu frente de tantas heridas es una crueldad, lo mires por donde lo mires.

Miguel vive con Mari Carmen. Viven juntos hace 52 años. Y se aman. Se aman mucho. Se aman ahora más que nunca porque se necesitan más que nunca. "Ay, Mari Carmen, y si te mueres tú, ¿qué hago yo solo?", le pregunta. Ella le responde como siempre: "Venga, Miguel, no digas más tonterías y termina de comer la mandarina, que las compré el otro día".

Miguel deshoja los gajos de la mandarina como deshoja las hojas de la margarita de su vida. Entonces sonríe y le dice a Mari Carmen: "¡Qué guapa estás cuando te pintas los labios de rojo, joía!". Siguen confinados en un tercero sin ascensor. El Ayuntamiento de Cáceres les prometió que iban a poner uno en su edificio, "pero ahora con el coño virus este la cosa está complicá", dice Mari Carmen, que contesta con obediencia a todas las preguntas. Ella no se escabulle, como hacen los políticos, ella es una tía valiente y no hay formulario periodístico que se le resista.

"Ahora hacemos gimnasia en el salón. La hacemos cuando termina la misa de 13 TV". ¿13 TV? "Déjese de pamplinas, si todos son iguales", zanja. Realizan ejercicios de piernas, mueven las manos con una pelota de goma que les regaló su nieto de 22 años. "Acaba de terminar un máster. ¡Es más guapo! Fue el primero de nuestros cuatro nietos. Yo estaba loca con él. Le preparaba la comida, lo recogía del colegio, porque los padres

estaban todo el día trabajando. Así que no he tenido descanso. Por las tardes lo llevaba al parque. Un día me dijeron que si era mi hijo. Y me puse como loca pensando que aún estaba yo de buen ver. Siempre le compraba guarrerías en Sánchez Cortés. Ahora esa tienda de mi calle la han cerrado. Bueno, como todas las del barrio".

'Cerrado', cuelga el cartel escrito a mano del establecimiento de golosinas más famoso de la ciudad. Desde el salón Miguel pregunta: "¿Qué día es hoy?" No es demencia, es que de pronto todos hemos dejado de saber qué día es hoy.



Miguel y Mari Carmen

Capítulo 12

"Me siento como un yogurt caducado en la nevera"

Laura cumple hoy 20 años. Puede decir que es una de las cacereñas-mejicanas que festejó la fecha de su nacimiento confinada por una guerra. Sus hermanos, Juan y Rubén, le han preparado una sorpresa. Le han hecho crepes con chocolate y le han puesto encima unas velas que compraron ayer en el Tambo de Alfonso IX. El trayecto de la cocina al salón ha sido una algarabía al son del cumpleaños feliz. "Pide un deseo Laura. Y sopla. Pide un deseo y sopla". Y Laura sopla como quien sopla un velero en mitad de un mar a la deriva.

Los tres hermanos tienen a su madre en México. Ella le ha grabado un audio a Laura. "Estas son las mañanitas que cantaba el rey David, a las muchachas bonitas se las cantamos aquí, Despierta mi bien despierta, mira que ya amaneció, ya los pajaritos cantan, la luna ya se metió". Entonces todos comienzan a aplaudir, y a reír. Y a Laura se le escapa una lágrima, mientras su padre le toca el costado.

Lo están pasando mal. Suerte que el protocolo del Instituto Municipal de Asuntos Sociales funciona y las ayudas continúan. Pero él ha tenido que dejar de trabajar y en casa hay tres bocas que alimentar. A eso se suma el dolor de la distancia, de la familia. "Me siento como un yogurt caducado en la nevera", le escribe Laura a su chico. "Pero esto no tiene fecha de caducidad, yo te querré siempre", le contesta él en otro mensaje.

Laura ha colgado en su Instagram una foto muy bonita en la que aparecen juntos aquel fin de semana en el que se marcharon a La Vera. Aparecen ante la Garganta de los Infiernos, en un manantial; cuando el agua corría alejada de la pandemia. Este fin de semana tenían programado un viaje a un pueblecito de Portugal. "Mario es camarero; había estado ahorrando durante cuatro meses para darme la sorpresa".

El presidente del Gobierno acaba de decir que el Estado de Alarma se prolonga hasta el 12 de abril. "¿Dónde quedará para entonces la aldea portuguesa?". Y Mario le responde: "El amor es algo así como querer bailar y reír con la misma persona... da igual la música que suene". Y suenan y suenan Las Mañanitas de la madre de Laura mientras sus hermanos vuelven a encender las velas. "Laura, sopla, y pide un deseo. Sopla y pide un deseo".

Desde el balcón se ve a Cáceres pasar. Un vecino habla con sus nietos por el móvil. Una madre lee un cuento a su pequeña. Un chico riega unos geranios. Al menos, abajo, en Antonio Hurtado, sigue abierto el quiosco. El dueño lo ha cubierto con un plástico. La clienta, con mascarilla, se lleva el Extremadura.



Quiosco de Antonio Hurtado

Capítulo 13

"¿Sabéis que ha muerto Carmen de Mairena?

Luisa se ha levantado a las ocho de la mañana y ha comenzado a colgar notas por Rayuela porque es **profesora en un instituto de Cáceres**. Mientras realizaba la tarea le ha venido a la mente este pensamiento: "Si mi padre fuera ciudadano de la Comunidad de Madrid y tuvieran que elegir entre él y una persona joven, aplicando el sentido común y el raciocinio, posiblemente lo entendería, pero lo que jamás le perdonaría a los políticos es que no hayan adoptado medidas antes, trayendo respiradores y mascarillas para evitar este desastre".

Mientras reflexiona, a su teléfono móvil le llega un mensaje: "A partir de mañana **no salgáis para nada de casa**, ni a por el pan, porque el domingo empieza lo peor, porque se cumple la fecha de incubación y empezarán a salir muchos positivos y se puede contagiar mucha gente, así que es muy importante quedarse en casa y no relacionarse con nadie".

La misiva corre como la pólvora en esta ciudad confinada por el miedo, llena de hogares cerrados a cal y canto. A las nueve de la mañana una ambulancia de DYA recorre Camino Llano invitando al encierro. **Algunos salen a los balcones y aplauden**. Pero todo ha dejado de ser como antes. Ya no se escucha el bullicio de los chiquillos camino del Padu, con Araceli a la cabeza, la profe que lleva siempre la sonrisa puesta. No para la furgoneta de Canal de Isabel II, ni se oyen los chistes de los hermanos Denche, los del taller mecánico. María ya no abre Todolibros, y los peces de colores de Pedro, el de la tienda de animales, no tienen a niños que los señalen con sus dedos detrás de las gigantescas peceras. Han cerrado el bar San Francisco y en el Miche se echan de menos los partidos de la Champions al calor de la Estrella Galicia con decenas de personas coreando los goles y compartiendo el respirar de la vida.

Luis, el del segundo, trabaja en una sucursal financiera. Su rostro irradia preocupación. Su mujer, Patricia, es enfermera. **"No le digas más a tu padre lo del coronavirus porque está acojonado**", le pide Patricia a Rubén, el pequeño de sus dos hijos. Luis ha estado toda la mañana limpiando con agua y lejía lo que ha comprado en el Carrefour. Limones, patatas, latas de cerveza, botes de suavizante, nada escapaba a su balleta desinfectante. Mientras, Rubén juega a la Nintendo en su habitación pintada de amarillo y participa con sus amigos en una videollamada. Uno de ellos acaba de preguntar: "**¿Sabéis que ha muerto Carmen de Mairena?**"



Quiosco de Antonio Hurtado.

Capítulo 14

"Cuando todo esto acabe"

Rubén y Cristina se conocieron hace un año en la sucursal donde Rubén entró a trabajar hace cosa de un año. El lugar ahora confinado al que han dicho a los abuelos que no vayan a cobrar la pensión porque son un foco de contagio que a pasos agigantados se ceba con esta ciudad asustada que no sabe qué será de su futuro.

No tardaron en marcharse a vivir a casa de Cristina, que reformó la vivienda de sus abuelos en la plaza de Italia. La madre de Rubén siempre les hacía la compra: salmón, yogures de Macedonia, hasta el Flota para lavar los platos. No faltaba de nada en la nevera. Con esto del covid-19 Rubén se ha marchado con sus padres a Las 300. Cristina lo echa de menos. Acaricia las sábanas del dormitorio, que ya no huelen a él, sino al suavizante de Oxígeno Activo que venden en el Dia.

Si hay algo que unirá para siempre a la pareja será el Bar Las Cancelas. Cuenta la historia que Felipe Vázquez Díaz, hijo de Blas y de María, nació en Torreorgaz. Su familia se dedicaba a las tareas agrícolas. A los 9 años ya trabajaba en el campo, a los 13 su madre le guardaba el tabaco en el morral, siempre a escondidas para que Blas, su marido, no lo viera. Felipe y Nieves Palacios Guillén se hicieron novios cuando ella ya estaba trabajando en Cáceres. Nieves era de Torreorgaz; sus padres, Francisco y Mercedes, también trabajaban en la agricultura. Eran años duros y ella se vino a la capital, donde comenzó como empleada de la casa de la madre de José Luis Cotallo, el predicador y misionero cacereño más querido y con más capacidad de convocatoria del pasado siglo, ahora en proceso de beatificación.

Coincidió que en aquellos años Felipe también trataba de labrarse un porvenir mejor con el ladrillo y hasta trabajó haciendo el pueblo de Valdesalor, pero no era suficiente, así que en 1965 decidió, como tantos

otros, marcharse a Alemania en aquellos años del terrible éxodo de la emigración que con tanta virulencia azotó a nuestro país. Doce meses más tarde Felipe regresó para cumplir con Nieves su promesa de amor. Se casaron en la iglesia de Torreorgaz y celebraron la boda como entonces era costumbre en muchas localidades españolas: el cura los casaba, él se iba con su familia a festejarlo, ella se iba con la suya a celebrarlo también, y luego se juntaban los dos. Unos días después hicieron las maletas rumbo a Oberwesel, en aquel viaje duro e interminable de incierto futuro al que tantos y tantos españoles se enfrentaron en los años 60.

Oberwesel era una ciudad medieval muy bonita, situada a orillas del Rin Medio, en la que Felipe y Nieves se pusieron a trabajar como empleados de una fábrica de maderas. A veces también se iban a los viñedos porque Oberwesel era ya en ese tiempo uno de los mayores centros vitivinícolas de Alemania. Con estos empleos sustentaban la economía familiar los Vázquez, que vivían al lado de una iglesia, en una casa de dos plantas con vistas a un jardín muy bonito, situada delante de uno de esos típicos cementerios alemanes abiertos y con cierta semejanza al que existe en Cuacos de Yuste.

En Oberwesel Felipe y Nieves se relacionaban con otros matrimonios españoles, algunos de Torreorgaz, como Paco y Matea, y pese a las dificultades del trabajo, del idioma, de vivir a tantos kilómetros de la tierra, ellos eran felices y dichosos, afortunados de verse juntos, unidos para siempre por la fuerza de su amor.

Cuando Nieves quedó embarazada de su primer hijo, decidió venirse a España para que el muchacho naciera en Extremadura. Ya estaba Nieves en casa de su madre cuando transcurridos unos meses, Felipe la llamó para anunciarle que llegaba a Cáceres porque quería estar presente en el nacimiento del pequeño. Ella se puso tan nerviosa por la emoción que le embargaba que el parto se le adelantó una semana. Así que no pudo ir a recoger a su esposo a la estación de trenes y cuando Felipe arribó, Blas, su primer hijo, ya había venido al mundo.

El nacimiento de un hijo era algo tan hermoso y tan grande que Felipe quería probar suerte en España, dejar Alemania, vivir junto a su mujer y su pequeño, aumentar la familia al abrigo de la tierra que le vio nacer. Así que

lo preparó todo para quedarse definitivamente en Cáceres. Pensaron Felipe y Nieves que la mejor opción que tenían era abrir un bar. Miraron incluso por Plasencia hasta que se enteraron de que en el número 1 de la calle Ceres, en el barrio de la Plaza de Italia, se alquilaba uno, cuya parte trasera tenía vivienda con entrada por la calle Piedad. El dueño de todo ese local era Pedro Rocha, que tenía una tienda de confección al lado de Harpo. Su mujer, Luci, tenía una peluquería justo encima del bar y uno de los hijos de esta pareja es el de la tienda Chevalier.

Ese bar lo había tenido antes arrendado otro dueño, que le había puesto por nombre Las Cancelas porque en su interior disponía de un dibujo muy bonito de una cancela, pero llevaba cerrado bastante tiempo. En ese momento Felipe y Nieves desconocían la fama poco recomendable que este local se había ganado puesto que hasta él acudían las que en Cáceres se acostumbraba a llamar mujeres malas .

Y es que en los alrededores de Obispo Galarza y la calle San Felipe se amontonaban las casas de citas de la ciudad, había lo menos 10 o 12, regentadas por madamas que atendían a una prolija clientela. Las chicas de los burdeles, en sus ratos de asueto se iban a Las Cancelas. Tremendo escándalo para la encorsetada sociedad de la época.

Pero Felipe y Nieves empezaron de cero. Limpiaron Las Cancelas, las pintaron, abrieron las puertas y mantuvieron el nombre del negocio. Al minuto, ¡zas!, dos clientes que hoy llevan a gala ser los más antiguos del bar: Angel Mena y Pepe García, más conocido en Cáceres como Pepe El Salchichero.

Empezó así, en marzo de 1967, la historia de este local tan relacionado con la vida diaria de La Placi, que es como gran parte de los cacereños llaman a la Plaza de Italia. Al frente de Las Cancelas, Felipe, y Nieves en la cocina como únicos empleados, los dos siempre al pie del cañón.

Las Cancelas era una pequeña tasca, con una barra altísima; detrás de esa barra había una puerta corredera que daba acceso a la vivienda de los Vázquez, que constaba de una habitación, una cocina, un baño, la despensa y el salón comedor, que por la noche se convertía en cuarto de dormir para todos. En el bar, a la izquierda, había una mesa, a la derecha, otra, y luego un servicio, pero solo para caballeros porque entonces los bares lo

frecuentaban muy raramente las mujeres y las pocas que iban si tenían que entrar al cuarto de baño lo hacían en el de la casa de Felipe y Nieves.

Las Cancelas abría a las seis de la mañana y poco a poco fue ganando una importante clientela: acudían vendedores y compradores del mercado de Obispo Galarza, también empleados de Telefónica, que tenía unas oficinas en la calle Nueva, y mucha gente de este maravilloso barrio en el que vivían la señora Petra y el señor Cándido, que tenían frutería, la señora Seba, que servía la candinga, la mercería de María y Santiago, la piconería, el señor Quico el de las golosinas, y el señor Serapio y Basilia, que eran los del Comercio La Luna, dedicado a maquinaria de hostelería.

También vivían en el barrio los Salado, que el padre trabajaba en el INP y su mujer se llamaba Esperanza, Anita la pescadera, que su marido era Antonio El Maganto, la señora Luisa, Antolina, las dos Carola, que una vivía en la calle García Holguín y otra en la calle Nueva, la panadería del señor Vicente, casado con la señora Gertrudis donde se compraba la harina para las albóndigas, los Corrales, los Saponi, o la Colorá, casada con un sillero que arreglaba las sillas de enea y uno de cuyos hijos tiene el bar El Sillero.

En 1970 Felipe y Nieves tuvieron su segundo hijo, Francisco, y dos años y medio más tarde, el tercero, que se llama José María, ambos canceleros de toda la vida porque nacieron en Las Cancelas. Las gemelas Nieves y Maribel ya nacieron en el sanatorio de la Consolación del doctor Blanco Corisco.

Pasaba el tiempo y Las Cancelas era un bar de referencia para Cáceres, que se hizo famosísimo a cuenta de la venta de boletos, a cambio de cuya compra los clientes podían llevarse suculentos premios. El boleto te solía costar una peseta, lo abrías y tenías varias posibilidades: que te pusiera “No tiene premio”, que te pusiera “Siga jugando” o que te tocara un premio de 50, 100 e incluso 500 pesetas, que aquello era ya la bomba.

Alrededor de los boletos se generaba un negocio importante en la ciudad. Por ejemplo, en La Placi eran la señora Ángela y el señor Juan los encargados de vender los boletos para los bares, cuyas papeletas se cosían para hacer paquetes que luego se metían en bolsas para su posterior reparto. Se cosían con máquinas de coser y había muchas vecinas del barrio que cosían boletos para la señora Ángela y el señor Juan por 50 céntimos la bolsa.

Felipe iba a casa de la señora Ángela y le decía: “Ángela, me venda usted 5 bolsas de boletos”, y Felipe volvía al bar con sus cinco bolsas de boletos, los colocaba en una caja encima de la barra y en un plisplás se vendían todos porque Felipe era un hombre honrado que repartía buenos premios.

En Las Cancelas no faltaba el vino de pitarra, aquel latiguillo de “Cago en Dios, cago en Dios” que soltaba Felipe y que aún hoy recuerdan sus clientes o sus especialísimos pìnchos de oreja, pescado rebozado y callos que con tanto esmero preparaba Nieves. En 1988 Felipe se hizo con la propiedad del local y reformó y amplió el bar, que actualmente regentan sus hijos.

Las Cancelas ha cerrado. El coronavirus ha logrado vencer también a su persiana. Y Rubén y Cristina lloran separados esta tristeza en la que todo Cáceres está sumida.

Cristina suspira. En su teléfono aparece la frase de Rubén. “Cuando todo esto acabe volveremos a Las Cancelas, amor mío”. Cuando todo esto acabe, cuando todo esto acabe, cuando todo esto acabe. ¿Quién no repite esta frase en la ciudad del silencio?



Bar Las Cancelas

Capítulo 15

“Se nos ha ido Lola”

“Ayer se nos fue un ángel. Ayer se no fue Lola, nuestra Lola, se fue como ella había sido, despacio, sin molestar, sola, sin el cariño de su familia. Aunque ya con sus 96 años, casi era ya hora de partir hacia la luz. Eligió o más bien, la eligió a ella, el peor momento para dejarnos. Es imposible describir con palabras este dolor. En estos tiempos que nos ha tocado vivir, esta maldita epidemia tan mal gestionada por nuestros gobernantes que dejan morir a nuestros mayores solos, sin ser arropados por sus familias, sin un adiós. Solo deseo que todo esto pase pronto, que paren ya los muertos, que aprendemos de que no se puede recortar ni en Sanidad, ni en residencias y que se pidan las responsabilidades a quien corresponda por tantas negligencias y que nunca jamás tengamos que volver a pasar por esto”.

El grito de Carmen Seco sobre la muerte de su suegra tiñe de dolor este miércoles vacío de la vacía Cáceres. Y en el recuerdo siempre la eterna Lola, cuyo relato de vida es este:

José García Llama era carabinero, un guarda de frontera que se casó con Dolores Corchado Galán, hija del practicante de Navas del Madroño Francisco Corchado Sanguino y de Asunción Galán Corchado , que eran primos hermanos y que además de Dolores tuvieron dos hijas más: Julia y Francisca. José García era natural de Mollina (Málaga) y a Dolores la conoció en Garrovillas. Ocurrió que en Garrovillas vivía la hermana mayor de Dolores, Julia, y con frecuencia Dolores se trasladaba de Navas a Garrovillas para ayudar a su hermana en la tareas del hogar.

En la misma calle donde vivía Julia residía Nati Sánchez , que era la hija del sastre y que con el tiempo se convertiría en la taquillera del Cine Capitol. Nati y Dolores se hicieron muy amigas. Resultó que un compañero de José había sido padre, por lo que invitó a su amigo al bautizo, una

fiesta a la que acudieron igualmente Julia y Dolores, de manera que no tardó en surgir el flechazo.

Del matrimonio entre José y Dolores nació la única hija de la pareja, Dolores García Corchado, a la que todo el mundo conocía como Lola. La pequeña nació en Navas del Madroño por casualidad. A la niña la esperaban en Nochebuena pero se presentó el 26 de noviembre de 1923 coincidiendo que Dolores había ido a pasar unos días al pueblo aprovechando que José, su marido, se encontraba concentrado en uno de los puestos a los que le habían destinado.

Desgraciadamente la felicidad de la pareja duró muy poco. Los habían destinado a Piedras Albas cuando en 1930 a José le sobrevino la muerte y a Dolores no le quedó otra opción sino la de enviar a su hija al colegio de huérfanos de carabineros que había en Madrid: el colegio La Divina Pastora, un edificio que ocupaba los números 112, 113 y 114 de la calle Santa Engracia, muy cerca de Cuatro Caminos.

En aquel colegio Lola cumplió los 7 años. Era La Divina Pastora un centro femenino muy disciplinado: en fila para acudir a clase, en fila para ir al comedor, en fila para salir al patio... Allí no había barullos, las monjas -Sor María entre ellas- cogían en brazos a las niñas más pequeñas, que dormían en habitaciones grandes, con tres camas a un lado y tres camas al otro.

Cuando empezó todo el follón de la guerra, las monjas ya no vestían con hábitos: se pusieron babis y lucían melenas cortitas mientras en Madrid se sucedían manifestaciones y la revolución agitaba las calles. Para entonces las internas no salían al paseo matutino de cada domingo en el que daban la vuelta a la manzana porque las puertas del colegio estaban hasta arriba de guardias y ellas permanecían en aquella jaula dorada para evitar cualquier posible contratiempo.

Entretanto, Dolores se ganaba la vida en Navas del Madroño: hacía punto, bordaba, cosía mantelerías... y esperaba ansiosa la llegada de su pequeña, que venía a verla en Nochebuena, Semana Santa y verano. Pero Madrid estaba como estaba y el riesgo para las huérfanas era tan alto que Lola, con 12 años, volvió a Navas del Madroño. La economía no era boyante y madre e hija debían ganarse la vida, de manera que se vinieron a Cáceres para velar del cuidado de los hijos del médico de Navas, don

Emerenciano Moreno, por todos conocido como don Paco, que se habían trasladado a estudiar a la capital. Eran dos hijas y dos varones: Adela, Isabel, Teodoro y Rafael, que como su padre también se hizo médico.

Todos vivían en un bajo de tres dormitorios, alacena y cocina del número 46 de la calle Parras. Como Dolores era amiga de una maestra del Perejil, a veces Lola asistía a las clases de aquel centro escolar, pero la cosa duró poco porque enseguida transformaron ese colegio en hospital de guerra. Madre e hija superaron la contienda y a lo largo de esos años nunca pasaron necesidades, al menos alimenticias, porque la mujer de don Emerenciano siempre mandaba desde la Nava huevos, la cántara de leche, carne asada...

El infortunio llegó cuando los hijos de don Emerenciano terminaron el curso de 1942. Dolores comenzó a sufrir hemorragias y el médico le recomendó reposo. Comoquiera que los dos hijos mayores de don Emerenciano ya habían acabado el bachiller y debían trasladarse a la universidad, poco sentido tenía continuar en Cáceres. De modo que durante los cuatro años restantes Lola se empleó a fondo en el cuidado de su madre en Navas del Madroño, donde ambas habían regresado. Lola se ocupaba de su madre, pero también de llevar el sustento a casa: cosía mantelerías, hacía gancho, punto, se pasaba horas ante una máquina de confección de medias para ganarse la vida honradamente y entregarse por entero al cuidado del hogar.

El 11 de julio de 1947 Dolores dijo adiós. Días después, el 20, Lola se marchó al albergue Santa María de Guadalupe que la Sección Femenina dirigía en Valencia de Alcántara. Allí trabajó como pinche de cocina hasta que finalizó su contrato el 24 de octubre de aquel mismo año.

Decidió entonces venir a Cáceres. Tenía 23 años y ella quería demostrar que podía ganarse la vida por sí misma, ahora que ya no tenía ni padre, ni madre, ni hermanos... La casualidad de la vida quiso que aquel día de su llegada a la ciudad se encontrara con una amiga que estaba empleada como niñera en la Casa Grande. “Lola, ¿por qué no te vienes?, mira que la señora no está contenta con la doncella que tiene”, le comentó su amiga.

Y Lola no se lo pensó. Superó la entrevista de trabajo y tras el ‘sí’ le dijo a la señora si podía incorporarse a su puesto después del Día de Difuntos, ya que era el primer Día de Difuntos sin su madre y Lola quería

acudir al cementerio a honrar su memoria. El 5 de noviembre de 1947 Lola entró a trabajar en la Casa Grande como doncella de doña Julia Higuero López Montenegro, sobrina de don Gonzalo Montenegro, casada con don Eduardo Gutiérrez Torres de Castro , hijo de doña Társila Torres de Castro , dueña y heredera de la imponente Casa Grande de la calle Pizarro. La hermana de don Eduardo se llamaba Angelines y estaba casada con don Benedicto Arias.

En la Casa Grande Lola se convirtió en primera doncella de doña Julia y don Eduardo. Se ocupaba de abrir la puerta, atender el teléfono, la plancha, la mesa, tener la ropa a punto, vigilaba que la merienda estuviera lista para cuando marquesas o condesas acudían a la partida de cartas vespertina... Era preciosa aquella casa, con sus cocheras,

Su primer piso, su segundo, su tercero, su cuarto, su quinto... Eran preciosos sus salones, aquel ambiente idílico y maravilloso que dentro se vivía y que en ocasiones era propio de un cuento de hadas... A la hora de la comida, Lola, como primera doncella, llevaba la fuente a la mesa, la segunda doncella se ocupaba de las salsas, la tercera del vino, el agua y los bollitos de pan que milimétricamente ordenados se ponían sobre aquellas mesas para 4, 12 o 24 comensales.

Todo era bello en la Casa Grande, sus mantelerías dispuestas en cajones con notas sobre cada una de ellas para no repetirlas en virtud de los invitados, las vajillas de plata, los cubiertos de plata, los juegos de té y de café también de plata, la bandeja pequeña de plata para los telegramas, la más grande para los periódicos que cada día llevaba Leoncia porque los señores estaban suscritos al Extremadura... Leoncia llegaba con todos los periódicos cubiertos con un hule para que no se mojaran si llovía. Y nunca se le oyó a Leoncia una queja por su trabajo, y mira que le cayó agua y le cayó calor, pero ella siempre tenía una sonrisa y un “gracias a Dios” cuando entraba en casa de los señores.

Las doncellas de la Casa Grande disponían de una habitación con armario que habitualmente compartían cuatro de ellas. En invierno dormían en una de las dependencias que había en las torres de la casa, en verano lo hacían en las habitaciones que tenían ventanas a ras del suelo, que daban a la calle Pizarro y que eran ideales para combatir las altas temperaturas. Pero

en verano lo cierto es que poco paraban los señores en Cáceres, porque aquellos meses los pasaban entre Santander y San Sebastián. En Santander acudían durante 15 o 20 días a la villa de Milagros Pombo , que era familia del señor, de procedencia santanderina, aunque la mayor parte del tiempo transcurría en San Sebastián.

Lola trabajó en la Casa Grande hasta que en el año 1955 conoció a Rufo Bote Corral. Había sido Lola una mujer a la que nunca le habían interesado los novios. Entregada al cuidado de su madre y su trabajo, no tuvo tiempo ni de ir al baile ni de ir al paseo. No era tampoco Lola una mujer para casarse con un hombre del campo porque Lola era una dama primorosa y delicada que soñaba con otro tipo de relación. Un día, cuando Lola se disponía a hacer el pedido por teléfono a la marisquería Castaño que estaba en la calle Corte, frente al Álvarez, una de las Castaño le dijo: “Mira Lola, a ver si puedes enviar a alguien a por el pedido porque a un camarero lo tengo de baja y el otro está con la limpieza general”.

Lola consultó a la señora y ésta le dijo que por qué no acudía ella misma a la marisquería. Así que salió Lola de la Casa Grande y cuando iba tan campante por Pintores se encontró de cara con dos guardias civiles. Uno de ellos era Lázaro Bueno Arroyo , destinado en la oficina de la comandancia pero que durante muchos años estuvo en Navas del Madroño.

En esto que al ver a Lola, Lázaro -que iba acompañado de Rufo- le pidió que aquella tarde asistiera al cumpleaños de su hijo, que se celebraba en la casa de San Juan en la que vivían. Lola tenía dudas sobre si podría acudir a la cita porque los señores tenían previsto ir al campo y siempre se llevaban a una de las cinco doncellas que había en la casa. Aquella tarde, por fortuna, a Lola la destinaron exclusivamente a la plancha, así que cuando terminó su tarea, a eso de las seis, le dijo a Epi, la cocinera, que estuviera al cuidado de la puerta, que ella se marchaba a aquel cumpleaños del hijo de Lázaro que cambiaría su destino para siempre.

Rufo Bote fue al cumpleaños pero él y Lola no cruzaron palabra hasta que pocos días después recibió la primera carta del guardia desde Alía, localidad en la que estaba destinado. Tras esa carta recibió Lola hasta tres misivas, pero a ninguna de ellas contestó. Sin embargo, el guardia no la iba a dejar escapar, así que un día del mes de junio llamaron al timbre de

la Casa Grande y allí estaba Rufo Bote, su guardia. “¿No ha recibido usted mis cartas?”, le preguntó con insistencia. Lola, sonrojada, contestó con un ‘no’. Pero Rufo, persistente, sentenció: “No diga usted que no, que su cara dice que sí”.

Llegaba el verano, y como siempre, Lola se marchó con los señores a San Sebastián. Al número 3 de la calle del Triunfo de la capital donostiarra seguían llegando cartas de Rufo. Y algo cambió en Lola, que de pronto se enamoró de aquel guardia que desde un principio sí puso sus cartas sobre la mesa, le dijo que era viudo, que tenía tres hijos... Chico lío se montó en la familia, “¡con un viudo, con tres hijos!”, le decían. Pero era tan fuerte el amor que pasados 15 días de su regreso de San Sebastián Rufo y Lola contrajeron matrimonio a las nueve de la mañana de un sábado, tempranito porque aquel día don Emeterio tenía entierro en San Mateo y no podía demorarse. Vivieron en Cáceres y en Malpartida y tuvieron dos hijos: María Dolores y José María.

Lola era abuela de tres nietos: Sergio Daniel, David y Elena. Vivía de sonrisas, emociones y recuerdos. Su memoria, imbatible al paso del tiempo, no olvidaba aquellos años en Piedras Albas, la imagen de su padre, su madre con la costura, el colegio de niñas huérfanas de Madrid, el revuelo de la guerra y aquella bellísima Casa Grande, con sus mantelerías, su bandeja de plata para los telegramas... aquella Casa Grande donde el amor, sin buscarlo, apenas sin quererlo, llamó a la puerta una mañana de junio dispuesto a quedarse a su lado para siempre.



Lola en San Sebastián

Capítulo 16

“Que nos ayuden a encontrar un respirador para mi tío Pepe, El Cano”

”Pepe, policía nacional jubilado, conocido en todo Cáceres como El Cano, está ingresado en la Clínica San Francisco. Su sobrina Yolanda acaba de lanzar en las redes un mensaje desesperado. “Mi tío está muy malito. Necesitamos respiradores en la clínica San Francisco. Los han tenido que donar. Y no lo trasladan a otro hospital porque están también al límite de su capacidad. Que alguien lleve alguno, mi tío Pepe lo necesita y nosotros a él. Compartidlo y que nos ayuden a encontrar un respirador”.

Es terrible la situación que Cáceres atraviesa con esta pandemia. Muere gente a diario y Yolanda, estupefacta, ve como Pepe se va. “Se fueron de vacaciones a Benidorm, mil abuelos metidos allí de toda España y allí se contagió. En el autobús en el que volvieron viajaban 60 personas. Había gente que venía malísima, y me consta que cuatro personas de ese bus ya están contagiadas. La carga viral de ese autobús era terrible. Y a los dos días de volver del viaje ya estaban malos, muy malos. ¿Por qué se permitió viajar a ese autobús?”.

Pepe llegó ayer en muy malas condiciones a la clínica, pero le ha dicho el internista a la familia que los cuatro respiradores que tenían los han tenido que ceder. “Mi tío está con oxígeno, pero no hay respiradores. ¿Por qué no lo derivan a otro hospital, por qué no traen material?”

Conocida esta situación el alcalde de Cáceres, Luis Salaya, ha realizado una petición al SES para interesarse por la situación.

“¿Cómo es posible que no haya medios, cómo es posible que ni siquiera se pueda intentar que mi tío salga de esta, y que no sea porque no hay un respirador?”. Mientras Yolanda se hace estas preguntas Pepe El Cano lucha entre la vida y la muerte a orillas del Puente de San Francisco.



Pepe El Cano, días después ya recuperado, junto a su esposa

Capítulo 17

"Al miedo solo se le vence con valor, y si somos policías con más razón"

Llegó a la Policía Local por pura vocación. Porque le gusta salvar vidas, ayudar a los demás, defender las causas justas, frenar la delincuencia, luchar por un estado real de derecho... Aplicar la ley no es abusar de la autoridad. El concepto de la ciudadanía ha cambiado. Es la buena lección de esta pandemia: Aplicar la ley es contener el virus. Él ha escrito esto: "Al miedo solo se le vence con valor, y si somos policías, con más razón. El miedo se queda en casa confiscado". No ha tardado Ella en responderle: "Yo sí tengo miedo... y mucho". Y mira que Ella es una mujer luchadora, que sabe lo que es el trabajo duro, lo que es vencer a la adversidad. Pero esto sobrepasa cualquier escenario imaginado. Cuando Él se va de guardia, Ella cuenta las horas como nunca antes las había contado. Nuestra policía local, nuestros héroes, que detrás del uniforme tienen una familia que siempre espera en casa.

Acaba de decir el alcalde que hay 10 positivos en la jefatura. Pero hay 14 negativos. Nos agarramos a los 14. Todos nos debemos agarrar a los 14, porque vamos ganando, por poco pero vamos ganando. A veces Ella cierra los ojos y recuerda aquellos años hermosos en los que paseaba con el carrito por Cánovas a la pequeña cuando ya la mayor correteaba por ese paseo de Cáceres que hoy es un desierto. Mira las fotos de su piso en Isla Cristina, lo bonito que lo decoraron, las noches de risas, el agua del mar, la brisa... 14 negativos, se agarra a esos 14. Es curioso que ahora la palabra negativo sea la más positiva de este universo de falta de respiradores y miles de muertos a los que a diario hay que darles sepultura.

Nada volverá a ser igual después de esta guerra. También lo sabe Rubén, que sigue con las videollamadas y los mensajes de Whatsapp en los que escribe frases como esta : "Amar de verdad es hacer la maleta y volar hasta tu cama. Y que volemos dentro y soñemos fuera". Sueños que se acumulan,

viajar a Madeira, navegar, subir en un teleférico, ir a ver un partido de fútbol, comer palomitas en el cine. Lo que antes era lo típico. La cabeza de Rubén sigue volando hacia un futuro incierto, pero a su lado, mientras en el grupo de la familia aparece esta foto: su abuela, confinada en casa, se lava las manos. El agua cae del grifo como un milagro. Un vaso de Coca Cola es testigo de la hazaña.



Policías locales en La Montaña

Capítulo 18

“Cuando quedábamos en el Caja Duero del caballo”

Caja Duero es ahora Unicaja Banco. Pero nosotros, y con el permiso de los bancos, seguiremos llamándole Caja Duero. Allí era donde Rubén y Ana quedaban todos los sábados por la noche a eso de las nueve; aunque Rubén llegaba siempre tarde, acicalado, oliendo a Calvin Kleyn a lomos de sus zapatos nuevos. Entonces daban una vuelta por La Madrila, el barrio donde ahora no se oye ni una mosca, y no por sentencias, sino por cuarentenas.

Iban al Bontá, y allí pedían pinchos y Habla del Silencio, que eso del silencio parece ahora una metáfora diabólica. Después acudían a la Lambretta. Junto a la Vespa, fue un icono de los años 50 y 60 cuando la cultura juvenil de los mods la adoptó como suya en el Reino Unido. Y aunque nunca pudo desbancarla y siempre fue la eterna segundona, lo cierto es que la Lambretta hizo furor entre las scooters. Lo que pasa es que en Cáceres, La Lambretta no es una moto: es un bar de la calle Venecia.

Cuando en 1987 Ángel Marcos y Jesús Luciano, entonces futbolistas del Cacereño, se hicieron socios, ya existía en Cáceres La Lambretta, un bar que les trapasó Alfonso y que años atrás habían decorado Antonio Pelo y Perico Valhondo, que es el pintor, autor de una de las obras que decora el local y que retrata a una mujer de poderoso trasero, inspirada en un cómic argentino, a la que siempre te dan ganas de pellizcar porque parece una mujer de verdad.

Ángel formaba parte del cuarteto mítico, compuesto también por Juan Sarratea (que ahora es fisioterapeuta), Jesús Lambretta, y ¡¡¡¡Chinto!!!, el hostelero, al que un día los compañeros le dieron el Oscar al más cagalera .

Vivían entonces en un piso de alquiler en La Madrila. Era la época del boom de La Madrila: Faunos, Bols, Maribel (la abuela de La Madrila , auténtica mujer coraje), el Keaton (donde, por cierto, Jesús conoció a su mujer, Toyi)... y siempre acababan en Acuario, hoy Manómetro, que era el bar al que los jugadores no podían faltar el domingo al acabar el partido y donde estaba de camarero Isidoro.



Plaza de Albatros, cerrada

Cómo olvidar a Oñi, Parra, José Miguel, el tenca de Brozas, que ahora es funcionario, a Vicente Chuzo, el utillero...

Jesús lleva bigote desde los 18 años, una vez se lo quitó y nadie lo reconocía por la calle, ni siquiera David Vivas, el del Barroco, al que Jesús cariñosamente llama El Sordo. Jesús nació en Cádiz, en el barrio de la Viña y la playa de La Caleta. Era portero. Se enfrentó a Arconada estando el Cádiz en Primera. Desde que fichó por el Cacereño vive en Cáceres y aquí han nacido sus dos hijos, Jesús y Víctor. Hoy es socio de pago del club, tiene el número 388.

Cuando junto a Ángel se quedó con La Lambretta, futbolistas y aficionados de nuestra ciudad acudían al local: Juanito, el de Las Carmelitas, Mami Quevedo y su Cristina Tárrega, Quini, máximo goleador del Barça, Gregorio Manzano, el del Mallorca, Caminero, Salas, Andrés, del Madrid, Josemi, el oreja de Cádiz, nuestro Manolino...

Frecuentaban La Lambretta políticos, artistas como Coup de Soupe o Los Centellas (sí, los que cantaban Ese toro enamorado de la luna... que hasta fueron disco de platino). Pero quienes nunca faltan desde hace ya 16 años son los Reyes Magos , que tras la cabalgata siempre paran a repostar.

Tampoco faltaban Rubén y Ana cada sábado por la noche. Le pedían a Jesús que les pusiera una de Sabina y se besaban. Cuando tocaba cerrar, se iban a casa de Ana, que tiene una terraza con vistas a la Montaña. Y allí se besaban más y más. Ahora lo hacen por videollamada. Cosas del coronavirus.

Capítulo 19

"Siempre es sábado con Coke Bermejo"

"Cuando zarpa el amor, navega a ciegas es quien lleva el timón. Y cuando sube la marea al corazón", canta Camela, y detrás de la pantalla, enfundado en una peluca y con sus gafas imposibles, aparece Coke Bermejo, hostelero cacereño, siempre solidario con las causas difíciles.

Coke es responsable de Nebbia, el bar de La Madrila Alta, donde los domingos celebraban bingos y los fines de semana organizaban actuaciones musicales. Aquí, todos los días enarbolaban la bandera del amor en libertad, y los clientes, una gran familia, bailaban y reían antes de que nos atacara la pandemia.

Pero Coke no quiere que el espíritu Nebbia muera. De manera que cada sábado organiza un vídeo en directo a través de la red social de Facebook, al que se suman cientos de cacereños, que lanzan emoticonos, frases de ánimo y millones de corazones.

Entonces Coke pone a Rafael, y a Rafaella (claro), y a Marisol, y a la mítica Yuri, de esa época en la que en este país aún teníamos tocadiscos y la mexicana cantaba "Este amor no se toca, no insistas porque yo te negaré mi boca..." Y luego llegan Soraya, nuestra extremeña de Valencia de Alcántara, y Laura Trevi: "Y todos me miran, me miran, me miran, porque sé que soy linda, porque todos me admiran".

Carcajadas virtuales se suman a la fiesta y Cáceres no pierde el espíritu madrilero pese al confinamiento. En esas, aparece una bella señorita de metro ochenta, pelo cardado y labios poderosos. Cuelga su foto en el sarao y, con una gracia inigualable, aclara: "En el fondo me llamo Manolo".



EL PERIÓDICO

Coke Bermejo

Capítulo 20

"El peque, genial, ya sabe decir caracol y gallina"

Por el Camino Llano bajo pasaban hace muchos, muchos años, las lavanderas que procedentes de Fuente Concejo se dirigían a la plaza Mayor a lomos de sus cestas de mimbre cargadas con las sábanas de blanco inmaculado que luego repartían entre los señoritos que vivían en la gran urbe. Tiempo después, con eso de la proliferación de las lavadoras, el oficio terminó muriendo, como está sucediendo con esta pandemia, que no entiende de pobres ni de señoritos, ni de oficio ni beneficio porque todo lo que encuentra lo devora. Es una especie de Nostradamus, de amenaza bíblica, de jornadas en las que aparecen videntes que en televisiones de tres al cuarto predecían la llegada del apocalipsis, con 40 terribles días en los que el mundo pararía en seco.

Sí es verdad que en los balcones del Camino Llano bajo han comenzado a crecer de forma desmedida las plantas; hasta los cactus han echado flores y por primera vez se escucha el sonido de los pájaros porque apenas pasan coches y ya no se oyen los insultos de conductores agresivos que llegan tarde a recoger a sus hijos del Padu.

El hombre se ha confinado y las flores y los animales se han adueñado del planeta. Luce el sol o llueve y el cielo está cada día más limpio.

En uno de los pisos del barrio vive Julia. Su hermana reside en BCN, dice ella (en Barcelona, vamos, para entendernos), y está haciendo teletrabajo desde casa. "Papá y mamá se encuentran bien, algo menos nerviosos que hace unos días", comenta aliviada.

Lo que más echa en falta Julia es poder abrazar a su sobrino, que es su debilidad. "El peque, genial, ya sabe decir caracol y gallina", confiesa entre la alegría y la melancolía.

El Camino Llano bajo se está empleando a fondo en esto de los aplausos. El vecindario sale a las ventanas, aplaude, canta 'Resistiré'. Siempre

ha ganado el Camino Llano bajo al Camino Llano alto, por mucho que ellos tengan el Consum y la galería Helga de Alvear, que por cierto dicen unos ingleses en una publicación que ha quedado de puta madre.

Julia ha hecho esta mañana una foto a una de sus macetas. El tiesto es de cristal y muestra una leyenda que dice: “Tú, yo y el mar”. Julia la cuelga en su instagram mientras le escribe por Whastsapp a un compañero de trabajo: “Aplaude mucho, que se nos escuche en todo Camino Llano, eh”.



Cactus florecidos

Capítulo 21

“El mundo a través de una mirilla”

Lunes, miércoles y viernes. Tres días de la larga semana empleados a fondo en un edificio fantasma. Detrás de la mirilla se la ve mimando el suelo, las barandillas, los pomos de las puertas, los botones de un ascensor que ya nadie usa porque todo el vecindario sube y baja por las escaleras. Adarve Limpiezas: su nombre suena a Cáceres, a ese Cáceres con decenas de empresas familiares que tanto han dado por el sustento de nuestra frágil economía.

Detrás de la mirilla retira los felpudos. En uno de ellos aparece la leyenda “Bienvenido a la república independiente de mi casa”. Nadie entra ya a esa pequeña república llena de cenas con vino y cerveza, con música de Sabina, con filetes de pollo y patatas fritas donde los amigos brindaban por la vida.

Al lado se escucha a Mauro, el pequeño de la casa de los del tercero. Sube y baja las escaleras, y ríe a carcajadas cuando su padre le hace cosquillas. Las cosquillas de Mauro son como una bendición en este confinamiento obligado.

Ya no es el mismo el concepto del tiempo. El tiempo ahora no tiene dimensión porque se desvanece mientras mojamos las galletas en el café. El tiempo ahora es pensar en que estamos aquí, quizá en qué pasará el próximo domingo.

Cáceres está más muda que nunca y solo se oye el ruido de las sirenas escoltadas por la policía camino a los hospitales. Las calles son un laberinto mientras la curva no baja en este pasadizo de infectados. La pandemia sigue creciendo en el planeta. Cristina, la enfermera del segundo, estará los próximos tres días encerrada en su habitación como medida de prevención. A las ocho, volverán a escucharse los aplausos. Y mañana miércoles el felpudo volverá a levantarse detrás de la mirilla.



Empleada de limpieza en Cáceres

Capítulo 22

"Hoy no es un día cualquiera"

Ha estado a punto de que se nos olvidara abril en este confinamiento donde no hay fecha en el calendario que cuelga de la nevera sin que nadie arranque las hojas. Era costumbre que el 1 de abril, al llegar al periódico, alguien, siempre el más veterano, recordara que estábamos de cumpleaños. A veces llevábamos una tarta, o un compañero te invitaba a un café de la máquina (cómo se echa de menos el cloc cloc de los 40 céntimos golpeando en la caja y el sonido de esa cafetera situada frente al baño de las chicas).

No sé si ustedes saben a qué suena un periódico. A mí me suena a toc toc, al toc toc de los dedos tecleando un ordenador. También me suena a risas, a carcajadas, a titulares, a montones de papeles sobre mesas en las que hay personas que escriben noticias, o que hacen números para llegar a fin de mes, o que dibujan anuncios... La verdad es que un periódico me suena a vida.

Un periódico no solo lo hacen los periodistas, qué va. Un periódico lo hace una empresa editorial que está formada por un grupo de profesionales que a diario se dejan la piel para que unas páginas se vendan en los quioscos o para que esta crónica y miles, millones de crónicas, se publiquen en internet, aunque sea gratis y esto nos esté dando tantos quebraderos de cabeza.

Hoy cumple años El Periódico Extremadura. Nada menos que 97. Lo fundó un señor que era obispo. Lo imprimió aquí al lado, en el Palacio de la Generala, que está en la parte antigua de Cáceres, una ciudad encerrada más allá las ventanas, tratándose de salvar de una catástrofe, con sus hospitales llenos y con sus residencias plagadas de cientos de ancianos que se nos están marchando.

En Cáceres, abril era el mes de la primavera trompetera, cuando ardía nuestro dragón, bajaba nuestra Cacereña Bonita y el Womad se apropiaba

de la Plaza Mayor en medio de la música, el color y eso que llamábamos multiculturalidad.

Era abril, es abril, el mes en el que nació este periódico, que hoy venden quiosqueros que son héroes, que lucen mascarillas o se colocan escafandras transparentes para evitar un virus bautizado con el nombre de covid-19 que es literalmente una putada.

Yo no sé lo que durará esto, ni cuánto se llevará por delante. Lo que sí sé es que detrás de cada letra, de cada titular, de cada noticia, hay una familia, la que desde 1923 lleva haciendo posible que el día 1 de abril no sea un día cualquiera.



Quiosco en Cáceres

Capítulo 23

La fuerza de Quique y de Teresa

A las ocho de la noche el Paseo de Cánovas es una fiesta. Suena el 'Resistiré' y todos los vecinos salen en masa a sus balcones, mirando al Hospital Provincial y aplauden sin cesar. Entonces, las enfermeras se asoman y devuelven con júbilo el amor que Cáceres les da.

Quique y Teresa Pozas Corbacho no faltan a su cita. Elevan los brazos, cantan, gritan, se sienten protagonistas de un momento histórico: el de un mundo donde la solidaridad ha vencido al egoísmo. Es maravilloso verles reír, notar que sus manos se alzan y rozan el cielo desde este mirador con vistas al pulmón verde de una ciudad devastada por el Covid 19.

Su madre les hace fotos, graba un audio para explicar lo que su corazón le dicta. Es una maravilla escuchar su voz, las veces que repite la palabra 'emocionante'.

Sí, emocionante es una palabra que hoy cobra su sentido. E-mo-cio-nan-te. Así, pronunciada una y mil veces. Emocionante luchar, emocionante vencer, emocionante es morir cuando la emoción te llega porque te parte el alma.

Emocionante es ese escenario de enfermeras que combaten el coronavirus, que nos cuidan desde un hospital majestuoso, que nunca debería haber cerrado. El Virgen de la Montaña ha reabierto y es un milagro, un milagro porque nos salva en mitad de esta catástrofe.

La historia de nuestro Hospital Provincial se remonta a comienzos del siglo XIX, cuando existían en Cáceres hasta 92 hospitalillos con diferentes cometidos: aislamiento de infecciosos, asilos de pobres, inclusas... El 7 de febrero de 1935 la Junta Superior de Calidad decidió crear el Hospital Civil y Provincial de la Milagrosa, Virgen de la Montaña, que terminó ubicándose en el convento de San Francisco. Su dotación permitía alojar a 800 enfermos o necesitados.



Quique y Teresa Pozas Corbacho desde su balcón

La epidemia de cólera de los 50 descubrió las deficiencias que aquel convento (hoy convertido en moderno complejo cultural) padecía para la atención sanitaria. La nueva Ley de Sanidad de 1855 facilitó planteamientos sanitarios más avanzados y todo ello cristalizó en un proyecto de construcción de un nuevo hospital, entonces a las afueras de la ciudad en 1859.

La propuesta de ubicación fue la que hoy tiene. Su presupuesto ascendía a 7.092.937 reales, cifra tan elevada que impidió su realización. Se hicieron hasta cinco nuevos proyectos, todos inasumibles por su coste. En la década de los 70 las condiciones de habitabilidad del San Francisco eran tales que las enfermedades que se sufrían en el hospital eran más graves que las de la población en general. La situación obligó a estudiar un nuevo proyecto. Las obras comenzaron en 1884. El presupuesto inicial fue de 50.000 pesetas (la nueva unidad monetaria de la época), añadiéndole mejoras estructurales (armazón de hierro en vez de madera), que supuso 21.876 pesetas más. Las obras finalizaron en 1890 y se inauguraron en 1892.

El papel del hospital fue determinante en la atención sanitaria de la ciudad y en su crecimiento urbanístico. Se concibió como un centro moderno, con salas de aislamiento de infecciosos, de maternidad, organización por sexos... se recogieron historiales clínicos de los enfermos ingresados, muchos preservados en el archivo provincial y tan significativos como los correspondientes a los soldados que fueron ingresados a su regreso de la guerra de Cuba en el 98.

Ese hospital ha abierto y lo ha hecho porque su legado es de tan excelsa aportación a la historia de la sanidad de Cáceres que, una vez más, frente a la epidemia más terrible que nos ha tocado vivir, ha vuelto a cumplir su función con una dignidad sin parangón.

Que no perdamos la memoria. Quique y Teresa no la pierden. Por eso aplauden. Sigamos su ejemplo. Solo así, con la fuerza propia de su preciosa juventud, ganaremos esta guerra.

Capítulo 24

Leoncia y Carlos del Amor

El idilio del periodista Carlos del Amor con Cáceres comenzó en 2008 cuando acudió a los premios Pop Art, y luego volvió en 2011 a la Feria del Libro para presentar su novela 'Confluencias'. La noche del jueves, Del Amor volvió a pisar nuestro suelo, pero lo hizo a través de las televisiones de nuestros hogares y, sinceramente, nos llegó al corazón. En su espacio del telediario de La 2 realizó un precioso reportaje en el que narraba la soledad de las estatuas ante esta pandemia que nos devora.

"Leoncia Gómez, la vendedora de periódicos más célebre de Cáceres, sobresalta cuando alguien pasa delante de ella. Le han puesto una valla para que nadie la toque. Tocar es un verbo que no podemos conjugar. Las noticias que trae Leoncia ahora mismo en su periódico son esas que nos hacen llorar cada mediodía", relata Carlos voz en off tras unas imágenes de cacereños paseando con mascarillas bajo la atenta mirada de Leoncia.

Ella había nacido en Valencia de Alcántara en 1903 donde, dicen, fue abandonada una noche a las puertas de una iglesia. La encontraron en aquel pórtico Marciana y su marido que desde entonces la adoptaron como hija. Pero Leoncia Gómez Galán llegó a muy temprana edad a la ciudad de Cáceres, donde apenas una niña entró como criada en la casa de don Felipe Álvarez de Uribarri, un conocido abogado de la capital cuyo padre había sido notario en los años en los que ser notario en Cáceres era mucho más que serlo ahora, porque entonces era como ser poco más o menos que el rey del mambo. Don Felipe estaba casado con María San José, una mujer de belleza sin igual con la que tuvo nueve hijos: María Dolores, a la que todos conocían como Quiqui, Fati, Fernando, Felipe, Gabriel, Menchu, Marita, José Antonio y Cristina.

La de los Álvarez era una casa bellísima que aún se conserva en la Plaza de San Juan y que está situada encima del restaurante El Figón y en la que Leoncia entró a trabajar ganando 7 pesetas al mes y terminó cobrando 15 duros tras sus 50 años de servicio en aquella casa de la que Leoncia formó parte como una más. Estaba Leoncia muy agradecida a don Felipe porque él se ocupó de sus seguros para que consiguiera una digna jubilación y siempre mencionaba Leoncia a don Felipe cuando terminó el final de sus días en la Residencia de la avenida de Cervantes.

En casa de los Álvarez, Leoncia -de característica nariz borbónica- se ocupaba de toda la intendencia: limpiaba, guisaba, acudía a la compra, recogía los churros de la churrería que la señora Petra tenía en la calle Cornudilla, y a su vuelta siempre le decía a doña María: "Siita doña María, la compra son 3 pesetas, más la pesetina del pobre", porque Leoncia era una mujer muy caritativa y frecuentemente ayudaba a los necesitados.

Atendía también Leoncia en aquella casa a los pequeños, que la querían muchísimo y a los que cada tarde, mientras se afanaba con la costura en la cocina, les contaba cuentos de aquellos en los que el lobo se hacía amigo de la oveja y el príncipe siempre lograba conquistar a la sirvienta. Era la de don Felipe Álvarez una casa con vistas a la plazuela de San Juan y a la calle Pintores, disponía de altos techos de lo menos cuatro metros y un hall enorme plagado de los nietos de don Felipe que correteaban venturosos entre los muros de aquel hogar tan feliz y tan lleno de vida. En la casa, don Felipe tenía un despacho que aún se mantiene tal y como él lo dejó. Era un despacho de esos con muebles de estilo español con enormes cabezas. Y estaba todo aquello repleto de libros y de estanterías.

También disponía la casa de dos salones, donde se celebraban las fiestas de Navidad y cada noche de Reyes subían Sus Majestades, con los pajes y todo, y claro, los nietos embargados por la emoción, apenas pegaban ojo pensando en la llegada de regalos de la mañana siguiente. Era la cocina de la casa el lugar donde Leoncia se hizo dueña y señora, una cocina grandísima, con una mesa enorme, debajo muchos braseros, y al lado una cocina de guisar de esas de carbón que había que encender con unos soplillos y a la que los pequeños trataban de alcanzar y soplaban y soplaban en algún descuido de sus tutores.

La cocina era el lugar de reunión por excelencia de las mujeres de la casa, un lugar sagrado donde cada Navidad Leoncia emborrachaba al pavo que luego habría de servirse a la mesa. Para aquella acción siempre cerraba cuidadosa la puerta Leoncia, pero los avispados niños espiaban por las rendijas y contemplaban acobardados la escena en la que el animal finalmente caía beodo y preso de la humeante olla.

En casa de los Álvarez trabajó durante 50 años Leoncia Gómez Galán. Un día, Germán Sellers de Paz, entonces director de El Periódico Extremadura, le propuso a don Felipe que Leoncia vendiera por las calles el diario, y ella aceptó encantada. Estuvo la paciente Leoncia durante nueve años voceando el periódico decano de la prensa regional. El dinero que ganaba, aunque poquito, suponía una ayuda para vivir y para pagar una habitación que tenía arrendada en el barrio de Busquet.

Voceó Leoncia el Extremadura entre los años 1966 y 1975, deseando que se publicara una de esas noticias sensacionales que aumentaran la tirada y, con ella, su liquidación. De manera que Leoncia compartió el ocio de la jubilación voceando "Extremaduraaaaaaaa..." al final de la calle Pintores, junto a la plaza de San Juan. Y en ese sitio, la infatigable vendedora ofrecía el periódico, mostraba sus noticias, sus fotografías más originales o la lista completa de la lotería.

En aquel escenario de San Juan, donde los muchachos jugaban sin problemas de tráfico, se movía con elegancia Leoncia, que tenía cierto aire distinguido. Por allí estaba María Galindo, que era modista, Gabrielín, que era profesor, o Hijos de Petra Campón, que era un colonial de la época que nos encantaba a los cacereños por la magistral forma con la que partían el bacalao. Luego estaba la cafetería Lux, y ese dicho de Cáceres de "Los ricos van a Lux, los pobres a LuxPortales".

A la puerta de la casa de los Álvarez estaban los taxistas. Había uno de ellos al que llamaban Monsieur porque decían que había sido chófer de unos franceses. Desde los balcones de arriba los nietos de don Felipe le preguntaban: "Monsieur, ¿nos das una vueltina?". Y Monsieur asentía con la cabeza, y en tropel los muchachos se metían en el taxi, y Monsieur daba la vuelta a la plazuela, y para los pequeños aquello era como tener el mundo entre sus manos.

Eran los años en que don Felipe llevó a casa una perrita llamada Canela y cuando don Felipe llegaba a casa exclamaba: "¡Niños, niños, que nos vamos al campo!". Y allá que Canela corría que se las pelaba escaleras abajo y luego no había quien la sacara del taxi de Monsieur, al que se metía pensando en que minutos después emprendería su viaje al campo, que era para ella como el paraíso. Y es que Canela era tan inteligente que si doña María San José decía: "¡Canela, Canela, que vienen los aviones!", allá que Canela se plantaba en el balcón, alzaba sus patitas y levantaba pizpireta la cabeza mirando al cielo esperando la llegada de los aeroplanos.

Todas esas anécdotas las vivió de cerca Leoncia, que con los señores marchaba de veraneo a Espinho, donde conoció a un guapo portugués con el que estuvo hablando varios veranos, aunque finalmente aquello no llegó a nada. Porque el amor verdadero no lo descubriría Leoncia hasta cumplidos los 74, cuando estando en la Residencia de Cervantes conoció a Salvador Hernández Fernández, natural de Oropesa, con el que contrajo matrimonio. Salvador era un hombre que trabajó en Saturnino Covisa, que eran unos carboneros muy importantes.

Fue la de Leoncia una boda preciosa que concluyó con luna de miel en Benidorm. Leoncia, un símbolo para Cáceres, homenajeada a modo de estatua en la Plaza de San Juan como última vocera de El Periódico Extremadura, que es algo más que un periódico: es una institución para Extremadura, una institución para Cáceres, su tesoro, su trocito diario de historia.

La escultura, obra del artista José Antonio Calderón, luce en la ciudad desde que este diario la encargó a propósito de la celebración del 75 aniversario de su fundación. Desde entonces forma parte del patrimonio cacereño.

Entretanto, el periodista sigue su relato en televisión mientras una pareja, obligada a la separación por el confinamiento, se escribe. Entonces, él parafrasea a Carlos del Amor y le dice: "Yo llevo mucho tiempo sin recibir tus miradas... de esas de las que me alimento". Preciosa oda al amor con Leoncia como testigo.



Leoncia con mascarilla

Capítulo 25

Sonar, soñar

La música parece el único asidero al que agarrarnos. Afloran en estos tiempos las miserias, los reproches, pasa siempre en momentos de crisis, cuando toca atacar al contrario, al ajeno, porque el mundo se nos escapa entre los dedos. Entonces la música te cura el alma y piensas que aún hay esperanza detrás de unos acordes.

Toca poner la mente en blanco, o concentrarse más bien en lo importante. Cerrar los ojos y dejarse llevar por el sonido. Detrás, al otro lado, aparece Kike (Enrique Rodríguez García). Es uno de los 41 artistas que participan en el festival 'En casina', organizado por el Ayuntamiento de Cáceres para hacer más llevadero el confinamiento. Todos muestran sus habilidades a través de sus redes sociales y la iniciativa ha sido un soplo de aire fresco en estos tiempos de corazones rotos.

Kike comenzó con 13 años a tocar la guitarra, desde entonces no puede salir a comprar el pan sin música, preferentemente de Supersubmarina, Izal o Viva Suecia, aunque ahora ir a comprar el pan sea una batalla que solo pelean los valientes. Hace un tiempo editó, de la mano del productor Jorge Quesada, 'Solo 3 segundos'. Una de las canciones del disco lleva por título 'Medusa'. En la mitología griega, Medusa era la única mujer mortal de las tres gorgonas. Las Gorgonas vivían al Occidente del mundo, en una zona cercana a la que los griegos consideraban que se hallaba el reino de los muertos y, por este motivo, su vinculación con el mundo de la oscuridad y la muerte es una constante en las leyendas.

En Medusa se inspiró Kike y convirtió la metáfora en obra de arte para hablar del cáncer. «Cuando tenía 5 años mi madre murió. Cuando tenía 12 falleció mi padre. Ellos se merecían este himno». Cuando su hermana cumplió años, Kike estaba indeciso en qué regalarle, entonces compuso '1989'.

Kike estudió Historia en Cáceres, estuvo de Erasmus en Nápoles, perfeccionó su inglés en Inglaterra, cursó un máster en Egiptología; y en Sevilla otro de Arqueología.

Son momentos de parón, pero Kike sigue al pie de su guitarra. En el festival online ha estrenado una de sus nuevas canciones. “Se seguirán sacando canciones y quedándonos sin gargantas por cantar”, asegura Kike sonriendo a la pantalla. “El objetivo es poder encontrarnos de nuevo y abrazarnos de verdad porque, seguro, serán los mejores abrazos”, vaticina mientras mima las cuerdas. Qué maravilla. Qué gran lección en tiempos de reproche. Suena Kike, sueña Kike. Sonar, soñar, ese es el verdadero sentido de la vida.

Por cierto, ha muerto Luis Eduardo Aute: “Fue en ese cine, te acuerdas, en una mañana al este del edén, James Dean tiraba piedras a una casa blanca, entonces te besé...”



Kike

Capítulo 26

Cáceres es ya el torno de un convento

Siempre había sentido una enorme curiosidad por conocer las razones que llevaban a una monja a la clausura. De vez en cuando acudía, en ese tiempo en el que lucía el sol, al convento de Las Clarisas, y allí, detrás del torno, siempre andaba sor Teresa, a la que si le llevabas una docena de huevos te rezaba todos los rosarios habidos y por haber. En ese edificio construido entre 1593 y 1612 y fundado por Doña Aldonza Torres Golfín, viuda de Sancho de Paredes, en noviembre de 1614 después de pleitos y obstáculos, abrió el convento para recibir a la primera comunidad de clarisas y, a partir de ese momento, no se ha interrumpido la vida entre sus muros.

Cuando iba a 'La Viky' a tomarme las cañas de rigor los sábados por la noche, mi mirada siempre se detenía en el convento y pensaba en la vida que sus ocupantes llevarían allí dentro. Recuerdo otra ocasión, cuando mi hermana se casó, que fuimos al convento de Garrovillas para que sus monjas le arreglaran la mantilla con la que justo al estallar la Segunda República mi abuela contrajo matrimonio. Era un verano de tanto calor que al vernos llegar, las monjitas nos permitieron la entrada. Mi abuela, emocionada, no paraba de hablar con aquellas religiosas que nos dieron Fanta de limón en unos vasos de color verde, que creo que eran de la marca Duralex. Les contaba que fue la primera de su pueblo en casarse de blanco, y que se montó una de narices, porque la acusaron de moderna. Y encima se había cortado el pelo a lo 'garçon' como acto de rebeldía para reclamar su derecho como mujer a hacer lo que su corazón le dictaba. Las monjas reían sin parar y al marcharnos nos dieron unas estampitas que aún se conservan en el cajón de la habitación de mi abuela.

Ahora, con toda la que está cayendo, me ha vuelto a venir a la cabeza la imagen del convento. Sucedió ayer cuando fui a la farmacia de la calle San Ignacio en San Francisco, donde ya te dispensan las pastillas a través

del torno, que ahora llaman guardiero, pero que en realidad es un torno con todas las de la ley, igual que el de sor Teresa, solo que de acero inoxidable y no de madera.

En el escaparate advierten de que no tienen mascarillas, ni gel hidroalcohólico, ni alcohol, ni guantes, y te aconsejan que pagues con tarjeta de crédito. Unos metros más allá, en el supermercado, el estrés se adueña de la cajera, que insiste a los clientes que no se agolpen en la caja, que guarden la distancia de seguridad.

"¿Qué será de nosotros?", se pregunta una joven mientras elige la cuajada. "Si el sistema sanitario está a punto de estallar, ¿qué pasará con el sistema social, podrá atender a tanta gente en el paro, a tantos pobres como está generando el coronavirus?".

Cáceres nunca volverá a ser como antes. Mientras tanto, soñemos con la Viky, sabiendo por primera vez qué significa vivir detrás de un torno.



Farmacia en San Francisco

Capítulo 27

El mejor periódico jamás imaginado en el buzón

Hace 30 años no existían los gabinetes de prensa. Los periodistas iban a hacer la ronda: el ayuntamiento, la diputación y el gobierno civil. Nadie mandaba comunicados, ni había móviles, ni Google, ni redes sociales. Recuerdo un día que un director entró en la redacción con un cabreo monumental y al ver a todos sus periodistas metidos ahí dentro, exclamó: "¡Pero qué coño hacéis aquí, las noticias están en Cánovas!". Uno a uno fuimos levantando el culo de la silla. Al día siguiente llegó a los quioscos el mejor periódico jamás imaginado.

Luego aparecieron las ruedas de prensa. Entonces había quien decía: "A eso que vaya Efe" (ay, la Agencia Efe, bendita Agencia Efe). Hasta que un día entró Matías, y preso también de un cabreo monumental, exclamó: "¡Los periodistas tienen que ir a todas las ruedas de prensa, a todas!". Al día siguiente llegó a los quioscos el mejor periódico jamás imaginado.

Ahora hay periodistas en rebeldía porque han decidido no acudir a esas ruedas de prensa donde no se admiten preguntas. No está bien eso de que no haya preguntas. ¿Pero entonces, no acudiendo, privamos a los lectores de una información valiosa?

Sucede que en la actualidad, florecen grupos de Whatsapp de instituciones, en los que se informa a los periodistas. Grupos en los que son esas instituciones las que deciden qué es o qué no es noticia, mientras muchos se preguntan qué ha sido del periodismo.

Y luego está la famosa frase de... "No hay nada, no hay noticias, es que no han convocado nada". ¿Nada?

Es precisamente en estos días de confinamiento cuando se está haciendo el mejor periodismo. Las respuestas no las ofrecen los políticos, las respuestas las arrojan los testimonios de miles de cacereños que luchan por salvar sus vidas, que ponen en riesgo su integridad cuando van a trabajar.

Las respuestas no aparecen en los grupos oficiales de un teléfono móvil. Las respuestas las protagonizan los limpiadores, barrenderos, los trabajadores de los supermercados, de las residencias de ancianos, los policías, los guardias civiles que dan el alto a quienes burlan el estado de alarma.

Las respuestas las dibuja Cánovas, aunque en Cánovas parezca que no haya nada, cuando resulta que en Cánovas está todo.

Basta asomarse al balcón para hacer periodismo, cientos de dramas, de alegrías, de gestos solidarios donde florece el verdadero sentido de ser periodista.

Abajo, en el buzón, el repartidor (otro héroe) deja el periódico. No hay duda de que sus páginas contienen el mejor periódico jamás imaginado.



Miguel Ángel Muñoz

El Periódico Extremadura, en el buzón

Capítulo 28

Flota, Cáceres

En el Consum de Camino Llano las medidas de seguridad se han extremado. En las cajas han colocado unas mamparas, las dependientas no tocan tarjetas y piden el DNI para que se aplique el descuento de rigor a los clientes. Ahora Liberbank ha aumentado de 20 a 50 euros la cantidad máxima que se puede gastar sin tener que teclear el pin.

Cuando al entrar, los clientes se disponen a coger un carro, los trabajadores del supermercado les indican que deben ponerse sobre sus propios guantes otros nuevos. Y cuando la compra se termina, una de las chicas, balleta en mano, desinfecta la cesta.

Por megafonía piden que las compras por la mañana se eviten, que es mejor acudir a primera hora de la tarde. Los cacereños obedecen, aunque siempre haya excepciones y muchos se agolpen a eso de las dos de la tarde cuando la persiana está a punto de echar el cierre.

Hoy, mientras Ana estaba confinada en casa se ha dado cuenta de que el detergente que su novio compró antes de esta mierda, se estaba agotando. Era un bote de Flota. Ana se puso a mirarlo y le invadió una tristeza infinita. Ni en sus pesadillas más absurdas hubiera podido imaginar que un limpiador de platos le inspiraría algún día un sentimiento tan profundo.

Entonces se acordó de Rubén, de las veces que juntos fregaban los platos, de cómo él, con la Spontex, acariciaba la vajilla y la colocaba ordenadamente en el armario de la cocina después de la cena. Ana se juró a sí misma que a partir de ese momento nunca se desprendería de aquel bote de plástico.

Cuando llegó al Consum lo buscó por todas las estanterías, pero no había Flota. Lloró. Lloró como nunca había llorado antes. Se sentía ridícula llorando por un bote de Flota. En ese momento Rubén escribió: “Oye Ana, ten cuidado que me ha dicho mi padre que la gente se va a toda hostia

con San Pedro, el guardián de las puertas del cielo”. Rubén trató de quitarle hierro a la cosa con ese mensaje, y Ana le contestó: “Por Dios, vuelve, quiero que vuelvas”. Y Rubén le envió esa canción de Sebastián Yatra y Beret que con el título ‘Vuelve’ dice que el mundo necesita personas que unan, que no se rompan, que floten como un bote de detergente capaz de salvar a una legión de porcelana del naufragio del fregadero.



El Flota

Capítulo 29

“Se portó como un guerrero, pero al final se fue”

En San Francisco, muy cerca del Bar Miche, una vecina sale al balcón y habla con otra, que la escucha desde la ventana. Cuenta que su hermano falleció hace dos días. Estaba ingresado en una residencia de mayores del pueblo. “Todo iba estupendamente hasta que llegó el bicho. Mi hermanino se portó como un guerrero, pero al final se fue. Se ha ido en dos días”.

Agarra su pañuelo y se seca las lágrimas, contenida. Suena el eco de su voz en una calle desierta donde florecen verdes las plantas del Museo de Pedrilla. De vez en cuando pasan las ambulancias. Ahora menos que hace unos días. La vecina la consuela. “Es lo que nos ha tocado”. Y ella sigue agarrando con fuerza ese pañuelo convertido en la bandera de la desolación.

Hoy el barrio se ha levantado más triste. En el número 9, todas las mañanas, una joven hace videollamadas con sus amigas de la universidad. “¿Cómo va la cosa por Cáceres?”. Y ella responde: “El alcalde dice que la cosa va mejor. Encima está lloviendo y he leído que la humedad hace que el virus pierda su efecto”.

Las muchachas se agarran a cualquier noticia buena. Es la esperanza de una mañana donde al fuego se cuece a fuego lento el cocido del día. No ha venido el cartero y solo se oye a la del segundo pasar la aspiradora y a un autobús sin pasajeros pilotado por un conductor con guantes contando las horas para que el turno se acabe.

Un vecino ha bajado el estanco. Es el único sitio donde ha encontrado una libreta y una goma de borrar. “Son 2,05”, le dice el dependiente. Le da un billete de 10 euros. “¿Tiene 5 euros?”, “¡Qué va!”, “Vale, pues se los perdono”.

Sube las escaleras, no utiliza el ascensor. Piensa que así mueve sus aletargadas articulaciones y evita tocar el pulsador. Al entrar de nuevo en

casa, deja los zapatos en el balcón, echa la ropa a lavar. Desinfecta el suelo con lejía: Mira el cuaderno y se percata de que pone la palabra Guerrero. Y piensa: “Joder, Guerrero, como el hermano de mi vecina. Maldita metáfora de una hecatombe”.



En Cáceres

Capítulo 30

"Cáceres, el lugar donde Dani aprendió a amar"

Se echan de menos los tiempos en los que Dani preparaba el desayuno en Antonio Silva, la casa de sus padres que hoy sigue estando un poco más vacía sin él y sin esa sonrisa, la de Daniel Lozano Ojalvo, que siempre lo llena todo porque tiene un corazón tan grande como su envidiable currículum. Dani, cacereño de 1988, el menor de cuatro hermanos, estudió en el Colegio Prácticas, jugaba en la plazoleta del DNI a las canicas y a los tazos, porque él nunca fue mucho de fútbol. Luego se fue al Norba y posteriormente hizo Veterinaria en Extremadura.

Su tenacidad por responder a las preguntas que la sociedad nos reclama le llevó a hacerse investigador. Joven brillante, viajó al CSIC, al Instituto Nacional de Investigaciones Agroalimentarias de París, y desde enero de 2018 está en el Hospital Monte Sinaí de Nueva York. El cacereño Daniel Lozano no es solo un talento en los estudios científicos internacionales de las alergias alimentarias, es un mecenas de la bondad que todavía cree que la ciencia puede transformar milagrosamente este mundo descomunal.

Desde Nueva York, el científico aplaude a los sanitarios de Cáceres y cuenta cómo está la situación en el país de Trump. "Por aquí las cosas se han puesto bastante mal esta semana. Paramos la investigación hace como tres o cuatro semanas (así que he tenido que parar con las alergias alimentarias durante esta crisis, ya que hay prioridades y ahora han pasado a un segundo plano)".

A él y a sus compañeros los han derivado a otras funciones. "En mi caso estoy escribiendo una revisión bibliográfica sobre la respuesta inmunológica frente al Covid-19 y haciendo test de diagnóstico por PC. El Monte Sinaí está justo al lado de Central Park. "En la calle es como si no pasase nada. La gente sigue corriendo, paseando y montando en bici al lado del hospital de campaña que han montado en una explanada de Central Park".

Dani sale de casa para lo estrictamente necesario. Acude al laboratorio (cuanto menos tiempo mejor, según las recomendaciones) y a la compra. Desde Nueva York echa de menos Cáceres, el lugar, dice él, donde aprendió a amar.



Daniel Lozano Ojalvo

Capítulo 31

India, África y el pan nuestro de cada día

La hija de Ana María se llamaba María Morillas, aunque todos la conocían como 'La Quitica', que estaba casada con Cristóbal Guerrero y que tuvo tres hijos: Pilar, Ana y Juan Diego. Cuando la vida quiso arrebatarle a Pilar, la mirada de 'La Quitica' nunca fue ya la misma de antes. Porque Pilar era como ella, la sonrisa, el buen talante, el envidiable sentido del humor. Aún así 'La Quitica' nunca perdió los grandes dones que llenaban su noble corazón.

Era la suya una tienda de comestibles con vitrinas a derecha e izquierda y un bonito mostrador de madera donde lucía una balanza en la que pesaban la mercancía. Allí, 'La Quitica' vendía de todo: azúcar, fideos, chocolate, papeletas de azafrán, gaseosa del Tigre, arroz, sardinas en aceite... Había sacos de café, pimentón, canela y caramelos, porque entonces, pese a la dureza de los tiempos y las estrecheces, en todos las ultramarinos del pueblo dispensaban caramelos.

'La Quitica' supo amoldarse a las nuevas épocas y también tenía galletas Cuétara, colonia y hasta ropa interior. Cada vez que comprabas, te daba un vale con un sello, que luego acumulaba puntos y siempre acababa regalándote algo.

A una de las nietas de 'La Quitica' le pusieron por nombre África. Cuando se decretó el estado de alarma África, junto a su marido y sus dos pequeños se puso a buen recaudo, confinada en su hogar, en un campo precioso lleno de margaritas, olivos, almendros y naranjos desde donde la tierra siempre se ve mucho más hermosa.

En este sinsentido de la pandemia, África recuerda a menudo en su abuela, que ahora le diría esto o aquello, que le daría muchos abrazos... porque 'La Qutiica' era una joya.

El otro día, viendo la televisión, África se quedó atenta a un documental sobre África (qué ironía), donde los casos de coranavirus superan los 10.000. En la misma emisión hablaban de India; allí la Fundación Vicente Ferrer ha volcado todos sus recursos materiales y humanos para prevenir

y contener la expansión en Andhra Pradesh y Telangana, estados del sur donde desarrolla su proyecto. Siempre en coordinación con las autoridades locales y estatales, la Fundación trabaja desde hace más de un mes para paliar el impacto potencial del Covid-19 en un país altamente vulnerable por dos motivos fundamentales: la superpoblación, que hace complicado mantener la distancia social recomendada para evitar los contagios, y el alto índice de pobreza, directamente relacionada con una salud frágil que vive con incertidumbre la mayor crisis sanitaria de la historia de la humanidad.

Hoy es Viernes Santo y se conmemora la pasión y muerte de Jesucristo en la cruz. Según señala la Iglesia Católica, en esta jornada Jesús entregó su cuerpo y derramó su sangre para el perdón de los pecados y para la salvación de los hombres. Esta mañana, África se ha levantado y se ha puesto a preparar el pan, una tarea en la que ahora se inicia y que por un momento le hace olvidar el dolor que castiga al planeta. Mientras amasa piensa que, quizás, todo esto pasará pronto y que el mundo volverá a ser como en aquellos años en los que 'La Quitica' repartía caramelos mientras en las panaderías recogíamos con gozo el pan nuestro de cada día.



Foto: La Quitica y su prole

Capítulo 32

Radiografía de los nuevos pobres

Cuarta semana de confinamiento y en el local de la calle Pedro Romero de Mendoza, frente al Mesón de Diego, en La Mejostilla, han duplicado la ayuda. Si hace un mes atendían a 40 familias ahora cuidan de 80. En este número 13 hay paredes de ladrillo visto y tableros de madera donde se amontona la comida. Es increíble cómo un lugar tan inhóspito puede estar tan lleno de humanidad. Entre cajas de plátanos, cartones de leche y botes de café torrefacto, Manuel García Garzo y José Viera meten la mercancía en bolsas y los voluntarios empiezan a repartirla por las casas de ancianos o enfermos que no pueden moverse de la cama.

El próximo miércoles, de cuatro de la tarde a nueve de la noche, el resto de beneficiarios se acercarán a recoger personalmente los víveres, formarán parte de una cola que deberán guardar con la distancia de seguridad requerida; la cola de la miseria y la vergüenza, porque pedir ya no es de pobres, pedir se ha convertido en un verbo maldito que se ha extendido como un virus entre la clase media de Cáceres.

Son los nuevos pobres, esos que ha parido el coronavirus. No hay placenta que proteja a estas criaturas. Es la radiografía de una pobreza amamantada a pasos agigantados, que traspasa La Mejostilla, y llega a San Blas, a Pinilla, mucho más allá...

Hace unos días, desde sus casas, estos corazones caritativos de la Red de Solidaridad Popular, junto a los movimientos Marea Básica, Campamento Dignidad y Asociación 25 de Marzo hicieron una cacerolada virtual. De poco sirvió porque, la verdad, no les han hecho caso. Normal, si se tiene en cuenta que el lema no era 'Resistiré', era 'Rescatemos a las personas, no a los bancos'.

Ese lema es el denominador común de unos ciudadanos hostigados por la crisis económica y social derivada de lo que ahora muchos políticos



Manuel García Garzo y José Viera

llaman covid, para dulcificar con la palabra lo que no pueden maquillar las tozudas estadísticas. Es el viejo truco de la comunicación política, esa que se estudia en las facultades y que disfraza el grotesco carnaval de la pandemia. «La renta garantizada no se acelera, las ayudas del Sexpe llegan tarde y mal, los teléfonos de las administraciones están colapsados», explica Garzo.

Los cacereños, confinados en el sofá, ya solo pueden utilizar el arma del teléfono, un teléfono que no para de comunicar y detrás del que es difícil coger la vez en busca de auxilio. Los del Instituto Municipal de Asuntos Sociales sí se han puesto las pilas, y en lo que antes empleaban meses ahora lo resuelven en semanas.

Los que ayer eran pobres, hoy lo son aún más. Los nuevos pobres han sido hasta hace unos días autónomos, emprendedores, dueños de bares, de restaurantes, de pequeños comercios, de tiendas de ropa, peluqueros, electricistas, cantantes. Padres y madres de familia, de 30 a 50 años, con niños a su cargo. El otro día José Viera abrió el Facebook y a su Messenger le llegó la letra temblorosa de una mujer: «No tengo comida, ni dinero, ni

trabajo, y tengo tres hijos, ¿qué hago?», se preguntaba mientras el móvil de Viera tiritaba.

«Es un escenario atroz, en el que también nos hemos convertido en doctorados en Psicología sin serlo, escuchando a gente que ha perdido a seres queridos, que tienen a la familia en la otra punta de la ciudad, que vive sola entre cuatro paredes», relata mientras empaqueta manzanas. A los más afortunados les ingresan 400 euros, con eso pagan el alquiler, la luz, el agua, la farmacia y cruzan los dedos para no caer enfermos. Estas no son las historias épicas y solidarias, no, no son los héroes, son las víctimas, así con sus ocho letras: v-í-c-t-i-m-a-s de negocios cerrados que esta tarde harán cola para poder morder la manzana de Eva.

Capítulo 33

"Tengo la sensación de que seremos mucho más viejos"

Hacía tiempo que Victoria no hablaba con su buen amigo Miguel. Estuvieron juntos cenando en su casa, una noche donde hubo libros y vino, en esos tiempos en los que la lectura, la charla y la comida se podían compartir alrededor de una mesa. Anoche Victoria se acordó de Miguel. Entonces le mandó un mensaje que decía así: "Tengo la impresión que de estos meses vamos a salir más mayores... como si hubiera un cambio en el tiempo, y hubieran pasado años en lugar de meses".

Entonces Miguel se acordó de una canción de Silvio Rodríguez que hacía tiempo que no escuchaba: "Como gasto papeles recordándote, como me haces hablar en el silencio, como no te me quitas de las ganas, aunque nadie me ve nunca contigo. Y cómo pasa el tiempo, que de pronto son años..."

El tiempo y su concepto. Miguel trató de quitarle hierro y le contestó a Victoria. "Coño, qué malo es estar sin peluquera". Pero era solo una frase para salir de un pensamiento que también a él le rondaba la mente. Se miró al espejo y, sí, se vio mucho más viejo. La mirada más perdida, las ojeras, la falta de aire en su cara, el sol de la mañana, la brisa de la noche. Las cosas comunes que han dejado de serlo. Tras la ventana veía el paso del autobús por Gil Cordero, se percató de que también ha cerrado el Vivaldi, donde tantas melodías de desayuno compartió con sus amigos. La gasolinera Mirat nos advierte de que aún seguimos vivos. En el Día, a las cuatro de la tarde, la misma vecina baja a diario, con una mascarilla que se ha hecho ella misma con un pañuelo. Guantes, una Comtessa y una botella de vino tinto, de esas que Victoria y Miguel compartieron aquella noche de poesía.

De vuelta a la rutina, Miguel recibe un dibujo, es obra de Julián González de la Montaña, un gran dibujante que ha expuesto en varias ocasiones sus obras, que incluyen acuarelas. "A este bicho nos lo vamos a comer entre

todos", asegura Joaquín con la Torre de Bujaco por bandera. Ojalá lo matemos y ojalá la vejez sea solo momentánea para que el tiempo pase rápido sin que nos parezcan años.



Ilustración de Julián González de la Montaña

Capítulo 34

Cáceres se entrega al paracetamol y la levadura

En el Consum de Camino Llano hay una cajera distinta. O al menos Ana no la había visto hasta ahora. Se dedica a su trabajo con absoluta devoción. Con amabilidad pide a los clientes que guarden la cola y hasta presta su ayuda si los finos guantes del dispensador se resisten. Apenas hay existencias en los congelados (con lo buenas que están las croquetas de pollo), pero, atención, quedan dos sobres de levadura. Los últimos que Ana ha echado a la cesta, porque ayer, en el Provecaex de Antonio Silva no quedaba ni uno. Por cierto, en ese Provecaex la cajera sí que andaba malhumorada si veía entrar a algún comprador sin mascarilla. Lo cierto es que poca culpa tiene la cajera y poca culpa también tienen los compradores porque, según comenta la de la farmacia de Cánovas, llevan esperando mascarillas desde hace semanas y no terminan de llegar.

Pero vamos a lo de Ana y la suerte que ha tenido de encontrar esos sobres de levadura, que ahora vuelan porque, dicen, la gente tiene tiempo libre y se dedica a la repostería. "Ay, voy a romper la báscula", piensa Ana, que ya va camino de la farmacia de San Francisco en busca de paracetamol, y no porque le duela nada o tenga síntomas, qué va, sino porque lo del paracetamol a ella le causa un efecto placebo del carajo.

Y es que al principio fueron las mascarillas, luego les siguieron los geles desinfectantes y el alcohol y ahora le toca el turno a fármacos tan populares como este. Cuentan que fue en 1873 cuando Harmon Morse descubrió el paracetamol tras una reacción química anecdótica. La verdad es que los laboratorios que lo fabriquen deben estar haciéndose de oro, porque desde que la OMS ha dicho que con eso te libras del coronavirus, 'Todos somos Ana'.

De pronto Ana ha recordado que en el cajón de su mesilla de noche quedaba paracetamol, así que le ha pedido al farmacéutico Vincigrip, que

alivia la congestión, la secreción nasal y el dolor asociado a procesos catarrales y gripales. El de la botica le ha dado a elegir entre uno de naranja y otro de chocolate. "¿De chocolate?", ha preguntado Ana. Dentro, detrás de la persiana, el chaval le ha respondido: "Yo no soy muy de estas cosas, pero hay que tomárselo con leche. Una vez lo probé, y está buenísimo". Ana, convencida, se ha llevado los dos. Le han cobrado algo más de 17 euros y la verdad es que le ha escocido. "¡Lo que hay que hacer por el coronavirus!", ha pensado mientras recogía la bolsa del guardiero.

Al llegar a casa, Ana ha abierto el sobre de levadura, ha encendido el fuego, y zas, le ha quedado una tarta que ni las de La Estila.



La tarta

Capítulo 35

"Esto no es una guerra, esto es una pandemia"

Luis Miguel volvió a su trabajo a hacer la guardia en el laboratorio, esos trabajadores que ahora son los gurús de la sociedad de hoy, junto a los matemáticos, que se dedican a hacer análisis de curvas que suben y bajan para tratar de explicar por qué la pandemia se extiende y en el fondo no dan ni una.

Al llegar, se puso la bata, los guantes, la mascarilla, un gorro. Estos empleados son los grandes privilegiados del sistema frente a aquellos que no tienen medidas de protección, ni siquiera un simple jabón para frotarse las manos. Por ejemplo, la madre de Luis Miguel trabaja de repartidora y se pregunta por qué en lugar de tanta policía en las calles de Cáceres no hay más inspectores de trabajo que vigilen si las empresas cumplen el protocolo.



En Cáceres

Se quedó Luis Miguel con un vacío muy grande cuando volvió a casa porque durante toda la jornada sus compañeros ponían verde al jefe, se lanzaban puñales, echaban en cara si este o el otro o el de la moto trabajaba menos que ellos, porque siempre, de toda la vida, en el laboratorio de Luis Miguel cada uno de ellos ha pensado que trabajaba más que todos los demás. Luis Miguel se dijo entonces que en estos momentos de coronavirus sale lo mejor de cada uno, pero también lo peor, porque es tiempo de mover sillones en el laboratorio, de poner zancadillas, de sacar la picaresca entre los cientos de dramas personales que conlleva esta situación inédita.

Lo mejor, y ay, lo peor.

Luis Miguel se asoma a su balcón encarcelado lleno de bombillas que se iluminan cada noche, donde la vecina del tercero ha colgado una flor de papel que huele a esperanza. Suena el 'Facciamo finta che', de Ombretta Colli, y una voz, la del periodista Carlos Alsina, susurra al ritmo de la melodía italiana que esto no es una guerra, como sostiene Pedro Sánchez, qué va, esto es una pandemia, una crisis sanitaria. Esto no es una batalla, qué va, es (como han dicho los alemanes) una prueba de humanidad.

Capítulo 36

El día del beso que siempre soñamos dar

¿Recuerdas tu primer beso? El beso a tu padre, el beso a tu hermana, a tu abuelo, a tu novio, a tu novia. El beso en la parada mientras esperabas el autobús, el beso en la Montaña, el beso en el Rodeo, en Bols, en El Extremeño, el beso en el hall de la facultad o a los pies de Leoncia, la vendedora de nuestro Extremadura. El beso con azúcar, con miel, besos de limón, de fresa. El beso es el lenguaje universal. Dicen que ayer fue el día del beso, del beso confinado, del beso que siempre soñamos dar, del que nos robaron, del que robábamos en el cine mientras veíamos Cinema Paradiso. El beso es eterno, con él sobran las palabras y vuelan los sueños. Oh, el beso y sus misterios, el beso y sus milagros. El beso a tu bebé, a tu perro que mueve la cola y trepa al sofá cuando te ve triste. El beso a las puertas del colegio, cuando tu madre te decía adiós y tú pensabas que en ese momento se acababa el mundo. La pandemia nos ha robado la libertad, pero no nos ha robado nuestra capacidad de besar. Todos ellos, cacereños y cacereñas, besan y besan para este periódico, para que sus páginas sigan besando cada día con la lengua de su tinta y los labios de sus titulares. No lo olviden jamás: no besen mañana lo que puedan besar hoy.



Besos

Capítulo 37

Cuando la vuelta a la normalidad acojona

Desde el 13 de abril el bullicio ha regresado a Camino Llano. Se nota en los coches, es el primer signo que demuestra que algo ha cambiado. En la parte baja de la calle han retomado la obra de reforma de una vivienda, una de las pocas casas bajas que quedan en el barrio. Los martillazos nos despertaron a primera hora y un contenedor de la acera empezó a llenarse nuevamente de cascotes. El camión de Manzano hacía su labor y una caravana de conductores aguardaba a que terminara la carga.



Aspecto de Camino Llano

Los vehículos no paran de circular durante todo el día, en el estanco hay más cola de lo habitual y las idas y venidas de la gente son constantes. Había dejado de sonar el silencio y otra vez suenan los neumáticos, hacen retumbar en la vitrina a la cristalería y sus copas bailan al compás del tintineo, repitiendo la danza del pasado.

Hoy ha habido que cerrar las ventanas porque el claxon despertó a la marmota justo a la hora en la que el alcalde de Cáceres anunciaba por streaming que la ciudad supera los 540 contagios, convertida desde hace días en la capital extremeña más castigada por el coronavirus.

El dolor crece entre los familiares de la Residencia Asistida; confiesan que no pueden conciliar el sueño. Es escalofriante lo que cuentan en los grupos de Wahtsapp. Julia tiene allí a su abuela. Lleva dos semanas tomando medio Orfidal. "Qué impotencia. No podemos ir a verla, no nos la pasan al teléfono. Los trabajadores dicen que están colapsados".

El Gobierno central reparte mascarillas en Extremadura. Como la cosa se mide por criterios poblaciones y no por número de infectados, van más para Badajoz. Cáceres sigue a la cola mientras sus ciudadanos, nobles y cumplidores, sobreviven confinados. La construcción y la industria han vuelto al tajo. En Camino Llano no dejan de pasar los coches. Hemos vuelto a la normalidad, y acojona.

Capítulo 38

El tiempo detenido en el felpudo

En 2006 compró el felpudo más famoso de la historia, el que ese año lanzó Ikea, 'Bienvenido a la república independiente de mi casa', un eslogan que nadie ha podido olvidar y que la empresa inventó con un objetivo claro, se nos quería presentar no solo como una marca de muebles y productos de decoración, sino como una marca emocional.

Desde entonces por ese felpudo ha pisado lo más alegre y lo más triste, lo más grande y lo más pequeño, lo más mundano, lo más mezquino, lo más apasionado, han pisado las mentiras, las verdades, las casualidades, ha pisado Extremadura, Barcelona, Méjico, Almería, Francia, el fontanero, el electricista, el de Círculo de Lectores cuando aún existía Círculo de Lectores, el cartero cuando aún el cartero subía en el ascensor, Melchor cargado de oro, un gato, un perro, un conejo, varios ratones, Juanvic con sus rosas, las espinas, una pecera que aún espera peces de colores del equipo del Barça, Spiderman, la Nintendo, las Polly Pocket, Digimon, la Play, Barbie, Pokémon, las cartas del Virus, pero el virus bueno, el que han inventado unos madrileños y que llena la mesa de hierro las tardes de sábado. Por él entró la cama de forja del abuelo, las patatas El Gallo, las patatas de Gema la del mercado de la Ronda del Carmen, que ahora manda los pedidos a domicilio, y los langostinos frescos de Salgado.

El felpudo dejó un día entrar a las hormigas, que se llevaron todo lo malo: los prejuicios, los perjuicios, los pensamientos feos que marcan cicatrices en el alma. El felpudo no necesitaba mascarillas, ni guantes; de vez en cuando la escoba de los de Adarve Limpiezas lo acariciaba y entonces recomponía todas sus fibras, y no hacía falta más vacuna.

El felpudo sigue creyendo en los sueños, en el amor verdadero aunque haya días cargados de dudas y desasosiego. El felpudo escuchaba los bailes, aplaudía los regalos de mayo mientras detrás de la puerta se tejía la

vida con la despensa llena de Cola Cao, el frigorífico cargado de cerveza y una estantería con la botella de Habla del Silencio, ¡ay, el silencio!

Llueve, truena, sale el sol. La naturaleza está desbocada dicen algunos, más bien anda suelta y libre, que falta le hacía. Sobre el felpudo, unas zapatillas intuyen esperanza, rayitos que iluminarán después de la agonía para seguir creyendo que una casa es un tesoro, una república independiente que aguarda el estallido final, el tremolar de su bandera cuando en Cáceres luzca por fin el arcoiris.



El felpudo

Capítulo 39

Un copazo en La Madrila y luego unos churros en la Churrería Ruiz

Alex vive en el Camino Llano Alto, justo al lado de la Plaza Marrón. A esa plaza se la llama así en recuerdo del promotor de la Escuela de las Obras Pías de don Vicente Marrón, que estaban en la calle Margallo, justo al lado del antiguo colegio San Antonio. A esas escuelas acudían los cacereños menos pudientes, porque los que tenían cartillas más saneadas se iban con los curas.

En la plaza está la churrería Ruiz, familia que procedente de Linares llegó a la capital para quedarse definitivamente en ella en los años 50, después de solicitar al ayuntamiento la instalación de un quiosco de madera en el Camino Llano, una zona conocida entonces como las afueras de Carrasco. Vivían por allí José Antonio Bravo y su mujer, Elisa, que tenían una tienda de comestibles; Antonio Luceño y Agus, su señora. Catalina y su marido, Juan Antonio, que trabajaba en Renfe; o Napoleón, que tenía su casa por encima de la señora Fermina.

En Camino Llano abundaban las cocheras, entraban los autobuses y también había talleres, de manera que era un lugar de paso, tremendamente concurrido en el que el quiosco de los Ruiz triunfó porque entonces no se prodigaban las churrerías en la ciudad.

Hoy Alex se asoma a la ventana y desde hace unos días siente que la gente ya no aplaude con el mismo énfasis. “Mi calle ya no es mi calle, sales y es una pena. Todo el mundo con prisas, te miran mal”, de manera que Alex ha dejado de echar de menos cruzar el portal y ahora trata de sobrellevar el confinamiento encerrado en casa.

Con frecuencia se acuerda de su madre, que sigue sola, esperando el milagro del regreso. Alex es más de hacer chistes llenos de sarcasmo pero en el fondo su corazón está plagado de nobles sentimientos, que oculta por temor a que lo califiquen de sensiblón. También se acuerda del trabajo, que

no es lo mismo que el teletrabajo, porque en estas circunstancias el teletrabajo no es más que un puto asco. Repite Alex a sus compañeros aquello de... “ya lo celebraremos con unos buenos copazos”. Copazos es la palabra que ahora lo llena todo, que ha engrandecido su denostado significado, porque en estos momentos el copazo es nada más y nada menos que respirar en la calle y en los bares de La Madrila, y terminar comiendo churros con Alex en la Churrería Ruíz, al lado de la gente que amas.



Churrería Ruiz en la plaza Marrón

Capítulo 40

El dragón de Paula

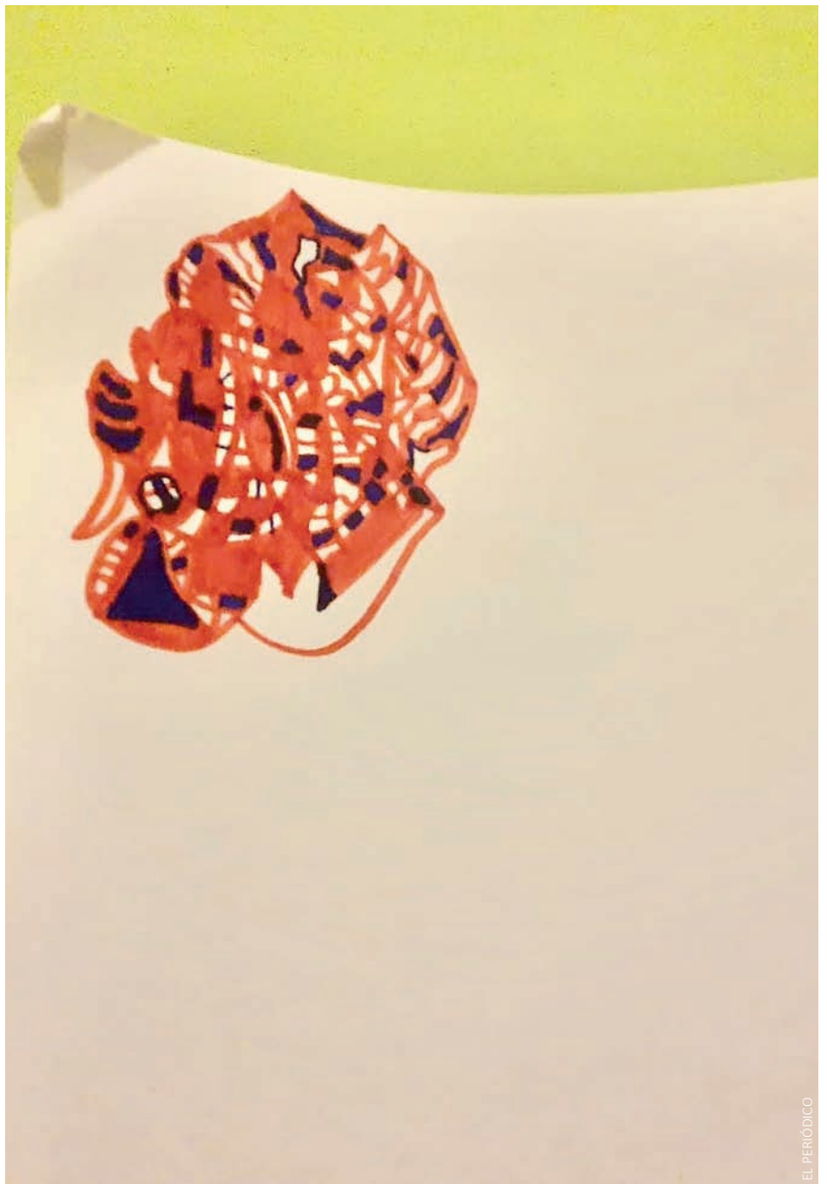
Paula tiene 8 años y destreza para el dibujo. Anoche pintó uno y quería tirarlo a la papelera de su habitación. Su hermano de 18 años, le dijo: “Nooooo, Paula, no lo tires, mira lo que le pasó a Picasso. Piensa que algún día esta obra maestra puede estar en la puja de una galería de arte de Nueva York”.

Paula miró a Juan con cara de póker. No sabía muy bien qué quería decir con eso de Picasso, de las pujas, de la galería, solo se quedó con Nueva York porque su tía Julia vive allí desde hace varios años y este verano habían programado un viaje para ir a verla, un vuelo que han tenido que cancelar y del que, por cierto, no le han devuelto el dinero.

“Mira Juan, he pintado al dragón”. Juan respondió: “Oh, bien Paula, bien. Quieres decir que has pintado a...” Paula terminó la frase: “Sí, he pintado a Covid”. Entonces Juan, algo enfadado, miró a la pequeña y corrigió: “No le llames Covid, Paula, llámale coronavirus. Covid es la palabra de quienes usan el lenguaje para disfrazar realidades terribles, esto no es un Covid, no es un Cobi, no es la mascota de los Juegos Olímpicos de Barcelona 92, esto es un virus que mata a la gente”. “¿O sea que es un dragón?”, preguntó Paula. “Sí, es un dragón con alas, Paula”, contestó el bueno de Juan.

A la mañana siguiente Juan leyó que el Ayuntamiento de Cáceres ha pedido a pequeños y mayores que pinten sus dragones. Es la primera vez en la historia que la bestia no perecerá entre las llamas en la Plaza Mayor porque la festividad del patrón la viviremos confinados. Un San Jorge atrapado, encarcelado entre los balcones de los cientos de cacereños a los que el gobierno municipal pide que saquen por sus ventanas pendones y banderas para honrar a nuestro héroe.

Juan cogió el dibujo de Paula. Lo miró por arriba, por debajo, vio la cola, el fuego, el humo agónico de aquel dragón. Cerró los ojos y allí apareció San Jorge, a lomos de su caballo blanco, lidiando la cruenta batalla contra un dragón que no se llama Covid, se llama coronavirus.



El dragón de Paula

Capítulo 41

Quinto sábado de confinamiento

Felipe Berjoyo Carrasco fue el dueño de La Parada, un bar que antes había sido propiedad de Juan José Redondo Pérez, que era tío de Bernardo Pozas. La Parada estaba en los arcos de la plaza Mayor, en lo que posteriormente fue El Miajón. Se llamaba La Parada porque allí paraban muchos coches de línea de la provincia, que iban a La Cumbre, a Sierra de Fuentes... los del Casar no, porque los del Casar tenían un servicio en la calle José Antonio.

A aquellos coches los llamaban popularmente las rubias, eran coches de madera, unos descapotables, otros no, y algunos disponían atrás de una especie de balconcinos semejantes a las carretas del Rocío. Las rubias llegaban de los pueblos cargadas de paquetes, que luego se guardaban durante unas horas en la bodega de La Parada. A veces los viajeros venían a Cáceres de compras y también utilizaban el bar a modo de consigna.

La Parada tenía un salón grande, con su cámara frigorífica, varias habitaciones, la cocina y la barra con su fuente de plomo de la que constantemente salía agua y que se utilizaba para fregar los vasos. En La Parada trabajaban, además de Felipe, que era el alma máter, el señor Vito y Juanito. En la cocina estaban María Salomé y su prima, también llamada María Salomé, y la tita Orencia por las tardes.

Servían allí unos callos maravillosos, hacían tencas fritas y en escabeche, gambas a la plancha y rebozadas, y redondo si lo encargaban. Había vino de pitarra de Valdefuentes y buenos clientes. A veces iban los quintos y siempre llegaban cantando. “Muchachos, aquí no se canta”, les decía Felipe con una sonrisa. Y los quintos respondían: “Felipe, pero recitar se podrá ¿no?”. “Recitar, sí”, apuntaba Felipe. Y lo quintos recitaban y recitaban las letrillas de las canciones antes de irse al servicio militar, y todos reían a carcajadas.

Los quintos, número que hoy sábado se repetía en la cabeza de la habitación donde sigue el sofá, la maleta y aquella primera máquina de escribir. Quinto sábado, quinto fin de semana de confinamiento, leyendo el Extremadura, con un ministro de Ciencia e Innovación que nos dice que la semana que viene "podría haber un prototipo viable de vacuna en España" para el coronavirus. No sería un producto final, pero sí permitiría empezar las pruebas. No tenemos ni mascarillas, ni guantes, ni EPIs, pero sí un prototipo, que siempre es bienvenido, claro. Ay, ¿qué diría Felipe Berjoyo si Pedro Duque en lugar de ministro fuera un quinto a punto de irse a la mili?



Bar La Parada

Capítulo 42

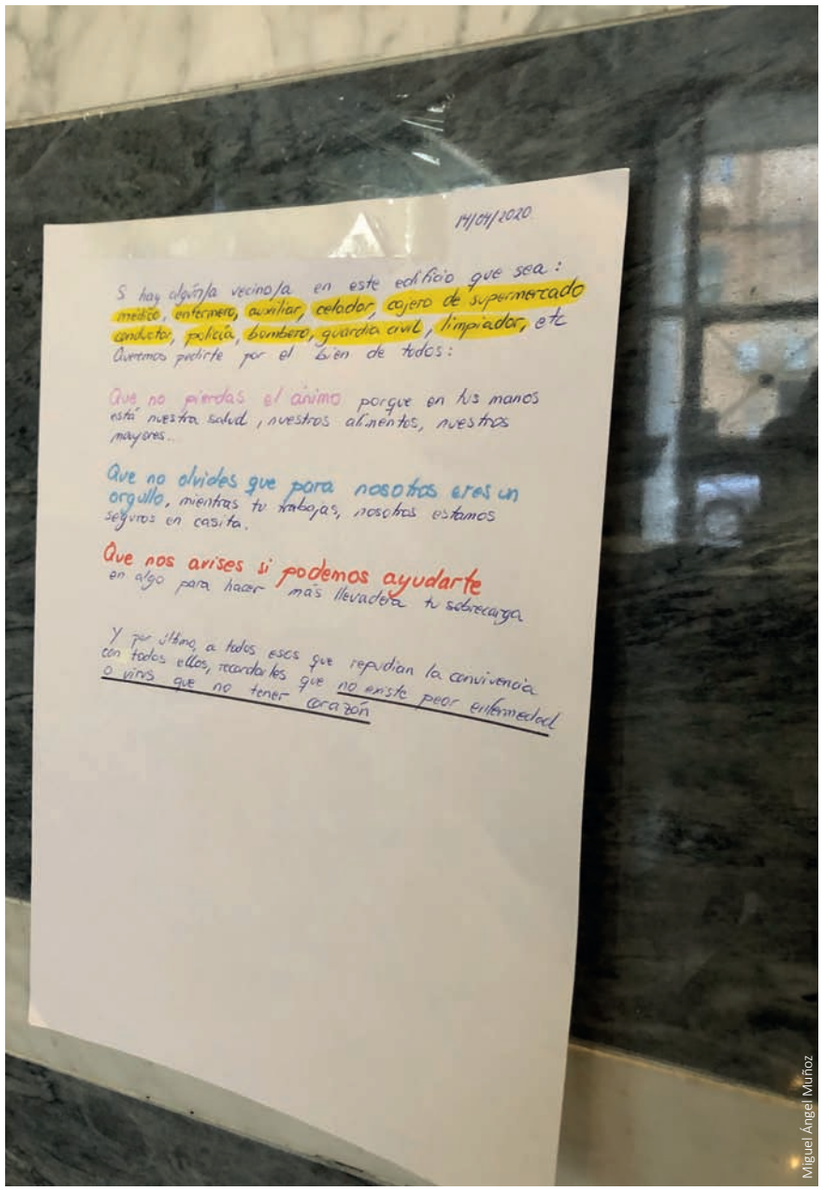
El bloque de Cáceres que no repudia a los héroes

Mañana es lunes y la calle volverá a estar en silencio. La misma quietud de hoy que, dicen, es domingo. El lunes-domingo en el que **apenas los vecinos usan el ascensor**, no sea que dentro se esconda el bicho y el interruptor de bajada sea el interruptor de la muerte. La escalera nunca ha tenido tantos pasos acumulados, parece la hipoteca que nunca se termina, porque todos prefieren subirla y bajarla antes de meterse en el montacargas del peligro.

Este bloque de Camino Llano había sido hasta ahora un bloque de hola y adiós, ahora se ha convertido en otra cosa, en esa pequeña calle de los pueblos donde todos se saludan y se aprecian. ¿Qué, cómo lo lleváis?, ¿cómo están tus padres?, ¿volvieron los niños?, ¿fuiste al Tambo?, ¿recogiste las cartas del buzón?, preguntas que van de balcón a balcón cuando a los ocho salen a aplaudir, aunque más que aplausos lo que necesitamos son medios que frenen esta pandemia galopante.

Abajo, en el portal, sobre la pared de mármol siempre inmaculado, cuelga este cartel, escrito a mano por alguien indudablemente bondadoso que dice así: "Si hay algún vecino en este edificio que sea médico, enfermero, auxiliar, celador, cajero de supermercado, conductor, policía, bombero, guardia civil, limpiador... queremos pedirte por el bien de todos, que no pierdas el ánimo porque en tus manos está nuestra salud, nuestros alimentos, nuestros mayores... que no olvides que para nosotros eres un orgullo. Mientras tú trabajas, nosotros estamos seguros en casita. Que nos avises si podemos ayudarte en algo para hacer más llevadera tu sobrecarga, y por último, a todos esos que repudian la convivencia con todos ellos, recordaros que no existe peor enfermedad o virus que no tener corazón".

Es la primera vez que en la pared no cuelga solo el cartel avisando de que el jueves hay que sacar el coche del garaje porque van a hacer limpieza general.



Cartel en Camino Llano

Capítulo 43

Que Cáceres coma

Patricia Sierra, de la Plataforma de Refugiados Sirios en Cáceres, ahora se emplea a fondo como voluntaria para ayudar a quienes sufren las consecuencias de la pandemia. Su colaboración calma las terribles consecuencias sociales del coronavirus. Ella, profesora, decía en 2017, en plena crisis, que había muchos Auschwitz, muchos campos de concentración donde los refugiados habían perdido todo y malvivían hacinados mientras Europa no hacía nada por ellos.



Patricia Sierra

75 personas llegaban entonces cada día a las islas de Grecia procedentes de Siria, huyendo del terror y la barbarie. En los campos de refugiados había miles de niños que habían presenciado en directo decapitaciones, mujeres que se habían prostituido para las mafias, hombres que habían cruzado el Mediterráneo en busca de la soñada Europa. Había voces autorizadas que clamaban en ese momento por una solución a la crisis humanitaria más insultante que padecía el viejo continente desde la Segunda Guerra Mundial. Patricia vivía en los squads de Atenas, pisos abandonados donde ayudaba a sobrevivir a una multitud siria y era testigo directo de un deleznable infierno.

Ahora, aquellas palabras de: guerra, Europa, malvivir... se repiten, y no en las costas griegas, no, se repiten aquí al lado, cuando Patricia lleva menús a un centenar de familias necesitadas de la capital, que pueden llegar a 400 en muy poco días solo con los cálculos de la organización de Mimenú, una iniciativa que ha partido de los cocineros José Manuel Galán y Benjamín Caballero con la colaboración de numerosos empresarios cacereños.

Ver a Patricia es ver esperanza, pero también valentía, porque solo unos pocos son capaces con una simple mascarilla y unos guantes de meterse de lleno en el infierno.

Capítulo 44

¡El gel de hidroalcohol ha llegado al Dia de Hernández Pacheco!

Al entrar en el Dia de Hernández Pacheco la cara de Raquel siempre da tranquilidad. La cajera es realmente una trabajadora ejemplar, toda dedicación a sus clientes, a los que anima, habla con respeto, les pide con mimo que guarden la distancia de seguridad y nunca desfallece.

Pero hoy el rostro de Raquel era muy distinto al del resto de días, porque sus ojos brillaban más de lo normal. Al fin había llegado la ansiada mercancía que lleva por nombre Apotheki, que no es más que un gel hidroalcohólico. Bueno, decir que 'no es más que' en estos tiempos es casi un insulto, porque tener en tus manos este tesoro es mucho, lo es todo. Es un DNI, un pasaporte, un seguro de vida. Lavarse las manos, lavarse las manos, lavarse las manos, dice la televisión a todas horas. De manera que ya tenemos el botecito para cumplir con las recomendaciones; "y hasta lo puedes llevar en el bolso", advierte Raquel.

Apotheki es una marca que comercializa De Ruy. Está especializada en el desarrollo de perfumes, cosméticos y productos de higiene personal. Su marca está presente en más de 60 países distribuidos en los cinco continentes y ha desembarcado en Cáceres desde Sevilla a 2,99, vamos a 3 euros. Por cierto, en otras tiendas del puede llegar a costar hasta 8. Démonos con un canto en los dientes.



Gel de hidroalcohol

Capítulo 45

Llega la primavera extrompetera

Mañana es el Día del Libro. Nos lo recuerdan todos los grupos de redes sociales habidos y por haber. El día en el que las librerías de Cáceres se hubieran echado al Paseo de Cánovas en una nube de letras a la que los cacereños nos rendimos cada mes de abril. Ha salido el sol, pero no es festivo en Cáceres (lo pasan al 25 de septiembre, a ver si para entonces esto ha mejorado), ni hay procesión cívica, ni está abierta La Minerva para tomarse una copa de Habla y pedirse un menú infantil, ni tampoco la concatedral para ir a echarle un rezo a la Montaña. No habrá Womad, ni feria, ni viviremos la dulce aglomeración de esta capital de provincia obligada al recogimiento.



Cáceres desde la Montaña

Le dice Carmen a su hijo que ahora más que nunca el mundo le está dando la razón al refranero popular, ese que cuenta que "marzo ventoso y abril lluvioso hacen a mayo florido y hermoso". Y qué sabia es Carmen, porque las estaciones han vuelto al fin a su cauce. Tanto es así que en Italia ya están trabajando para quitarle sitio a los coches y abrir más carriles bici, eso que en Cáceres se aseguraba que no podía hacerse porque está lleno de cuestas.

Yo no sé si esto lo ha traído un murciélago o es una profecía, creo que es más bien una cosa del cambio climático, que nos los tomábamos a cachondeo y que ha acabado estallando; que por algún lado tenía que salirnos tanta contaminación, tanto ensuciar el planeta, tanto afán por el innecesario consumismo.

Tampoco creo que sea así como muy justa la purga. Lo que sí sé es que, hablando mal y pronto y como dice un concejal cacereño en privado, "la gente está hasta los huevos" del confinamiento, de este encierro lleno de 'ex' que tanto sentido le están dando a la palabra divorcio: exWomad, exFeriadelLibro, exMontaña. Y sí, el refranero ha dado en el clavo: ha llegado la primavera trompetera, perdón, la primavera extrompetera.

Capítulo 46

Guardar una cola de 100 cacereños que esperan la mascarilla

Hoy los del ejército desinfectaron la residencia de las Hermanitas de los Pobres, donde cerca de un centenar de ancianos viven detrás de los cristales. Un asilo es una imagen horrible a la que nunca te acostumbras. Menos mal que había salido esta tarde el sol, brillaban con fuerza las margaritas amarillas en los alcorques y el aire puro bajaba desde la falda de la Montaña.

Pero el bicho sigue acechando cada uno de nuestros pasos y caminamos apresurados a la farmacia del barrio donde venden unas mascarillas que realmente son una patata. La de la botica lo admite: "Estas son de dos o tres usos, aunque luego las puedes meter un poco en el horno. Es un remedio casero que usamos todos". No puedes dar crédito a tanto descrédito que escuchan tus oídos.

Luego están esas otras mascarillas, las que no terminan de llegar, que cuestan de 5 a 7 euros, aún no se sabe, pero para las que hay una lista de espera de cien personas. Te toman nota del teléfono, "y ya si eso, le llamamos, ya si nos da tiempo, porque tenemos mucho lío".

Es indignante que el cacereño de a pie deba pagar ese dineral por una mascarilla, sin tener culpa de nada de lo que está ocurriendo. Es insultante que se vendan mascarillas y que no se regalen, que para eso pagamos unos impuestos y tenemos una Seguridad Social que dicen, o decían, que era de las mejores de Europa.

Sin embargo, ¿qué vas a hacer? pues la encargas. Luego vas al supermercado en busca de unas cervezas porque es jueves, y en fin, los jueves era el día en que íbamos a La Bodeguilla. Hay muchos precios, aunque como estamos a fin de mes metemos en la bolsa la de marca blanca y nos hacemos a la idea de que es Estrella Galicia. La cajera cuenta que una que trabaja en el hospital ha ido esta mañana y le ha dicho que en su planta se han muerto

tres a la vez. Las birras empiezan a llorar mientras suena el clic clic de la registradora y te piden 31,50 euros por las cuatro cosas que has comprado.

Entonces llegas a casa. Ya no sabes qué hacer con los guantes, con la gorra que te has puesto por el estrés. Metes la ropa en la lavadora. Friegas el suelo con lejía, lavas con agua los cartones de leche: el ritual semanal teñido de tristeza porque ahí fuera lucía el sol y tú vuelves a estar confinado.

Dan las 8. Los vecinos aplauden. Uno de ellos le aconseja a los demás que este domingo tengan cuidado cuando saquen a los niños a pasear; que no se lleven el móvil porque van a rastrear los teléfonos para saber cuánto tiempo está la gente dando tumbos. “Pues quítale la aplicación, y listo”, aconsejan desde el otro balcón.

Pasan las 9 y desde el frigorífico la cerveza no canta (afortunadamente) el ‘Resistiré’, canta el ‘Respirar’, de Bebe: “Mi piel en silencio grita, sácame de aquí, mi piel en silencio grita, oxígeno para respirar, respirar de esta falta de ti, respirar de esta ausencia de mí, respirar para sentir mejor, respirar para aliviar el dolor”.

¿Y tú? Pues tú tarareas a Bebe mientras la espuma se disipa entre tus labios.



Militares junto a una monja

Capítulo 47

“Papá, si vas al súper cómprame la libertad”

La Policía Nacional pasó esta mañana por el barrio porque el vecino no entraba en razón. Se había quedado sentado en el portal y se negaba a entrar en casa. Cuando los agentes se marcharon, después de la discusión, se escucharon aplausos desde los balcones dedicados a los dos agentes. El hombre, a voz en grito, amenazó con poner una bomba y comenzó a contar su historia: decía que le habían echado de otras dos barriadas, que esta era la tercera, que se había tirado nueve años y medio en la cárcel y que se la sudaba la multa porque era insolvente. La de enfrente le pidió que se tranquilizara. Él, de nuevo, puso la música a toda pastilla.

La del tercero hacía el cocido, los del segundo ordenaban la cesta de la compra, el de al lado tocaba la flauta y los de arriba ponían lavadoras, tendían la ropa, pasaban el aspirador y desgranaban guisantes. Vino un camión con un frigorífico, y un repartidor de la carne. De la tienda de animales salía un señor con mascarilla y un transportín en la mano desde el que maullaba dolorido el gato.

Ha brotado la hierba en la parte antigua y han nacido dos pájaros en la jaula de Luis; al fin ha florecido la primavera en su terraza. Juan le cuenta a un amigo por teléfono que desde el confinamiento ha perdido el apetito sexual porque ya no tiene amapolas en el corazón.

Lo de la universidad es un dislate. Los estudiantes andan perdidos en esta senda espinosa de un Cáceres donde la gente sigue muriendo y en los negocios campan a sus anchas las telarañas. Muchos continúan empeñados en el ‘Resistiré’.

La joven del 5º B susurra: “Papá, si vas al super, cómprame la libertad”.



Parte antigua de Cáceres

Capítulo 48

O susto o muerte

Poco después de las ocho de la mañana ha amanecido el sábado. Un camión de Conyser con sus operarios a bordo desinfecta la calle esperando el desembarco. Mañana no tardará en sonar la trompeta, ni el ruido de los patinetes, ni las circunferencias de las ruedas de los carritos de bebé en el último día de la sexta semana de confinamiento. Los niños saldrán de la jaula mientras de la cafetera asomará el primer café.

En la radio un científico avisa de la necesidad de extremar las precauciones y cuenta a modo de aleluya que seguramente este verano, con el calor de fondo, será más fácil aplacar los efectos del bicho. Los científicos son quienes mejor explican, de modo real y práctico, la evolución de la pandemia.

Es posible la reconstrucción y también la desescalada.

Hoy el barrio ha destacado por el civismo y se ha despertado optimista, harto de este país dividido, de fotos recordando lo felices que fuimos.

Se puede salir de esta; ya hay cifras a la baja.

Una vez estuve en un precipicio. Un amigo me dijo: “O susto o muerte”. Elegí el susto para burlar a la muerte.



Operarios de Conyser esta mañana en Camino Llano

Capítulo 49

Los niños duermen

Nos hemos despertado con la triste noticia del fallecimiento de Francisco con solo 58 años, que ha muerto de ELA, una enfermedad devastadora que ahora, como todas las demás, no pasa ni tan siquiera de puntillas por nuestras vidas. Da igual que te mueras de ELA, como de cáncer, como de un ictus, como de un infarto al corazón. Si te duele la cabeza o tu nariz moquea, te tomas un paracetamol. Si las pantallas dañan tus ojos, colirio al canto. Te cuidas tú porque todos los demás cuidan solo del coronavirus, del covid o de la covid, que ahora los de la RAE están estudiando si es femenino o masculino o hermafrodita.



En Cáceres.

El coronavirus, la desescalada, la asimetría, la pandemia, la nueva normalidad, términos que forman parte de una jerga común que todos entienden. Que en este país está pasando como cuando solo teníamos en la boca la palabra Ibex 35; jergas que se unen a nuestro cada vez más amplio diccionario. Eso sí, hay cosas que no cambian, como lo de llamar a Vodafone para que te cambien la titularidad de una línea, esa que te acompaña desde hace 22 años, y que sigue siendo un infierno porque te pasan de operador a operadora y seguro que acaba el corona y siguen pasándote de operadora a operador y aún no eres dueño de tu línea, como tampoco lo eres de tu destino.

Hay algo que sí ha cambiado. Y es que ya no suenan pasos a deshora, ni la puerta del frigorífico a la tres de la mañana, ni los dibujos animados a medianoche. Desde ayer los patinetes de la casa pueden circular por Cánovas. Al fin, los niños duermen. Mañana será lunes, el primer día de la séptima semana de confinamiento.

Capitulo 50

Creo en tus lágrimas

"Hay que tener una capacidad de empatía mínima para criticar a Díaz Ayuso por llorar en una misa homenaje a los fallecidos". Lo ha escrito el alcalde de Cáceres, Luis Salaya, a propósito de las lágrimas de la presidenta de la Comunidad de Madrid. No ha sido la única, ahí están la consejera de Sanidad, Alba Vergés, el director de Salud de Aragón, Javier Marión, o la de Castilla y León, Verónica Casado.

Desde el primer día en que las cosas se pusieron serias, cuando Salaya convocó a los medios de comunicación en el Paseo de Cánovas y, después, en cada una de sus comparecencias vía streaming, he visto al joven dirigente cacereño apretar la mandíbula mientras habla del número de muertos y de las consecuencias económicas miserables en las que quedará Cáceres después de la pandemia.

Me lo creo. Igual que me creo las lágrimas de todos esos políticos que no pueden contener sus emociones detrás del plasma. Habrá quienes piensan que nos roban, que nos maltratan, que se agarran a la poltrona. A todos esos que hablan de modo despectivo, que escupen por la boca la bilis acumulada sin el más mínimo respeto, les invitaría a que por un minuto dirigieran una ciudad que ve desfilar a ancianos de la Asistida camino del cementerio, que contempla cómo en un solo día más de un centenar de llamadas piden auxilio a nuestros servicios sociales, que burlan el estado de alarma porque no pueden soportar las condiciones de una soledad impuesta por el confinamiento.

Y claro que hay que exigir test, y material, y medidas que inicien una desescalada que debe realizarse cuanto antes y con todas las garantías. Y que se invierta en Sanidad, y sobre todo en científicos y expertos que son los que saben de esto, y que volvamos al trabajo y no alarguemos por más tiempo el infierno.

Pero detesto el ojo por ojo, el diente por diente. Podría exponer aquí mi larga retahíla de ausencias, que en estos días de cárcel y desinfecciones del Ejército me invaden; y que no son distintas al del resto de mis compatriotas. Sin embargo, solo he viajado hasta aquí, un día más, para escribir que estoy convencido de que vamos a salir y decirles que sí, que aún creo en el llanto, venga de quien venga.



El Ejército, en Cáceres

Capítulo 51

Cáceres, sí se puede

Isabel tiene 60 y puntos suspensivos... como dice ella mientras pasa el aspirador por la alfombra, mueve los divanes, abre las ventanas y escucha Radiolé. Por la noche traga triptófanos y a veces llora recordando aquellos años en los que bailaba en Acuario ‘La vida es una tom, tom, tómbola, la vida es una tom, tom, tómbola de luzzzz y de cooolorrrr’. Luego respira, se mete en la ducha, se echa espuma en el pelo, se toma un vino, un trozo de chocolate por la tarde, ve la tele, come nueces y acaba de cambiar la disposición de un sofá de la terraza para que todo parezca menos monótono.



En Cánovas

Ahora Isabel anda contenta, porque la semana que viene podrá dar un paseo. Ella cree que esto lo podemos superar y que en Cáceres, sí se puede. Ciertamente es un poco coñazo escuchar tanto mensaje pesimista y apocalíptico. Es cierto que las cosas andan jodidas, pero... **¿qué es más fácil, quejarse o luchar?**

Esta pandemia está desvelando lo bueno de la gente. Pero también lo malo. Y lo malo son los gritos de aquellos que parece que quieren que esto no acabe, o que se resuelva de la peor manera, o que cierren todas las empresas y muera toda la humanidad en los hospitales, y no regresen los colegios, ni los viajes, ni las caricias, y nos vayamos directamente al garete.

Cada vez que hay una noticia de este tipo, Isabel apaga el móvil, y no lo tira por el balcón de milagro. Entonces sintoniza Radiolé y baila a sabiendas de que en la tómbola del mundo ha tenido mucha suerte porque todo su cariño a su número jugó. Por cierto, qué bien cantaba Marisol.

Capítulo 52

Gracias, Conyser

Pasada la una y media de la madrugada se oye ruido en la calle. Entonces uno se da cuenta de que lo que dicen los periódicos es cierto. El otro día leía en un reportaje de este diario que Cáceres había desplegado todo su personal de limpieza para garantizar la seguridad y la desinfección mientras se mantenga el estado de alarma. El concejal Andrés Licerán aportaba una hilera de datos sobre las 174 personas que componen el personal de la empresa concesionaria del servicio y aseguraba que todos se implican al cien por cien: 67 en la recogida de basuras y 107 en la limpieza viaria, detallaba el edil, que daba a conocer de modo minucioso las labores que realiza su departamento para frenar la pandemia.



Un operario de Conyser limpia con la manguera de madrugada

Uno leía y se quedaba, una vez más, con las cifras, que a veces pierden su sentido real si no piensas que detrás de ellas hay gente que lo da todo. Abajo, en la calle, seguía el ruido: era un camión de Conyser y detrás uno de esos 174 empleados, con una manguera, limpiando adoquín por adoquín, salvando los coches aparcados. Solo el sonido del agua en mitad del silencio de la noche.

Parecía que ese trabajador estaba limpiando su propia casa. En realidad Cáceres es nuestra propia casa, aunque la hayamos maltratado tanto tirando la basura a deshora, dejando chicles y colillas en las aceras, no recogiendo las mierdas de nuestros perros, permitiendo que meen en las esquinas sin llevar a mano un desinfectante.

Miro tras los cristales y no puedo evitar la emoción al darme cuenta de lo mucho de heroicidad que hay detrás de un basurero, ese profesional tan históricamente denostado. Gracias Conyser.

Capítulo 53

Tres últimas lágrimas frente al nicho

Hoy, un muerto. Mañana, 4, el jueves, 5, el viernes, 3... y frente a la lápida solo tres familiares para decir adiós. Miguel Ángel Muriel Caballero lleva 25 años trabajando en el cementerio de Cáceres, tres de ellos como encargado. Nunca ha visto nada igual. Y eso que él está curtido frente al dolor. El coronavirus no distingue a pobres ni a ricos, todos forman parte de unas cifras, de unos números a los que no les está permitido el duelo.

«En estos momentos en que salimos a los balcones a aplaudir a nuestros héroes, tampoco nos olvidamos de otros héroes, los trabajadores del cementerio que día a día dan la cara», dice el concejal Andrés Licerán, que conoce el drama que arroja el camposanto.

«Esa última despedida era hasta ahora la importante; cuando te das cuenta de que es el final, de que no hay más», agrega Miguel Ángel. «Pero ya no hay misas ni puedes velar a tus muertos. No hay último adiós. No puedes abrazar. No hay consuelo». El empleado sufre de lleno en la batalla. «Vamos a tener duelos que serán muy largos en el tiempo. Será lo peor».

En el cementerio trabajan ocho peones y tres personas en las oficinas, incluyendo a Miguel Ángel. Ellos se encargan de sepultar a la mayoría de los cuerpos que llegan hasta aquí; es un trabajo de mucha responsabilidad porque tienen los restos de familiares de toda la ciudad en sus manos, y por eso los tratan como si fueran suyos. Es hermoso y justo mimar a los muertos. Así que estos empleados forman parte del dormido relato de más de dos siglos de la historia de Cáceres, que comenzó en el año 1843 cuando se inauguró el camposanto.

Panteones, mausoleos, nichos y tumbas, algunas sin nombre ni recuerdo, porque incluso a la hora de morir no somos todos iguales. En el suelo, la plebe; en los nichos, la clase media-alta; en panteones y mausoleos, las familias más adineradas.

Aquí están los marqueses de Castro-Serna; aquella adolescente de 15 años muerta durante el bombardeo de 1937; Juana Elguezabal Leguinazabal, promotora del teatro Variedades, que albergó el primer cinematógrafo de Cáceres y acogió mítines políticos, o Juan Durán de Figueroa e Isabel Vaca, fundadores del convento de la Concepción, que fueron los primeros cacereños en ser enterrados en este espacio lleno de millones de energías y cuya lápida todavía se conserva a escasos metros de la entrada. Si tus pasos son curiosos te llevarán, inevitablemente, al 'limbo', donde reposan los niños recién nacidos y que no llegaron a ver la luz más de un día.

«A eso nunca me acostumbré. A enterrar a los niños», suspira Miguel Ángel cuando recuerda sus inicios en este duro oficio. Ahora los turnos están muy delimitados porque los riegos son mayores. «Todavía los enterramientos se están conteniendo», asegura ante las cifras. Efectivamente nadie puede vaticinar qué ocurrirá dentro de unos días, pero el encargado del camposanto piensa que esta situación se prolongará en el tiempo.

«Se están produciendo más incineraciones. El crematorio está en marcha continuamente. Los ritos funerarios y la vida en general van a cambiar mucho».

Ante este panorama, los trabajadores del cementerio no ocultan su preocupación, «más inquietud que miedo», dicen ellos. «Están nuestros hijos, nuestras mujeres, nuestros nietos. El miedo es libre y siempre existe el temor a algún contagio, sobre todo con este trabajo que nos está tocando desempeñar».

Por eso todas las medidas de control están activadas y se extreman en la exhumación de cadáveres. Los empleados portan monos desechables integrales y especiales para riesgos biológicos, iguales a los que se utilizaron en Galicia durante la crisis del chapapote. A ello se une una máscara con filtro y guantes de nitrilo de media manga que llegan hasta el codo y que son anticorrosivos.

Entretanto, el gobierno municipal de Cáceres ya ha encargado por vía de urgencia las obras de construcción de 218 nuevos nichos que seguramente estarán listos en menos de tres meses.

"Los trabajadores del cementerio están teniendo, además, que ejercer de verdaderos psicólogos con los familiares en una situación de duelo tan dramática, superando su propio temor al contagio y con una indudable vocación

de servicio público», recuerda el concejal cacereño, que valora la dedicación. May acaba de perder a su padre. Al enterramiento solo fueron los tres hermanos. La madre tuvo que quedarse en casa. En la lápida: 'Tu familia no te olvida'. No hay flores, ni oraciones. Solo silencio. El padre de May es una cifra más que se suma a la hecatombe.

Ayer por la tarde, en las ventanas de su edificio en el barrio de Nuevo Cáceres, sus vecinos alzaron los brazos mientras no dejaba de sonar el 'Resistiré'. May se abrazaba a Pepa y a sus dos mellizos. Lloraban, como el último Jueves Santo Rocío lo hizo al enterarse de la pérdida del bueno de su abuelo Pedro, del que no pudo despedirse. Historias dramáticas que se agolpan una tras otra en mitad de una tristeza infinita.

Mientras, en el cementerio, permiten la entrada al fotógrafo de este diario para captar el momento en el que los trabajadores se afanan en la exhumación de unos huesos. Cae la tarde. Todo está listo para mañana. Frente al nicho solo habrá tres lágrimas.



Cementerio de Cáceres

Capítulo 54

El primer paseo de la nueva normalidad de Dika

Lo primero que sigues inspeccionando al despertar es el Whatsapp, porque ni aún durante el confinamiento se pierden las malas costumbres. Esta mañana apareció la imagen enviada por un amigo a las 03.21 de la madrugada. Se veía un cubata sobre la mesa de su terraza con la palabra 'copazo'. Es absolutamente hermoso que alguien que disfruta de un momento tan mágico te recuerde, que añore los episodios felices en los que en la cuesta del Padu tratábais de cambiar el mundo, aunque a la mañana siguiente todo siguiera igual que antes y aquella danza de burbujas se hubiera disipado con la resaca.

Sin embargo, este amanecer algo ha cambiado. O quizás continúe de la misma manera y resulta que lo que se ha transformado ha sido tu mirada...

Antes del Whatsapp, los ojos se abrieron cuando cuatro albañiles se afanaban en la obra de la casa de al lado. Hoy es Día del Trabajo, dicen que es festivo, pero es una mentira como una catedral porque aún siendo fiesta en el calendario hay mucha gente que está currando. No sé si las obras estaban permitidas a esa hora, pero lo cierto es que no pienso quejarme, porque bastante sangría hay como para lamentar que unos trabajadores interrumpan tu sueño en pleno viernes de recogimiento. Que sigan en el tajo y que hagan el ruido que les dé la gana, pues bastante descosidos se están quedando los bolsillos de los cacereños como para encima rechistar.

Tocaba hacer la compra: no había leche en la nevera ni patatas en la despensa. Es curioso que en las tres multitiendas del barrio no tengan datáfono y haya que pagar en efectivo. ¡Ay, el comercio cacereño siempre cercenándose! Así que no queda más remedio que subir al Spar de San Pedro. Dice uno de sus empleados que antes eran ocho, y que ahora son cuatro (por favor, que pare este desastre de despidos y que las cosas vuelvan cuanto antes a ser como fueron).

La cola es larguísima, llega más allá de la estatua de Leoncia. Los clientes esperan estoicamente su turno, portando mascarillas y guantes mientras

padres con niños en bicicleta pasean por la que hasta hace siete semanas era la arteria comercial de Cáceres.

En el local donde antes estuvo Pirámides, la tienda de regalos, abrirán este lunes una peluquería. La terminación de la reforma les pilló en pleno estado de alarma y, casualidades de la vida, justo esa jornada en la que podrán reactivarse los pequeños negocios se estrenará Alpha Barber Shop (suerte para ellos, se la merecen, que no todo van a ser malas noticias).

Aguardando su turno para entrar en el Spar está Juan Sebastián, que tiene nombre de ese marino español que completó la primera vuelta al mundo en la expedición de Magallanes, pero que en realidad es profesor de violín en el conservatorio. Cuando se puso feo esto de la pandemia, él estaba en una gasolinera repostando el coche y le regalaron una perrita, que aún no está bautizada, pero que seguramente se llamará Dika, que al parecer es ruso y viene a significar loba o traviesa o algo así (no me hagan mucho caso). Lo cierto es que Dika nunca había salido a pasear. Este Primero de Mayo escribía el primer minuto de su cuaderno de bitácora, el primer minuto de aire confinado sabiendo lo que a partir de ahora será su nueva normalidad.

Dika, ojalá pronto brindemos por tu bautizo en la cuesta del Padu.



Dika, hoy en San Pedro

Capítulo 55

Si entrenas duro, serás duro de vencer

'Run for your life' viene a significar 'Correr por tu vida'. Es un documental sobre la construcción del maratón más popular del mundo, el de Nueva York. Su visionado te hace entender que quien compite con los demás es ganador, pero quien compite consigo mismo se hace poderoso. Correr es muy parecido a la vida, tiene sus altibajos, pero una vez que has terminado sientes que puedes hacer cualquier cosa.

Correr es una terapia, un antidepresivo ideal porque es muy difícil correr y sentir lástima por ti mismo al mismo tiempo. Cruzar puentes de madera, pisar hojas secas, atravesar parques, correr, correr y correr... Lucir tu propio dorsal, que es siempre un dorsal de élite, cumplir tus sueños, la



Un corredor en el residencial Vistahermosa

capacidad de estar solo contigo mismo, caminar primero, paso a paso, trotar después, estirar, mirar, girar, respirar, suspirar...

La capacidad de estar con el otro, colgar nuestras medallas, llenar todas las paredes de la casa.

La capacidad de estar con tu equipo, disfrutar, proyectar, salir temprano, desafiar al sol.

Por eso, corran. Correr es una forma de decirle a tu cuerpo que lo quieres.

Hoy hemos vuelto a correr, a ser pájaros en libertad cuando nos han abierto la jaula. Nuestro calzado parecía nuevo delante del largo circuito...

El cronómetro nos advierte de que entramos en la desescalada, que Cáceres sí puede vencer al bicho, que si entrenas duro, no solo serás duro, serás duro de vencer.

Capítulo 56

Madres

A las ocho de la mañana el goteo al Residencial Vistahermosa es menor que ayer. El ímpetu del primer día de la nueva desescalada ha bajado enteros en el segundo, aunque las largas avenidas de este barrio en expansión siguen siendo lugar de peregrinación de decenas de corredores.

Hoy habría tenido lugar en Cáceres esa otra peregrinación, que hubiera subido a la Cacereña Bonita al santuario. Era tradición salir a correr con el equipo, esperar a la patrona en Fuente Concejo y luego comer con las madres, esas que nos han dado la vida. A la mía no la veo desde enero. Va para cinco meses y cada minuto que pasa más la echo de menos. Mi madre me ha llevado a todos los altares, quiero decir a los altares que han merecido la pena. Y como remendó mis pantalones, me compraba cromos de Vickie el Vikingo, me cogía naranjas, me desmenuzaba las granadas, me enseñaba las declinaciones de latín, me preparaba la leche con galletas, la ensaladilla rusa y soportó estoicamente aquel tormento del 'Eres alta y delgada' de las clases de flauta con don Fernando Mansilla, pues igual que nos pasa a todas y todos, la llevo a fuego en mi corazón.

No soy yo de celebrar los 'Días de': El día de los enamorados, el día de la mujer, el día LGTBI, el día del maestro, el día del niño, el día del médico, el día del libro... porque creo que todos los días debemos ser fieles al amor, garantizar la igualdad y frenar la violencia machista, luchar por la libertad sexual, defender una educación igualitaria, los derechos de la infancia, de la sanidad pública, de los libreros... Pero hay un día, el Día de la Madre, por el que siento una fe infinita.

De vuelta a casa, en la Ronda de San Francisco, Flores Juanvic hace reparto a domicilio de hermosos ramos de flores, todos son bonitos, los ramos de flores siempre son bonitos. Ya en Colón, a las puertas del estanco de Coque Sánchez, una larga cola espera su turno. Todos buscan El Periódico Extremadura, que hoy regala una taza con la imagen de la Virgen de la Montaña. He comprado dos: una es para mí, la otra para mi madre.



Las tazas de El Periódico Extremadura

Capítulo 57

Cuando vuelva Tapizados Pilar todo volverá a ser como antes

Salgo de casa y me encuentro con el periodista Paco Mangut y Juan Burgos, el padre de Burgos el que fue fotógrafo del Extremadura. Ha sido una alegría para el cuerpo. La calle recobraba parte de su nueva normalidad, aunque hasta que no abra Todolibros no seremos realmente felices. Al menos las peluquerías han permitido dar un respiro y han teñido cabellos canos, barbas de siete semanas de encierro y han rociado el cuello de perfumes con olor a Nenuco que parecían olvidados en el cajón de nuestro atascado olfato.

Ha llegado la alergia con sus estornudos y sus ojos llorosos, su moquera constante y el Ibis en el bolsillo, esa pastillita que hay que tomar una hora antes del desayuno y que ayuda a hacer más llevaderos los efectos de la primavera.



Calle Pintores

En los jardines, los de la brigada municipal podan como si se acabara el mundo. En realidad el mundo no se había acabado sino que se había hecho dueño de sí mismo.

Hay menos colas en las grandes superficies, policías repartiendo mascarillas y una polémica absurda en torno a los paseos al santuario, alimentada por quienes quieren seguir haciendo política de la catástrofe en los foros de Internet. A mí lo que menos me preocupa ahora, sinceramente, es la subida al santuario: me inquieta más otra subida, la del paro, la dificultad de llegar a fin de mes o los nietos que no pueden todavía ir a ver a sus abuelos, aún solos en sus casas.

Ha regresado parte de la normalidad, digo parte porque, qué quieren que les diga: hasta que yo no oiga la megafonía de 'tapizamos sillas, sillones, tresillos, descalzadoras y toda clase de muebles en su propio domicilio...' no estaré satisfecho. Cuando vuelva Tapizados Pilar, entonces todo volverá a ser como antes.

Capítulo 58

Asfalto

La **Brigada de Obras de Cáceres ha vuelto al tajo**. Hacía tiempo que no nos alegraba tanta una noticia. 300.000 euros para la campaña anual de asfaltado que quitará los baches y que al fin entrará en el Camino Llano, la calle durante años olvidada, llena de socavones, que era necesario mimar porque alberga el nuevo edificio de la colección de la galerista alemana Helga de Alvear, una de las más prestigiosas del mundo.

Regresan las máquinas al asfalto, a reponer el alquitrán, con su ruido de rodillos y sus capataces, felices de pisar la tierra confinada durante más



Obras

de siete semanas. Felices también el concejal del área, Andrés Licerán, Caridad, Paco y los demás, personal entregado y con una vocación de servicio público indescriptible.

Los vecinos están igualmente satisfechos: es mucho tiempo de encierro y hay que seguir aplaudiendo esta desescalada que paso a paso hace que Cáceres vuelva a ser lo que era. De momento, unos albañiles trabajan en la reforma de una de las pocas casas bajas que se conservan en el barrio, María ha abierto Todolibros y la joven del 3º ha cumplido 20 años...

Capítulo 59

Leo

Calles, paseos, parques y avenidas recobran la vida a bordo de una mascarilla. Salir, salir y salir, o quejarse enfurecidamente porque han cortado los accesos a la carretera de la Montaña para evitar las aglomeraciones. Es curioso que la gente pierda tanto el tiempo en debates espurios, enardecidos en las redes sociales por aquellos que parece que tienen el suficiente tiempo libre como para poner en tela de juicio las actuaciones de la Policía Local, un cuerpo que está actuando con una vocación de servicio público que no es más que una gran lección para toda la ciudadanía.



En Cánovas

Pero sí. El debate se centra en cuestiones segundonas, y parece que de pronto la ola de solidaridad está perdiendo enteros. Es la hora de la política. Ahora se hace política en todos los lugares, y todo se convierte en tribuna y púlpito de quienes únicamente velan por el interés personal y son incapaces de darse cuenta de la que está cayendo.

A mí me sigue enfureciendo con rabia contenida esta visión cortoplacista del mundo. Leo en el periódico a José María Brull, el director del Banco de Sangre de Extremadura, contando la evolución positiva del paciente que se ha tratado en la región con plasma de un curado de coronavirus. Leo también la labor que realizan las Misioneras Eucarísticas de Nazaret, atendiendo a 48 familias cacereñas, muchas de ellas de clase media, que están en situación vulnerable y de cómo los cartones de leche escasean porque son bienes de primera necesidad en hogares azotados por una pandemia económica que hace aguas por todos lados. Leo que el Instituto Municipal de Asuntos Sociales ha entregado casi 300.000 euros de ayudas y que atiende al teléfono a una media diaria de cien personas.

Y leo que hay gente cabreada por lo de la Montaña. Sí, leo.

Capítulo 60

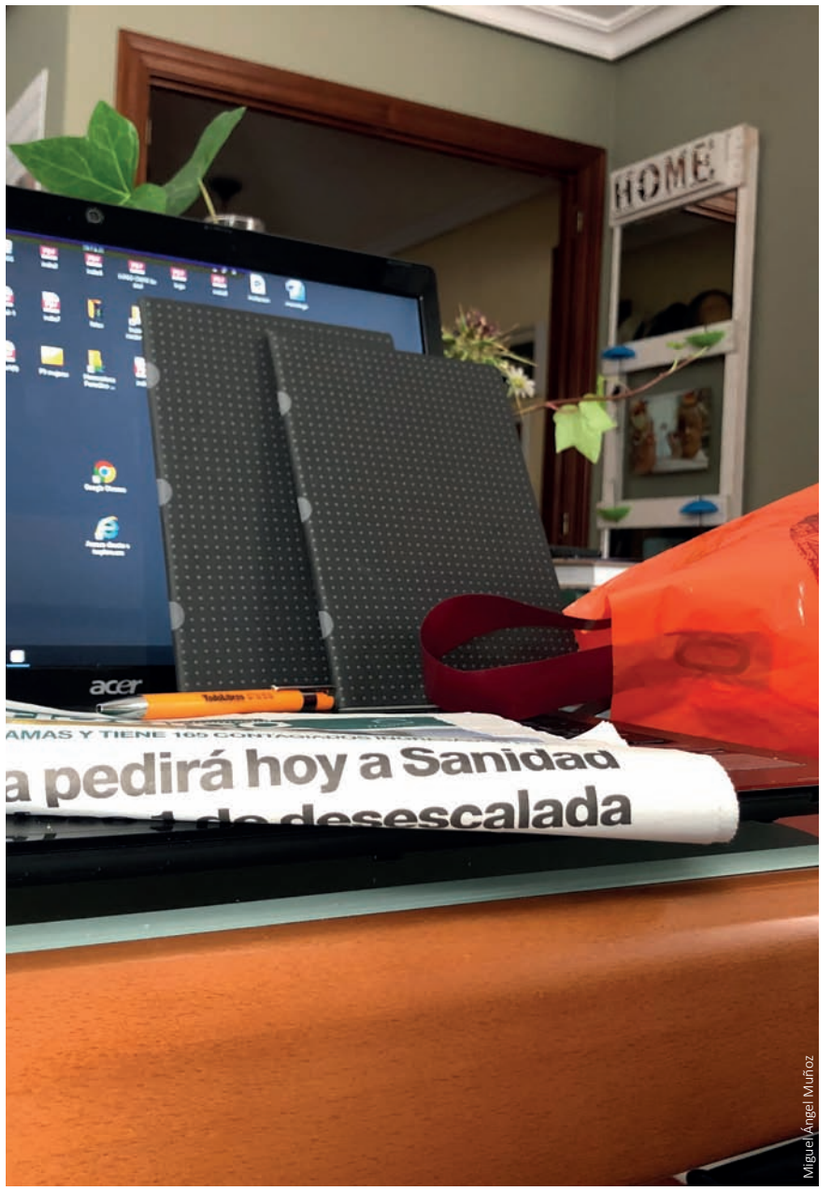
“Que los llenes de buenas noticias y que sean las más leídas”

A las ocho de la mañana las máquinas que reponen el asfalto han vuelto a ser el mejor despertador después de haber dormido como un lirón. Seguramente porque el paseo por la parte antigua del día anterior causó efectos positivos en el corazón y ahuyentó al insomnio. Han sido casi ocho semanas sin pisar la joya de Cáceres, que seguía en el lugar donde la habíamos dejado.

En la plaza aterrizaban los monopatines, pero las terrazas continuaban agazapadas por el miedo a desplegar sus sombrillas. Mesas y sillas amontonadas a la espera de clientes esperanzados en tomar el sol, aunque sea con mascarilla.

Es placentero redescubrir lo más bonito e increíble de esta pequeña capital de provincia, donde el fin de semana hubieran sonado los acordes del Womad. Pero, como dicen los del bar Las Cancelas, vayamos paso a paso, no tengamos más prisa de la debida. Hemos de hacer de la prudencia la madre de la ciencia. Dejarnos guiar por lo que nos dicen los expertos, la Policía Local, y no arremolinarnos en Cánovas, no sea que luego vengan los ‘madremías’.

Han tocado al timbre. Han dejado dos cuadernos en el buzón y un mensaje que dice: “Que los llenes de buenas noticias y que sean las más leídas”. Cuanta gente buena hay por el mundo, cuan feliz te pueden hacer con solo dos frases y el emoticono de un corazón.



Cuadernos

Capítulo 61

Buen viaje

Dorotea Rodríguez Dorado se casó con Valentín Villegas Cortés. Los dos eran de Ceclavín, él trabajaba en el campo y ella hacía matanzas en su casa; tantas hizo que un día pensó que sería buena idea dedicarse a la venta de carne, así que se subió a un burro y, como era tan hábil negocianta, comenzó a recorrer los pueblos de alrededor: iba a Piedras Albas, Alcántara, Zarza la Mayor, Aceúche, donde con éxito daba salida a toda la mercancía... En la parte más alta de su casa disponía Dorotea de una habitación donde guardaba los aperos de un negocio que marchó bien hasta que un día mató un cerdo con triquina. No tardó en llegar de Cáceres el capitán Luna, quien ordenó quemar toda la cabaña ante el temor de posibles contagios. De modo que Dorotea y Valentín se quedaron con una mano detrás y otra delante, y decidieron que lo mejor era venirse a la capital para emprender una nueva vida.

Aquella misma tarde se montaron en una furgoneta junto a sus entonces cinco hijos: María, Robustiano, Paqui, Juani y César, que con tan solo 1 año era el pequeño de la casa. En la furgoneta metieron los colchones, la ropa, las cosas más necesarias. Aquel vehículo los dejó junto a la plaza de toros y allí, al lado del arandel, pasó la familia la noche entera. Al amanecer, Dorotea, ni corta ni perezosa, fue a hablar con el capitán Luna, que entonces era toda una institución en Cáceres, y le pidió ayuda.

El capitán vivía en la calle que lleva su nombre. Enfrente de su casa tenía un corralón grande, al que Luna entraba con chanclones de madera porque allí guardaba las gallinas. Una parte del corralón estaba libre, así que dentro se metieron los Villegas. Coincidió que durante aquel tiempo enviaron preso al capitán Luna, eran los años previos a la guerra y en la ciudad se producían constantes revueltas. Dorotea, a instancias de la mujer del capitán, llevaba colchones a Luna para hacer más llevaderas sus noches

en la cárcel. Cuando al capitán lo sacaban de la penitenciaría, allá que iba Dorotea en busca del colchón, que tenía que depositar de nuevo en la cárcel cada vez que a Luna volvían a enchironarlo.

Entre tanto trasiego de colchón, Dorotea quería ganarse la vida, así que aprovechaba su estancia en el corralón de Luna para vender castañas asadas y churros mientras sus pequeños jugaban junto a las hijas del capitán: Ascensión, Victoria, que tocaba muy bien el piano, y otra que era la mayor.

Los Villegas permanecieron en el corralón hasta que la señora Paula, que era una parienta de Ceclavín y que tenía un estanco en La Conce, les dio una habitación. Poco después se trasladaron a la calle Nueva, en la que ya disponían de un cuarto más grande al que Dorotea puso hasta cortinas. Para entonces había estallado la guerra, los pequeños vieron desde la calle Nueva pasar los aviones que bombardearon la ciudad, les dio tiempo a contarlos antes del brutal estallido que dejó casi en ruinas una casa que estaba detrás del Instituto en la Plaza de San Jorge y que Dorotea aprovechó para comprar con el dinero que tenía ahorrado. De esa casa habían quedado en pie dos dormitorios, los Villegas levantaron cuatro más y montaron allí su nuevo hogar.

En aquel tiempo ya había nacido la sexta hija de la pareja: Pauli. Pasó el tiempo y Dorotea se puso a trabajar en el mercado del Foro de los Balbos, donde alquiló dos casillas en las que vendía cafés y dulces que sus hijas preparaban en casa y luego llevaban a cocer al horno de la calle Hornillo, al que entonces iba muchísima gente en Cáceres. Dorotea vendía mantecados, perrunillas, toda clase de exquisitas dulzainas mientras su marido, Valentín, estaba empleado en las minas de don Segismundo Moret.

Pero Dorotea no podía quedarse solo ahí. Ella era una persona inteligente, emprendedora, con un afán de superación impropio de las mujeres de la época. Fue entonces cuando alquiló en la calle Andrada, esquina con Ríos Verdes, la planta baja de un edificio en cuyo primer piso estaba el Juzgado de Instrucción y en la parte de arriba había una pensión. Fue allí donde Dorotea inició el trabajo que con el tiempo tan pingües beneficios le reportaría: el del estraperlo.

En aquel local vendía Dorotea de todo, especialmente comida, que era lo que más se demandaba entre tantas penurias como pasaban los

cacereños. Un día en un registro le requisaron a Dorotea 5 litros de aceite, y le encasquetaron una multa de 3.000 pesetas. Como no podía pagarlas la metieron en la cárcel. Ya habían nacido sus últimos dos hijos, Mariano y Rosi, que sumaban en total una prole de ocho vástagos. Acompañada por sus pequeños, Dorotea ingresó en prisión un día de Reyes, así que como no le dio tiempo a comprarles los regalos, los responsables de la cárcel se encargaron de la compra. En aquellos años en la cárcel eran muy dadivosos con los niños, poco acostumbrados a juguetes porque antes no era como ahora que a los niños les regalan medio Carrefour, antes eran unos Reyes humildes que a bordo de sus camellos traían no más que una onza de chocolate, una pastillina de café o, como mucho, una muñeca de cartón y una maquinita de coser.

Pero los de la cárcel, ablandados ante el drama, solían estirarse con los regalos, así que cuando el resto de los hijos de Dorotea acudieron a visitar a sus hermanos se morían de envidia al ver lo afortunados que Mariano y Rosi habían sido ante tanto juguete como los de Oriente habían dejado en su celda.

Quince días después, cuando Dorotea consiguió las 3.000 pesetas, salió de la prisión de Pinilla y continuó con aquel negocio del estraperlo que iba viento en popa. Dorotea era una mujer avispada que sabía aprovechar sus contactos e influencias, tanto era así que ante cualquier posible registro, desde Hacienda avisaban a Dorotea, que rauda subía al juzgado y bajo la mesa del juez de turno escondía la mercancía para despistar a los inspectores.

Las cosas marchaban tan bien a Dorotea que muy poco después alquiló en Ríos Verdes un local situado en un rinconcito de la Fonda La Española (actual hotel Castilla). Así fue como empezó El Rastro, la tienda que más fama dio a Dorotea de Villegas. El Rastro era un lugar de unos 60 metros cuadrados en el que se podía comprar y vender de todo. Eso sí, cuando Dorotea se olía que alguno de aquellos productos era robado (un reloj o una joya casi siempre) daba conveniente aviso a la policía, que de improviso se presentaba en el negocio y a más de uno detuvo in fraganti.

Dorotea siempre estaba en la calle, haciendo negocios u ojo avizor a las subastas de Hacienda, mientras sus hijos colaboraban en el mantenimiento de la gran empresa familiar. Todos ayudaban a la compraventa de pasta de

dientes (entonces muy escasa), ofrecían aceite y cajas y cajas de Ceregumil, o cosían las ropas que se vendían para los soldados. Los Villegas compraban muchas telas en Portugal, café en Valencia de Alcántara... la gente sacaba dos o tres kilos de lana de sus colchones que canjeaban por dinero o por comida en aquel Cáceres de crisis verdadera.

La familia pudo adquirir una casa en Ríos Verdes. Sus vecinos siempre ayudaban cuando llegaban los registros. “Aquí entran las cosas por camiones y luego no encontramos nada”, decía uno de aquellos policías que frecuentaban El Rastro con intención de poner freno al mercado negro. Y es que los Villegas se apremiaban en esconder la mercancía en casa de algún vecino o bajo el suelo de madera del desván de la casa, donde nunca se levantaban sospechas.

Las cosas le iban más que bien a Dorotea, que había metido dos o tres mujeres en casa para que se encargaran de las tareas del hogar y a otra para que se ocupara de la cocina. El negocio de El Rastro era ya imparable, toda una procesión de soldados en busca de su traje. Los Villegas iban y venían a Madrid donde recogían la ropa para los quintos, llegaban cargados de cinturones, pantalones, chaquetas, botas, gorros... Nada se les resistía.

La audaz Dorotea quería seguir creciendo, así que se dedicó a comprar casas, compró una en la calle Trujillo, donde le puso unas vacas a su marido para que se ocupara de ellas, luego la derribó y la cedió a sus hijos cuando fueron casándose. Pero compró muchas más, las adquiría, las reformaba o les lavaba la cara y las vendía después. El oro también fue su aliado: lo conseguía a buen precio y luego lo vendía en la joyería que el juez don Simón Rodas tenía en Pintores, o en casas como la de don Juan Ordóñez.

Los hijos de Dorotea continuaron años después el imperio montado por su matriarca. Robustiano puso la tienda de ropa y pantalones que ahora llevan sus hijos en Roso de Luna y el pasaje comercial Cánovas; César una de muebles de la plaza Marrón y Paqui una droguería de la calle Roso de Luna.

Paqui se casó con Victoriano García Rentero, que cuando aún no había cumplido los 14 se puso a trabajar en la farmacia de Ezponda y luego en Mendoza, hasta que le avisaron de que la botica que Frasquere tenía en La Concepción la iba a coger Primitivo Torres. Victoriano fue también representante hasta que junto a su esposa se encargó de la droguería familiar, un local

inolvidable para muchos cacereños con su puertita, su escaparate, y dentro, dos mostradores y montones de estanterías cargadas de lejías, colonias o barras de labios. El matrimonio tuvo tres hijos: Francis, Vitín y Santi.

Respecto a los otros hijos de Dorotea: María se casó con Fernando Espada, que trabajaba en la Eléctrica, Juani se casó con Pepe, que llevaba los coches de línea de Valencia de Alcántara, Pauli se marchó a vivir a El Escorial y Rosi se hizo monja. Mariano fue el heredero de El Rastro, una tienda que gestionó hasta que cerró para instalar luego en la calle Margallo, más allá del Capitol, una tienda de muebles.

Los Villegas, toda una saga comercial, continúan la estela de negocios que inició Dorotea y hoy han dicho adiós a Paqui, que ha iniciado su viaje pero a la que no olvidaremos nunca.



Vito y Paqui

Capítulo 62

Cáceres, Fase 1, bravo

Entramos en la Fase 1 de la desescalada. Y Cáceres tiene que estar contento. Hay quienes, sin embargo, pasan el día entero despotricando contra esta decisión y, lo que es peor, poniendo en el mismo saco de irresponsables a todos los cacereños. Nada que ver las imágenes de esta ciudad con las de las playas de Málaga o del barrio de Lavapiés en Madrid, áreas donde por cierto continúan en la Fase 0. Y es cierto que hay cacereños que incumplen las normas, saliendo a la calle fuera de la franja de edad que les corresponde, reuniones intergrupales de padres o grupos de jóvenes que celebran botellones y cuelgan las fotos de su hazaña en las redes sociales. Pero no es la norma general de una capital que ha seguido a rajatabla su encierro, que ha cerrado sus negocios, padecido sus ERTES y sigue llorando a sus muertos.

No podemos generalizar, generalizar es siempre atacar al global y eso es injusto. Debemos insistir y adoptar las medidas de precaución necesarias y que las autoridades sanitarias y políticas proporcionen a los ciudadanos el material necesario para afrontar esta situación. No salimos de la pandemia, salimos con la pandemia y para ello tenemos que cuidarnos y obligar a los responsables de la crisis a que garanticen nuestros cuidados.

Anoche, al tirar la basura, los contenedores de Colón tenían fallos en sus mecanismos de apertura y las bolsas se acumulaban en la acera. Es un pequeño gran ejemplo de lo que no puede ocurrir, de la necesidad de que la desinfección se haga de forma diaria y que no exista ni un solo elemento del mobiliario urbano defectuoso.

Nueve de las 13 monjas del convento de San Pablo han dado positivo en coronavirus. Es una enfermedad que ataca hasta en la clausura y que no entiende de religiones, ni de clases sociales ni de sexos, que se ceba con los más vulnerables.

Pero atendiendo a criterios técnicos y científicos, Cáceres puede estar en la Fase 1, que no es más que una nueva oportunidad para recuperar de forma mínima nuestro tejido empresarial y productivo. Si seguimos encerrados seguiremos siendo cada día más pobres. Si salimos con precaución habremos demostrado que continuamos siendo una gran ciudad, ejemplo de lo que ha de ser el civismo, la solidaridad y la responsabilidad.



Las monjas del convento de San Pablo

Capítulo 63

Los hijos del Camino Llano

En el Camino Llano, donde estaba el bar El Labrador, vivían muchos vecinos, como Juan Pacheco, Tomás Marín (que era hermano de Escolástica y que estaba casado con María Salas), los Cordero, que tenían la tienda de muebles en Virgen de la Montaña, los Suero, que el padre era veterinario... Por allí estaba el bar Machaca, el bar Borrego, el bar Cali, de Calixto Cañamero, arribaban los coches de línea de Quevedo y se vendían corderos y borregos; así que la zona estaba siempre muy concurrida.

Santiago, uno de los hijos de Juan Pacheco, estudió en el llamado Colegio de los Curas, que era el Paideuterion, algunos de cuyos prelados ejercían el sacerdocio en San Mateo. En aquel centro de la calle Sierpes le dieron clase don Santiago, don Faustino o el señor Julián, que era padre de Ovidio el de Maphre. Como Juan, el padre de Santiago, murió muy joven, el chaval tuvo que dejar la escuela pronto porque había que aportar dinero en casa, de modo que se hizo monaguillo en San Juan, donde estaban como curas don Máximo Sánchez y don Teodoro Rebollo.

En aquella época llegaban hasta San Juan muchos estudiantes a aprender latín, así que el monaguillo siempre echaba una mano en las clases, en las misas, en los bautizos, las comuniones, las bodas y los entierros, vamos, que los monaguillos eran pluriempleados. El monaguillo, por ejemplo, tenía una tarea encomendada: darle fuelle al órgano para que el organista pudiera tocarlo en cada ceremonia. Santiago era un niño avispado que aprendió pronto y bien aquel oficio, tan bien que hasta cantaba misa en los funerales entonando aquello de 'Domine sancte, pater omnipotens'.

Santiago se metió en la peluquería de Juanito Barra que estaba en la calle Pintores y que por entonces era la peluquería de caballeros más distinguida de toda la ciudad. Juanito había afeitado y cortado el pelo a Franco cuando el Generalísimo vino al palacio de don Gonzalo Montenegro

Carvajal, noble cacereño al que por cierto Santiago, que entró como niño de los recados en la peluquería de Juanito Barra, debía enviarle cada noche un ejemplar de ABC a don Gonzalo para que lo leyera en su finca de Las Golondrinas de Torremocha. El pequeño Santiago cogía el ABC y lo llevaba al edificio de Correos de la calle Donoso Cortés para que el diario llegara puntual a su cita nocturna con don Gonzalo.

A Juanito Barra, que vivía en Diego María Crehuet, le gustaba salir el primero de todos los entierros y si no salía el primero se contrariaba. Juanito era un buen tipo. En su peluquería Santiago fregaba el suelo, iba a comprar el tabaco a los clientes, cepillaba el abrigo a los señores y les ayudaba a colocárselo.

Entretanto, Santiago aprendía a cortar el pelo. Pero no podía enseñarse en la misma peluquería porque entonces estaba mal visto que los aprendices metieran las tijeras en las cabelleras de tan distinguidos clientes, así que cada sábado por la tarde Juanito lo enviaba a Casa Jovita, una peluquería que estaba en la esquina de San Juan, donde estuvo la Joyería París, y allí fue donde Santiago se soltó definitivamente.



En Camino Llano

Luego Santiago fue camarero de Metro, la cafetería del Quiosco de la Música de Cánovas, que era una cafetería con una barra circular, que abría sobre las cinco y media y las seis de la mañana y donde también trabajaba Andrés Muriel, que preparaba como nadie la lecherada, la granizada y la mantequilla.

Pero Ángel Gómez Martín no solo regentaba Metro, también era dueño de Metropol, restaurante que abrió enfrente de Metro, donde estaba Mendieta y ahora está Urvicasa. Metropol lo decoró Antonio Girardi, que entonces era el decorador de moda de la ciudad, venido de Valencia y casado con Paquita, del bar Yuca. Antonio puso muy bonito y elegante el Metropol, que hasta servía bodas. Allí se metían los médicos a jugar al dominó cuando terminaban sus consultas y era un hervidero de clientes.

Los primeros cafés que Santiago servía en Metro iban destinados a las casas de citas de la calle San Felipe, más allá de Obispo Galarza, que era un barrio donde abundaban mucho las casas de citas y había lo menos 10. Cuentan que las vecinas de la calle Parras aleccionaban a sus hijos antes de salir a la calle con esta tremenda frase: “Niños, más allá de Obispo Galarza no crucéis porque allí viven las mujeres malas”.

A Santiago le tocaba atender a todas esas mujeres malas, que no eran más que víctimas de una sociedad en la que trataban de ganarse la vida a costa de respetados clientes, que eran buenas y amables y que daban a Santiago unas propinas bárbaras. Nada más abrir el bar, la ‘madama’ de turno telefoneaba a Metro. “Santi, traiga usted cinco dobles de café y una docena de magdalenas para las chicas”, decía la madama al otro lado del hilo telefónico. Y allá que iba el bueno de Santi cuando ni tan siquiera estaban puestas las calles con su bandeja llena de dobles de café y magdalenas en una mano y una jarra de leche ardiendo en la otra.

Una de aquellas mañanas, al abrir Santi la puerta del burdel, se topó con una de esas ebúrneas muchachas que portaba por ropa no más que una corbata atada al cuello que le llegaba hasta las ingles. La señorita, pasada de copas y sin mediar palabra, se lanzó a los brazos de Santi y, claro, las bandejas de café, leche y magdalenas rodaron por el suelo formando una zapatiesta de narices. “Qué apuro Santiago, no se preocupe usted que todo esto lo pagamos... y traíganos otra rondita por favor”, suplicó la apurada madama ante tremendo desaguisado.

Finalmente abrió el Bar Salamanca, que estaba en Gil Cordero. Él fue uno de los hijos de este barrio del Camino Llano donde hoy los del bar Bartolo dejan todo a punto para entrar mañana en la Fase 1, la fase de la esperanza y de los reencuentros siempre a distancia y cubiertos de mascarillas, pero encuentros al fin y al cabo.

Hoy he visto mi barrio de otra manera, lo he visto con los ojos de un primerizo, como si fuera con una cartera llena de libros el primer día de entrada en el Padu.

Capítulo 64

Abren el Don Pancho y los Hermanos Denche

Han vuelto los coches a Cáceres. Era horrible esta mañana circular por la ciudad y casi una hazaña encontrar un aparcamiento en las inmediaciones de la calle Viena y de la Madrila Alta, donde estaba todo hasta arriba. No había colegios ni bares abiertos, pero la Fase 1 ha pisado con fuerza en la ciudad. Bueno, en lo de los bares existen honrosas excepciones, como la del Don Pancho, que montó hace ya más de 20 años Imanol Falké en la plaza de Colón y que es uno de los clásicos de la ciudad. El Don Pancho era el único del barrio que había puesto la terraza, así que esta mañana ha sido un no parar.

También han abierto los hermanos Denche, que tienen el taller de coches de toda la vida en Hernández Pacheco. Ha sido una alegría volver a sentir el bullicio. Dicen que ahora es un negocio redondo esto de los coches, que empiezan a usarse de modo desbordante por el temor al contagio si te desplazas a pie.

Mientras, en un piso en Pintores un joven universitario lee ya el último párrafo de La Peste por encargo de su profesor. Dice esto: “Oyendo los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux tenía presente que esta alegría está siempre amenazada. Pues él sabía que esta muchedumbre dichosa ignoraba lo que se puede leer en los libros, que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las maletas, los pañuelos y los papeles, y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa”.

Efectivamente, ha vuelto el tráfico, estamos contentos, felices, pero respetemos las normas porque la responsabilidad de cuidarnos recae en gran parte en nosotros mismos.

Seguimos confinados, no estemos confiados.



En Pintores.

Capítulo 65

El quiosco de Pepita, el Avenida, los futbolines de Peluca y Flores Juanvic

La ciudad vuelve con cautela a la normalidad. Los comercios y la hostelería están dando la talla, cumpliendo con las exigencias que implica el estado de alarma y Cánovas empieza a recuperar tímidamente la vida porque Cánovas siempre ha sido el centro de la vida de Cáceres. Allí estuvo el Quiosco de la Pepita, como así se conocía en Cáceres el que fue el primer quiosco que vendía periódicos, revistas, souvenirs para los turistas, helados y chucherías y que regentó durante más de 50 años. El quiosco estaba situado en un lugar estratégico, muy cerca de la Fuente Luminosa, justo a la espalda de donde el bueno de Santiago Caldera colocaba aquel Bambi que sirvió de atrezzo para sus fotografías formato 6x9 en las que inmortalizó a miles de cacereños.

La aparición del quiosco de Pepita fue un boom en aquel Cáceres donde solo se vendían helados y golosinas en unos carrillos que había en la Plaza Mayor. Los carrillos también estaban en Cánovas, eran muy famosos el de Juani Ollero, que vendía los pirulines, el de la tía de Rojo, ¡ah!, y el de un señor bajito que vendía las patatas fritas El Gallo, que eran un lujo, porque no todo el mundo podía comprarlas. El hombre las llevaba en un cesto de mimbre y las metía en cucuruchos que hacía con papel de estraza.

También Cánovas tuvo hueco para los futbolines de Peluca, que estaban situados a la altura del actual Banco Santander, en la avenida de España, justo al lado del Café Avenida, que era propiedad de Carlos Alonso, de la familia del Jamec de Pintores. Ambos establecimientos se comunicaban. El Avenida era un local donde trabajaban camareros muy conocidos, como el famosísimo Ponce, o Montes, o Piquiqui, que comenzó allí apenas siendo un niño. Avenida tenía una terraza muy bonita que se montaba todos los veranos, con sus sillas de director de cine en verde, rojo y azul, y aquellos inolvidables veladores de mármol.

A Los Futbolines de Peluca se entraba por una puerta enorme. Ocupaban una sala de 500 metros cuadrados con 19 mesas de futbolín por las que pasaron decenas de generaciones de cacereños. A los futbolines solo entraban los hombres, las chicas no solían acceder.

Peluca se encargaba de todo, era cuerpo y alma de su propio negocio: organizaba campeonatos, y siempre con su guardapolvos azul que llevaba repleto de pesetas: "Peluca, que se me ha 'estropeao' la máquina", "Peluca, que no tengo cambio", "Peluca, que por esta ranura no entra la 'joía' peseta". Y el bajito de Peluca para todo, siempre diligente acudía a los talleres Bilbao de la Plaza Marrón para que le arreglaran sus preciadas máquinas.

De toda la vida Cánovas ha olido a flores, las que Juanvic ha vuelto a vender en su quiosco y han hecho que el centro de la ciudad recupere de nuevo su latido.



Flores Juanvic, en Cánovas.

Capítulo 66

"Hemos estado media hora buscando una vaca, estaba detrás del sofá"

Julia ha cumplido al fin su sueño. Hace unas semanas había sido protagonista de este minirelato callejero de la pandemia cuando hablaba de lo mucho que echaba de menos al peque. En Twitter nos trajo la buena nueva: "Hoy he visto a mi sobrino después de dos meses y hemos hecho lo típico, hemos estado media hora buscando una vaca, estaba detrás del sofá".

Ver a tu sobrino al final de tanto tiempo de encierro es algo así como un coro celestial, ese momento en que tu corazón deja de caminar fuera de tu cuerpo y una orquesta de bienaventuranzas te conduce al paraíso a lomos de un caballo ungido por la fuerza del espíritu. Abrir las manos,



Bazar Oriental de Gómez Becerra

prender fuego a lluvia cuando arrecia el temporal, sellar las grietas, encontrar la pieza que te faltaba, la razón por la que amas.

Eso ha sentido Julia mientras revisaba los rincones de la casa, se agachaba para divisar los huecos de las estanterías, movía las sillas, levantaba los cojines. Y finalmente allí estaba, el milagro, el muñeco vaca del peque, que acariciaba entre sus manos, feliz por haber ganado la batalla a ese animal negro de manchas blancas, que es fundamental para que mami le prepare el Cola Cao.

Julia reía, reía a carcajadas mientras regresaba a casa y veía una y otra vez las fotos de un móvil cargado con el brillo poderoso de los ojos de su sobrino. A las puertas del Bazar Oriental de la calle Gómez Becerra una larga cola esperaba la entrada. Si es que lo que no consigan los chinos...

Capítulo 67

Nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto

Ha regresado el insomnio o quizá nos hemos dejado llevar por una nueva manera de vivir la vida, que nos conduce por los vericuetos de la noche y nos obliga a amanecer más tarde, o a despertar antes, y caminar por la casa como si fuéramos zombis. Esta mañana, al vecino de enfrente le han traído una encimera mientras un curioso fumaba sin parar. A ratos sostenía el cigarrillo y la mascarilla entre sus guantes. Miraba con devoción a los dos repartidores que sacaban esa piedra azul llena de polvo de la furgoneta blanca (ante estos episodios cada vez soy más descreído con las medidas de seguridad). Comentaban algo; parecían sacados de una película, porque todo lo que presenciamos en estos días es eso, una película.



Flores en el cementerios

Y sí, anoche tocó revisar 'Nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto', la obra maestra de Agustín Díaz Yanes con esa Victoria Abril que es una grandísima actriz, porque las buenas actrices son aquellas que nunca pasan de moda y Victoria está de moda desde que era azafata del 'Un, Dos, Tres' de Chicho Ibáñez Serrador y la veíamos cada viernes en esos años de dos cadenas en blanco y negro, en los que nos bañaban una vez a la semana, pues el resto de días las madres solo nos obligaban a lavarnos los bajos y las rodillas cuando subíamos de jugar de la calle.

La cinta narra el día a día de una mujer que se enfrenta a la ancianidad y una joven que se enfrenta a la vida adulta. Por cierto, hay un momento muy gracioso en el que Julia, que interpreta Pilar Bardem, dice: '¿Qué puedes esperar de alguien que llama a su hijo Jonathan?', que a mí me recuerda a Los Morancos en pleno delirio de Omaíta.

Hoy en el periódico cuentan que ha habido tres muertos por coronavirus en Extremadura, dos de ellos en Cáceres. Es deleznable que tres ya nos parezcan pocos, ¿poco comparado con qué? Se nos olvida que tres son multitud. Hay gente en la ciudad que no tiene para comer, que se ha quedado sin trabajo, que sigue con un miedo infinito a pisar la calle. En poco más de 60 días se han impuesto más de mil denuncias por incumplir el estado de alarma, los bares no reabren, los comercios tienen pérdidas, los ERTES condenan a las clases sociales, especialmente a las más vulnerables, los ancianos mueren en la Asistida y asistimos atónitos al deambular de cadáveres.

79 personas están enterradas en el cementerio cacereño por culpa del bicho. El ayuntamiento, con un gesto que le honra, les ha llevado tres ramos de flores. Pero a mí me sigue invadiendo esta tristeza infinita, esta inquietud, el desasosiego de qué pasará mañana. Sé que mañana no existe, que preocuparse es ocuparse antes de tiempo, pero miro esa película y esa imagen del lazo negro del Centro de Salud de Nuevo Cáceres por la muerte del facultativo Sebastián Traba y no puedo espantar a la incertidumbre, que llega como llegan los sopores en las tardes de verano, que estrujan tu piel y la condenan al sudor.

Veo las flores junto a las tumbas en la fotografía del diario y recreo a gente anónima, de la que no sé sus nombres porque hasta para los muertos

hay categorías y solo se habla de unos pocos. Cifras, números despojados del DNI, sin cumpleaños, sin móvil que responda al otro lado, que ahora ocupan los patios 1 y 2 mientras por la pantalla de la película de Díaz Yanes asoma esta frase lapidaria: 'Los pobres son príncipes que tienen que reconquistar su reino'.

Capítulo 68

Colchones, bares, monjas y peluquerías

En la tienda de colchones el dependiente atiende de modo escrupuloso a la clientela. Porta guantes, mascarillas, gel, pero hay algo muy importante en él que lo diferencia de muchos: no ha perdido la ilusión. Al detalle explica la fibra, el tejido y los muelles del colchón. Hay una amplia variedad y de todos ellos habla con la misma devoción como si fueran sus hijos. Luego pasa a las almohadas, después a las fundas impermeables que sirven como sábana bajera, y así responde a todas las preguntas habidas y por haber. Ama su profesión. “Saldremos de esta, con un poco de paciencia, pero saldremos”. Sus palabras son una cura a tanto dolor.



Peluquería Vogue Style

Enfrente hay un centro pastoral. Antes de las ocho los devotos entran, aplauden y salen guardando las distancias de seguridad. Arriba, en Santa Clara, las monjas abren el torno. ‘Ave María Purísima”, dicen mientras suena la rueda y agradecen el donativo.

Junto a la Fuente Luminosa se reparan baldosas, siguen peatonalizando la zona de los obispos y Zeus el de Extreibéricos recuerda con pena los primeros días de confinamiento, que define como la mayor tragedia sufrida por el comercio cacereño a lo largo de su historia. Corta el jamón con la misma profesionalidad de siempre. El mismo tacto, la misma simpatía. Pese a los golpes, no pierde la esperanza. Es un ejemplo de lo que debe ser un autónomo: emprendedor, ilusionado y luchador.

En la peluquería, Miriam y su equipo ya están al completo. El negocio ha cambiado, hay mamparas de protección, pero no se desvanecen las sonrisas.

Las terrazas del París 12 y La Vieja Dehesa ocupan las aceras, los cacereños toman café con tostadas mientras reciben la atención de camareros que cubren la boca y sostienen con estoicismo sus bandejas. No ha abierto el Eroski. El día que lo haga, Cáceres volverá a ser un poco más Cáceres.

Capítulo 69

Cáceres llora la muerte de Clara

Eulogio Andrada y Telesfora tenían un comercio y una panadería en el Casar. Había sido la de ellos una familia de mucho dinero, tuvieron fincas y hasta estuvieron invitados a la boda de Alfonso XIII con la princesa Victoria Eugenia de Battenberg en la iglesia madrileña de los Jerónimos. Cuentan que Telesfora lució para la ocasión un mantón de manila de caerse para atrás y que su hija Julia estrenó una pamela que era para verla. Pero a Eulogio empezaron a irle mal las cosas y perdió todo su capital.

Otro de sus hijos, Eladio Andrada, se casó con Andrea Galán. Eladio era taxista. Antes había sido conductor de autobús y se encargaba de llevar y traer todos los días el coche de línea desde Cáceres al Casar, que paraba en el Parador del Carmen. Cuando se hizo taxista lo hizo con un 1.500 verde, que fue de los primeros coches en tener licencia en la Plaza de San Juan. Durante muchos años, Eladio fue el taxista de don Emilio Cardenal, que era médico, vivía en Cánovas y estaba casado con doña Encarna Murillo, hija de don Julián Murillo, que también era médico.

Eladio y Andrea vivían en el número 2 del Arco de Santa Ana y tuvieron cinco hijos: Cecilia, Adela, Toñi, Clara y Eugenio, que se murió muy pequeñito después de salirle un eczema en la cabeza del que lo trataron en Badajoz, pero que finalmente no tuvo solución.

La del Arco de Santa Ana era una casa de tres pisos, situada enfrente del Palacio de Adanero, de cuyo mantenimiento se encargaban unos porteros maravillosos, Benito y Dolores, que siempre ofrecían a los Andrada una latita de picón y de carbón o les invitaban a ver los toros por la tele cuando los señores de Adanero no estaban, porque los señores solo venían al palacio cada domingo, o cada 15 días, y lo hacían en dos coches: uno para los perritos, otro para los señores. Tenían los Adanero varias hijas: María, Ana,

Mercedes... y un varón, don Gonzalo de Ulloa, que cuentan flirteó con la duquesa de Alba.

A la vuelta vivían los Montenegro y el zapatero Karpu, que eran Benito e Isabel, padres de los de Curtidos Márquez. También vivía en el barrio Antonia, que su marido era maletero, y más abajo, junto a Mirón, Mari Ponce. Y Angelita, casada con Ángel, y Paco Martín en la calle Postigo.

Clara, una de las hijas de Eladio y Andrea, fue al colegio del Perejil, donde daba clases doña Arcadia, que era una maestra buenísima que vivía en la calle José Antonio. Un día, como eran años de muchas estrecheces, doña Arcadia se percató de que Clarita había ido al colegio con unas zapatillas rotas. "¿Qué número calzas?", le preguntó entonces doña Arcadia a Clarita, y al día siguiente apareció doña Arcadia con unas zapatillas nuevas para Clarita.

Al salir de clase todos los muchachos jugaban en la plazuela del barrio. Allí bajaban don Gonzalo y también Isabel, que ha estado muchos años trabajando en Correos. Pero Clara tuvo que dejar la escuela porque el dinero escaseaba y había que buscar casa para servir, porque entonces la que no trabajaba no manducaba.

La primera casa en la que Clara sirvió fue la de doña Herminia, que vivía por el Parador del Carmen. El padre de Clara estaba en esa época de taxista en la casa de doña Herminia y le dijo que si podía buscarle alguna otra casa más a su pequeña. Una hija de doña Herminia estaba casada con uno de los Pedrilla, de modo que Clarita no tardó en ingresar en el chalet de los Pedrilla. Aquel chalet era precioso, estaba frente al puente de San Francisco y tenía arriba unos salones con unos muebles más bonitos y más brillantes que ná. En la casa de los Pedrilla estaba Clara en la cocina. De vez en cuando, los patrones venían de caza y le decían: "Clara, ahí tienes una liebre, se la llevas a tu madre".

Estuvo después Clara en la Casa de la Chicuela, con doña Esperanza. Clara se ocupaba de limpiar y fregar la cocina, porque a doña Esperanza le gustaba ocuparse personalmente de guisar. Eran los años del hambre, así que cuando en casa de la Chicuela se pelaban patatas, las peladuras se guardaban en un botecito con sal y aceite para que Clara se las llevara

a casa. Bien sabe Dios que en aquellos años hasta las peladuras de patata eran para el estómago pura gloria.

Trabajó luego Clara con una hermana de don Fernando Grande, que era el que más mandaba en el hospital y que vivía en Cánovas. También lo hizo de niñera con los Mata, los de la frutería del Camino Llano. No tendría Clara entonces más de 9 o 10 años.

Al llegar la adolescencia llegaban también los bailes. Clara no faltaba al Toledo, que estaba en la carretera de Mérida, ni tampoco al Jamec de Pintores, que allí vio Clara a Antonio Machín y se bailó un tango de no te menees. En uno de esos bailes conoció Clara a un chico que estaba en las oficinas de las Minas, pero las cosas no salieron bien. En esas estaba cuando en la vida de Clara se cruzó un buen día Teófila Andrada, que se casó tres veces y de los tres maridos se quedó viuda: de José, de Tomás y de Santiaguino.

Cuando Teófila se quedó viuda de su segundo marido, Eladio y Andrea, los padres de Clara, le alquilaron el segundo piso de su casa. Hasta allí llegó Teófila con tres hijos: Telesforo, José y Rosa, porque había tenido mellizos pero se le murieron. Teófila era una mujer muy trabajadora que estaba metida en el negocio de la tapicería y que iba por las calles a la voz en grito de "Componer sillas, componer sillas, componer sillas".

Lo cierto es que Teófila era una mujer 'mu' limpia, había que ver aquellas puntillas blancas como la patena que le asomaban debajo de las faldas o cómo se echaba los botes de litro de colonia y se rociaba entera. Aquellos botes le duraban a Teófila un suspiro, así que cada dos por tres estaba en Castel para reponerlos porque ella era de las que se echaba la colonia por la cabeza y le salía por los pies.

Y es que Teófila era una mujer mu salá, muy conquistadora. Una tarde salió Teófila temprano de casa. Y al verla, le dijo Clara, "¿dónde va usted tan temprano Teófila?". "Voy a unos recadinos", contestó Teófila. El recadino de Teófila estaba en casa de Santiaguino, que vivía en la calle Santa Gertrudis Alta. Volvió Teófila a la mañana siguiente. "Pues sí que ha durado el recadino", le dijo Clara al llegar. "Ay, Clara, es que vengo de casa de Santiaguino, que me he acostado con él". "¿Con Santiaguino, que se ha acostado usted con Santiaguino?", preguntó Clara con asombro. "Sí, con

Santiaguino, y esta mañana ha llegado su hija y ha empezado a dar unos gritos que no veas: "papá, el desayuno, papá el desayuno", gritaba. Me tenía tan harta que le he dicho desde la cama: ¿Cómo que papá el desayuno?, Hoy, desayuno para dos, y me he quedado tan ancha". Y Clara reía a carcajadas viendo como Teófila escenificaba tamaño suceso.

La llegada de Teófila a la vida de Clara fue, sin duda, una alegría. Clara frecuentaba la casa de Teófila, o se cruzaban por el barrio, o en la escalera, así que no fue de extrañar que José, uno de los hijos de Teófila le echara el ojo a su guapa vecina. Era José Ávila Andrada un apuesto joven, un buen mozo, moreno, muy trabajador. Trabajaba José en la tapicería ayudando a su madre en eso de las sillas, eran sillas de junco, que él dejaba como nuevas.

José y Clara se vieron, se trataron, se enrendaron... y del Arco de Santa Ana salió la boda en San Mateo. Como estaban las cosas tan malas, muchas chicas casaderas acudían entonces a Secretariado, en la calle Peñas. Allí entrabas y al fondo había una señorita a la que le preguntabas: "¿No tendrá paquí algún vestidito, que me caso?". Y como en Secretariado tenían muchas cosas pues allí encontró Clara el vestido de novia. El de José se lo compró su abuelo José, padre de Teófila.

Al acabar la misa lo festejaron en casa, con un pote grande de judías blancas y chorizo y tocino y unas naranjitas de postre. Cuando terminaron de comer vio Clara salir a la calle a Teófila y no pudo reprimirse en preguntarse en voz alta: "¿donde irá esa mujer?". "Tú cállate", zanjó Teófila, que al cabo de un rato volvió acompañada de Eduardito. A Eduardito lo tenían de mandaero en el ayuntamiento porque una hermana suya trabajaba allí. Era Eduardito un chaval chiquinino y muy gracioso y simpático, así que al final de la boda acabaron todos bailando. ¡Y qué día pasaron!

¿Y de viaje?, qué cosas, si había que ir a Secretariado a buscar el traje de boda, ¿cómo iba a haber para irse de viaje? Así que Clara y José pasaron la luna de miel en la cocina. Teófila quería salir del dormitorio, pero a los recién casados les dio mucha fatiga. "Ay, José, que tu madre no salga de su cama, que nosotros nos las componemos en la cocina", le dijo Clara a su flamante esposo. Allí apañaron un colchón y más felices que unas perdices.

A la mañana siguiente Teófila llamó a la puerta. "Vamos, que ya es hora, que vamos a desayunar", lanzó la voz portentosa de Teófila. Y así

empezó aquel matrimonio de José y de Clara, que cada dos años tuvieron un hijo hasta sumar 12: Angelines, José María, Eladio, María Isabel, Rosa y Manolo que eran mellizos, Andrés, Dolores, Javi, Juanjo, Carmen y Carlos.

La pareja continuó un tiempo en el Arco de Santa Ana. José se metió a bombero en el ayuntamiento, que le tocó sacar a un hombre del Parador del Carmen, que cuentan que murió abrasado después de encender un cigarro mientras pasaba la noche en un pajar. También trabajaba José en la albañilería, pero Teófila tenía tanta ansia con las sillas que sacó al hijo del ayuntamiento. Así que José se pasó toda su vida tapizando, trabajando sin parar.

Los Ávila necesitaban una casa más grande, de modo que un día Clara se plantó en el ayuntamiento para que le dieran una vivienda. A la entrada se encontró con Fernando Lumbreras, con cuya familia le unía gran amistad. "¿Qué te trae por aquí Clara?", le preguntó Fernando. "Pues nada, que me he enterado que el ayuntamiento está haciendo casas en Las 300 y venía a informarme" . "Pues vete para casa, Clara". Esa misma tarde Fernando Lumbreras estaba en casa de Clara, llevó a cada uno de sus hijos un bocadillo para la merienda, los puso encima de la mesa y acto seguido exclamó: "¡Y ahora te voy a dar una noticia: esta llave abre la casa de don José Ávila en Las 300!".

Comenzaron así los Ávila su nueva vida en Las 300, donde también residían Fidela, Paca, la señora Flor, la señora Feli, Sofi, María, la señora Isabel, Regina que falleció, Antonia que era la mujer del Chato, Pura, la señora Luci, Rafaela, Nano Bravo... Estaban la tienda del señor Marcelo y la señora Flor, la tienda de la señora Pili y Leandro, la panadería de la señora Ana, el bar Flores, la panadería de la señora Cheli, la farmacia de don Tito, la tienda de Felipe...

Era Las 300 un barrio lleno de niños, así que la plazuela se ponía hasta arriba, desde por la tarde hasta por la noche y en casa de Clara siempre había merienda porque el hambre pasó por la puerta de Clara pero nunca entró en su casa. La primera tele del barrio fue la de Clara, también el primer teléfono. Y en casa de Clara había tortillas, y se celebraban los bautizos y se celebraban las tallas con dulces, chocolate y un tocadiscos para que no faltara la música. Y en boca de todo el barrio esta coplilla: "En casa de la Clara siempre hay jarana, cuando no es por la noche es por la mañana".

Cada 18 de julio los Ávila se montaban en la furgoneta de los Salas o salían 10 o 12 del 600 y se iban al Guadiloba y eran la familia más feliz del universo. Y todos esos recuerdos afloraban intactos de la prodigiosa cabeza de Clara que tristemente nos ha dicho adiós en estos tiempos tan malos en que los duelos hay que vivirlos en amarga soledad. Hasta siempre Clara, que fue una mujer maravillosa y una madre ejemplar. Clara, nuera de Teófila, aquella limpia y conquistadora mujer que una mañana tras una noche de amor con Santiaguino gritó desde su nido: "Hoy no habrá desayuno para uno, hoy habrá desayuno para dos".



Los Ávila

Capítulo 70

A dos metros de mí

El hielo se ha podrido en el congelador, como lo hacen los lirios de la Ribera del Marco cuando llega el calor y el caudal baja, y el sol atiza y nos guiña los ojos y crece el esparto. Hacía tiempo que el hielo no rompía en la copa, ni el gas jugueteaba a su lado mientras el ron iniciaba la carrera hasta el fondo de la copa, deseosa del brindis del regreso.

Fuera, en las terrazas, se vive un espectáculo dantesco. Los hosteleros de la ciudad suplican que los clientes no las asalten, que guarden su turno, que esperen a desinfectar las mesas y las sillas para evitar la propagación del virus. Pero no importa: un grupo se apelotona en uno de los bares de San Juan: brindan, se abrazan, comen del mismo plato, toda una orgía de tenedores que no saben lo que es el miedo.

Lucrecia comparte en su red social este mensaje: “Creo que no he leído nada tan cierto en toda la cuarentena. Que una sociedad en plena pandemia, con más de 26.000 muertos, esté obsesionada con las terrazas de los bares muestra el nivel de frivolidad e irresponsabilidad en el que nos encontramos”.

Al otro lado, los críticos increpan a Lucrecia. Sacan de su baraja argumental que hay que darle de comer a los hosteleros, aunque lo hagan sin mascarillas, ni guantes, ni distancia que valga. Oh, épico canto al hostelero, que debe ahuyentar con exquisita educación a quienes se suman al jolgorio del desconcierto y les importa un carajo la Fase 0 o la Fase 1 o los encuentros en la tercera fase de Steven Spielberg.

Y no se trata de no salir, qué va. Se trata de hacerlo con garantías. Sí, porque las garantías darán de comer a la hostelería, y no serán el pan para hoy y el hambre para mañana.

“Escucho las campanas de Jerusalem, los coros de la caballería romana están cantando”. Es la música de Coldplay más allá del balcón, mientras el delirio continúa en los veladores del centro de la ciudad.

Dentro, Jorge Drexler suena pausado al ritmo del ron que sigue cayendo en la copa, rompiendo su color dorado de barricas de roble donde se almacenó al envejecer. Rebota contra el hielo bajo el neón de un letrero de cartón que dice: ‘No olvides ser feliz’. De eso se trata, de ser feliz a dos metros de mí.



Fotografía: Dentro, en casa

Capítulo 71

Reabre en Cáceres el chino de Nieves

Echábamos de menos a Nieves, que es una cacereña más. Su chino Rafa&Nieves abrió en 2014 en la cacereña calle Periodista Sánchez Asensio, enfrente de los cines, a los pies de la avenida Virgen de la Montaña, que siempre tuvo un aire muy romántico con su bulevar de tierra, sus casas protegidas que hicieron los arquitectos Laguna, Chávarri y Ruiz Larrea, y sus edificios modernistas hoy desaparecidos. La Montaña era la avenida más moderna de la ciudad. Allí paraban los autobuses de Magro y de Mirat y en su bulevar los niños jugaban a los bolindres y al clavo. En la Montaña residían Jaime Naranjo, los Rivera Calvillo, Lorenzo González, Juan Delgado Valhondo (el de la farmacia), los Rodríguez Márquez, más conocidos como los Caleros...

Pronto empezaron a abrirse allí pujantes negocios: Muebles Cordero, Librería Cerezo, la frutería de los Rodríguez Márquez, la Peluquería Macías, la tienda veterinaria de Dámaso Márquez y las cafeterías El Encuentro y El Molino Rojo, que frecuentaban profesores, escritores y poetas. En los años 60 también la tintorería Limsec, situada justo frente al sanatorio de don Pedro Rodríguez de Ledesma. En realidad, aquel sanatorio era un chalet, donde también vivían don Pedro, su mujer Inmaculada y sus seis hijos. Era aquella una casa maravillosa: al subir las escaleras, a la derecha, un jardín con una palmera, y luego las habitaciones y un pequeño quirófano en el piso superior. Con su derribo se marchó parte de la rica historia urbanística de esta ciudad.

Durante el confinamiento, esa avenida, testigo directo de la historia de Cáceres, estaba un poco más triste con la tienda de Nieves cerrada. Ahora ha reabierto y ya no estamos tan huérfanos. Que Nieves lo mismo te vende un mantel, que unas servilletas, que un protector del móvil, que una taza de café, un cuaderno, tierra para las macetas y tarjetas de felicitación para los cumpleaños.

En sus 800 metros cuadrados de exposición, de orden perfecto y señalización envidiable, sobresale por encima de todas las cosas el talante, el carácter y la sonrisa de Nieves, a la que vimos al comienzo del estado de alarma donando mascarillas para los agentes de la Policía Local, en un gesto que demuestra su solidaridad y su categoría como ser humano.

Por cierto, hoy es lunes, primer día sin aplausos.



Bazar Rafa & Nieves

Capítulo 72

La bolsa o la vida en la basura

Ana ha vencido el miedo a salir a la calle. Dice que se acuerda de su madre, que siempre le decía que en la vida hay que mirar hacia adelante, y que también hay que mirar a los lados porque a menudo encontrarás a alguien que esté en peor situación que tú.

De manera que Ana, experta en costura, se ha hecho tres o cuatro mascarillas de distintos dibujos y todos los días se echa a la avenida Ruta de la Plata con una distinta en función de la ropa que escoja del armario. Luego se toma un vino en una de las terrazas que han abierto en el barrio del Eroski, que es lo que más cerca le cae de su casa.

Sin embargo, hoy Ana se ha sentido muy jodida cuando ha visto en las redes sociales una imagen captada en Tomelloso, que podría haberse captado en cualquier otro lugar de este país, donde aparecía un cartel tirado junto a unos contenedores de la basura en el que podía leerse 'Todo va a salir bien'.

Impactada, luego ha leído el barómetro del CIS que dice que la preocupación de los ciudadanos por el coronavirus ha bajado en el último mes hasta situarse como el tercer problema en España. Ahora el paro y el mal comportamiento de los políticos le han ganado la partida a la pandemia.

Ya no hay aplausos, pero la Residencia Asistida continúa sin controlar los contagios. En las últimas 24 horas ha fallecido un hombre; solo tenía 61 años. El Área de Salud de Cáceres ya registra 268 muertos y aún hay cacereños (esa minoría que de pronto se torna inmensa) que no se han enterado de que hay que caminar en el sentido de los coches, siempre por tu derecha para evitar contactos y salvaguardar la propagación de un virus que sigue con nosotros. Pero qué más da, si la vida ya la hemos tirado a la basura y ahora solo nos importa la bolsa.



Imagen captada en Tomelloso

Capítulo 73

El Zani

Cáceres siempre ha sido muy de bares. Por ejemplo, por Pizarro estuvieron El Comunista y El Escudo de Oro con sus pistolas. Bares famosos fueron El Cacharrín (estaba en la cuesta del Gran Teatro y el dueño tocaba la guitarra de morirse), y el Luciano (luego fue Galvao), con la señora María, que era una gran cocinera (su hijo Luli fue camarero del Gran Café).

El Bar Luciano estuvo en la calle Parras y en sus orígenes fue Casa Juan, que en los años 20 abrió Juan Guerrero, padre del fotógrafo Juan Guerrero, y que montó este establecimiento, situado muy cerca de la calle San Felipe, lugar donde se amontonaban las casas de citas de la ciudad. En Parras no había entonces más bares que Casa Juan, porque hasta más tarde no llegarían Los Porrones y el Cervantes, que luego fue la bodega del señor Pedro Benítez.

Tanto amamos los bares, que en Las Cuatro Esquinas era donde comenzaba La ruta de los elefantes, llamada así por las trompas que podías agarrarte si hacías el recorrido por El Lázaro, el Suizo (que estaba debajo de la casa de Fernando Carvajal), el Nidos y La Chicha. En Moret estaba La Granja (estupenda pastelería), El Maleno (que tenía freidora y hacía tencas), La Catalana, La Cueva (que fue tasca antes que club de alterne), el Virgilio, Los Marros (llamado así porque estaba decorado con marros de río), El Rialto y, cómo no, El Gironés, que estaba en San Juan y era como la universidad del vino porque a su tertulia acudían profesores destacados de la capital.

Y qué decir de La Madrila, donde incontables veladas hemos disfrutado. Allí está el Zani, que es típico el día de las cañas de Nochebuena. La última Navidad nos apoyamos en su barra y bebimos Sagres. Ayer seguía cerrado. Pero esto pasará, que estamos ya en la desescalada y la cerveza portuguesa nos espera.



Bar Zani

Capítulo 74

Cáceres no es Núñez de Balboa

En San Pedro de Alcántara, el Beverly Hills de Cáceres que pusieron de moda los modistos Elpideo y Leo, y que hoy está en decadencia, solo ha abierto el 'Más que tapas', a cuya terraza llegan por la mañana los funcionarios que han abandonado el teletrabajo. A pocos metros, una empleada de Pronovias habla en la puerta del negocio y lamenta las pérdidas en este tiempo de pandemia en el que los cacereños han dejado de casarse.

Más allá, en Santa Joaquina de Vedruna, la Cervecería Garden's no para de servir a una clientela que estos días ha aumentado. El local está en las traseras de lo que fue el Cine Astoria, que muchos cacereños recordarán por su cafetería de larga barra y grandes ventanales que se abrían en verano y que tenía un cocinera que preparaba las patatas fritas y las berenjenas rebozadas más famosas de toda la ciudad.

Al lado, en el Paseo de Cánovas, los columpios siguen precintados y tres mujeres comparten banco. Han colocado una tela azul encima como medida preventiva. Miran a un Quiosco de la Música aún vetado al público, con sus sillas y mesas encadenadas. Más arriba, en la esquina de Mecanorba, han pintado un grafiti en la fachada que dice 'Puterío' y que conduce directamente a las calles de los obispos. Allí, zona del cañeo por excelencia, los bares tienen bajada la persiana: el Viña Grande del bueno de Juan, el Orense, el Dallas... Tampoco podrían abrir, aunque quisieran, porque las obras de peatonalización mantienen la zona patas arriba.

En Gómez Becerra, la hostelería duerme en ese eterno día de la marmota. Eso sí, en Rosso, que es el Ikea de Cáceres, hay colas para entrar, porque lo que no consiga Rosso no lo consigue nadie cuando de atraer al cacereño se trata. En la Plaza de los Maestros solo sirven café y pasteles en Las Meninas y han puesto una mesita alta en la puerta.

Un breve paseo conduce a la avenida Virgen de Guadalupe, a la que los románticos siguen llamando Paseo de las Acacias sin saber a qué

iluminado se le ocurrió la idea de cambiarle tan hermoso nombre. Ese lugar albergó durante un tiempo el quiosco Los Naranjos (que luego trasladaron a Cánovas, muy cerca del Metropol). Los Naranjos fue el primero de Cáceres en comprar máquinas de pistolas para hacer churros y al llegar la primavera instalaba un velador de más de 80 mesas, algo ahora impensable.

Pero esta tarde, la melancolía por lo que fue esta avenida se cae por las escaleras: en el número 4, junto al hotel Alcántara, un hombre amenaza con tirarse desde el balcón. Dos agentes del Cuerpo Nacional de Policía suben al piso mientras se escucha: «Os podéis ir. Ya no hay más fiesta, que no me voy a tirar». Apresurada, llega Cecilia, que va camino de Marco Aldany: «Llevamos varios días con la peluquería abierta y no paramos», confiesa al mirar atónita la escena.

El coronavirus ha dejado devastada a La Madrila. La ciudad tendría que hacerle un monumento a Manolo Carabia, hijo de un notario de Bilbao que de un hoyo levantó este barrio e ideó Bol's y La Colina situando al Cáceres de finales de los 60 en la cresta de la modernidad. Era entonces la nuestra una capital en la que no se podía bailar porque al obispo no le gustaba, así que Manolo creó Faunos, un club privado al que después supo darle elasticidad hasta convertirlo en un referente de la noche cacereña. Faunos era un lugar de decoración simple y velas de colores donde pinchaban discos Juan Narváez, duque de Valencia, o el fotógrafo Luis Casero.

Los jueves salían las chicas de la Laboral, había sesiones de tarde y noche. A Faunos llegaban gentes de Bilbao, Barcelona y Madrid y se oía la música de los topten de Estados Unidos e Inglaterra. Ahora, en las escaleras que dan acceso al que fue templo de la diversión hay dos pintadas. En una se lee: 'Somos camareras, no tus esclavas'. En la otra: 'Alegría'. Al fondo, unos cipreses; diabólica metáfora de este cementerio de 'la movida' llamado Albatros.

Por Doctor Fleming camina una mujer envuelta en una bandera de España. Todo hace pensar que participará en la protesta que con el lema 'Salvemos España' se queja por la actuación del gobierno al grito de #Sánchezveteya. El éxito de convocatoria es pírrico a ojos de la Policía Local, que calcula en 180 los asistentes congregados en Cánovas, es decir, un 0,18% de la población de la capital. A la plaza solo llegaron 110, o sea, el 0,11%. Nadie multó a los asistentes porque argumentaban que iban a

pasear. Atendiendo a estos datos, parece que Cáceres tiene poco que ver con Núñez de Balboa, calle del madrileño barrio de Salamanca donde comenzaron las concentraciones contra el Ejecutivo central por la gestión del Covid, y que se han ido extendiendo a otras ciudades españolas.

Entretanto, en las escasas terrazas abiertas en San Juan, Moret y Pintores, los hosteleros luchan por empezar de nuevo. En la plaza únicamente está La Minerva, y General Ezponda es un erial ocupado por el Kebab. ¡Con lo que fue la Calle de los Vinos, su Bar Amador, la sastrería de Pepe Santos, el Cisne Negro, la barbería de Tato, el Rastro, la Ferretería Rey o el colegio de las Damas Apostólicas! En la Conce ha resucitado el Nuevo Rialto, del balcón del bloque 2 sigue colgando una pancarta de 'No a la mina' y en Camino Llano desean por videollamada feliz 23 cumpleaños a Miguel.

Hoy, entre el dislate de Núñez de Balboa y la petición de muerte al Rey, Twitter es un vertedero. Quizá por eso la perpleja Leoncia se ha puesto mascarilla.



Una mujer con la bandera de España

Capítulo 75

"El grado de desesperación y angustia precipitó la muerte de mi madre"

Cuatro personas aguardan su turno a las puertas de la floristería Mari Leo, que está en la entrada del cementerio de Cáceres. Sobre ellos un cartel que dice: 'El que vive y crece en mí, no morirá eternamente'. Es un mensaje que en esta mañana de mayo, donde aprieta justiciero el sol, se torna más vacío que nunca, porque dentro hay 81 nichos correspondientes a las víctimas de la pandemia, la mayoría de ellos sin lápida, que se confunden entre las más de 20.000 sepulturas que desde 1844 llenan los 35.000 metros cuadrados del camposanto.

Los muertos del coronavirus se reparten en los patios 1 y 2 de este lugar que ha reabierto tras el cierre por el confinamiento. Montaña Cristiano vende flores. Desde que volvió a su actividad el 11 de mayo apenas ha preparado un 10% de ramos para fallecidos por el Covid, porque la gente aún tiene pavor de acercarse al sitio donde dicen que sus familias reposan en paz.

María Francisca Mancebo perdió a su marido, Manuel Flores, hace un año. Hasta antes de decretarse el estado de alarma visitaba a diario el cementerio. Ahora, de luto riguroso y con mascarilla negra, ha vuelto a su cita. Arregla las flores, reza un responso y se pierde entre una hilera de cruces de mármol.

Más allá, Paqui Pavón respira profundo. «Tengo aquí a mucha gente, a mi suegro, a mi hermana que se fue con 2 años...» Antes también venía cada día. «Desde que murió mi madre acudía de lunes a domingo. Me decían que ahora aprovechara para dejar de hacerlo, que de poco valía, que no los iba a sacar de donde están, pero a mí me reconforta».

Ella no ha sufrido el azote directo de la enfermedad, sin embargo ha padecido la tristeza que supone no contemplar la tumba de quienes te importan. «Aunque los hayan metido aquí, que no los dejemos olvidados».



El cacereño Carlos Jordán muestra una foto de su madre, enterrada en el nicho 1.444 del cementerio

Su voz retumba a pocos pasos de la zona más antigua, en la que se acumulan los panteones de las familias más acomodadas de la capital. Como el cementerio se quedaba pequeño, hubo que enterrar a la caravana imparable del virus en los nichos que estaban libres. «Aquí se concentran casi todos», explica el encargado, Miguel Ángel Muriel

La furgoneta de una empresa de mármoles y granitos toma medidas y según avance la desescalada irán instalando el sello perpetuo de la fría piedra que engalane su recuerdo. Teresa, Bernardo y tantos otros, nombres escritos en papeles en blanco que cuelgan de las sepulturas. «Ayer hubo dos entierros, ninguno por coronavirus. Hoy no tenemos». Nada que ver con los días anteriores y posteriores a la Semana Santa, donde en siete jornadas hubo 29 enterramientos.

El 17 de marzo fue el primero. «Era una señora de Cáceres que trajeron de Badajoz», dice Muriel mientras señala las tres coronas de flores con las que el ayuntamiento homenajeó a los difuntos. Ya se han secado. De ellas quedan los lazos donde en vez de ‘covid’ escribieron ‘covit’, qué más da la ‘d’ o la ‘t’ si la muerte no entiende de gramática.

En el nicho 1.444 está María de los Ángeles García Rentero. Ella se había casado con Alfonso Jordán, que murió con 54 años y fue uno de los hombres de confianza de los fundadores de la Banca Sánchez. Tuvieron tres hijos: Alfonso, Elvira y Carlos. Como Elvira vive en Madrid no pudo despedir a su madre, que pasó los últimos años en una residencia junto a su cuñada Paqui. Estaban todo el día juntas. Ambas fallecieron por coronavirus.

«Era una mujer llena de virtudes, alegre, dicharachera, encantadora y extrovertida», relata Carlos, mientras junto a la tumba muestra una fotografía de su madre. «Esto ha sido un trance terrible. Llevábamos dos meses sin visitarla. Seguro que se marchó sin poder comprender por qué de pronto habíamos dejado de ir a verla. El grado de desesperación y angustia precipitó su muerte».

Con entereza, asegura que la crisis sanitaria le ha enseñado que la vida «es tan frágil que la mitad de las cosas que tanto nos preocupan no merecen la pena. Hay pérdidas que te dejan gran huella. No entraré en otras consideraciones», zanja al despedirse. Al lado, en una lápida, esta vez con nombre, se puede leer: ‘No me lloréis, buscadme en el Reino de los Cielos». Fuera, la brigada de Obras cubre de alquitrán la carretera. Sigue apretando el sol.

Capítulo 76

Una sirena

Ya no suena la campana en el cementerio. Cuentan que era tan ensordecedora como las chicharras de la carretera de Sierra de Fuentes cuando a lo lejos se divisa la bella Cáceres. En su lugar hay una sirena, que avisa a los vivos de que es hora de salir del lugar donde habitan los muertos. Panteones, nichos, tumbas, flores de plástico, coronas, frases, fotos... el camposanto es una ciudad dentro de la ciudad, el lugar al que estos días de desescalada todavía cuesta venir. Los cementerios, es verdad, tienen algo de románticos. Al arquitecto Ángel González, por ejemplo, siempre le ha gustado fotografiarlos porque Ángel es de hacer las fotos más sorprendentes en los lugares más insólitos.

Como la visita siempre impresiona, el paseo hasta San Blas reconfortaba el alma. Fue precisamente en San Blas donde el ayuntamiento levantó la colonia de viviendas municipales para sus empleados. En una vivían Alejo Carvajal y Alejandra y al lado sus suegros, José y Tomasa. Los niños del barrio acudían entonces a unas escuelas que estaban muy cerca del cementerio. Allí había dos aulas, una para niños, donde impartía clase don Víctor Perales, y otra para niñas, con doña Paquita como maestra. En los recreos daban a los muchachos queso americano, que tenía color anaranjado, venía dentro de unas latas y cada vez que te lo comías te sabía a gloria. También daban leche en polvo, aunque para eso tenías que llevarte un cacillo de casa.

En el barrio vivían la señora Manuela, Paco, Ignacio Morato, Antonio Polo... Por detrás estaban Antonio Rolo, que era carpintero, Francisco del Barco, Santos Floriano, y había muchos municipales. Luego estaba la tienda de ultramarinos de Lázaro, la carbonería del tío Choto, el horno de la Romualda, que la víspera de San Blas se pasaba la noche haciendo roscas y las hacía por miles; la panadería de la señora Cándida, que preparaba coquillos para San Blas y vendía pan y chucherías para los niños, el cine de Población...

El seminario daba mucha vida a la barriada. Desde la casa de los Carvajal se veía pasar a diario una hilera de jóvenes seminaristas con bonete y estola roja que acudían a recibir sus clases. También pasaban los carros cargados de comida para los guardias que trabajaban en la prisión.

En San Blas estaban las cercas de Chapado, donde se levantó el Colegio Universitario. Hasta ese lugar llegaban los cacereños a hacer las eras en verano para limpiar la paja, y también se vendían sandías y melones. Por las tardes, aprovechando la siesta, arribaban vendedores ambulantes con sus carretillas, en las que portaban cubas de corcho con helados y barquillos. También llevaban polos de hielo a los que les echaban colorante según el sabor que prefirieras: de limón, de naranja, de fresa... Las cercas, en invierno, se ponían hasta arriba de gente de Malpartida vendiendo picón.

En San Blas estaba la señora Petra, que era la ermitaña de la ermita. Era una señora viuda que tenía un hijo que trabajaba en un ultramarinos que estaba por San Juan. El primer coadjutor que tuvo la ermita fue Vicente Boliche, luego don José Reveriego llegó de párroco. Los Carvajal estaban muy ligados a la parroquia, don José frecuentaba su casa y Alejo iba siempre a misa de ocho, preparaba los monumentos para Semana Santa, los pintaba con sus palomas y sus espigas...

Entre todos formaban una gran familia: Rogelio Mateos y su mujer, Concesa, también colaboraban activamente en la iglesia. Hacían una gran labor apostólica y todos los domingos bajaban hasta la cárcel para reconfortar a los internos.

Hoy San Blas sigue estando a medio gas, deseoso de dar el empujón para volver a nacer.



Sirena del cementerio de Cáceres

Capítulo 77

Punto y seguido

La vida está llena de puntos seguidos. Nunca hay puntos finales. Los finales siempre te dejan alguna huella, de manera que permanecen en ti como lo hacen los palmitos en los climas templados. El otro día compré una sandía, de esas que chirrían de alegría al hincarles la faca y arrojan su torrente de zumo y de pepitas en la mesa camilla a la hora de la siesta. Me puse a llorar al pensar que estaba asesinando a una sandía, y me sentí tan estúpido que eso me hacía llorar aún más. Luego me di cuenta de que en realidad lloraba por algo más profundo, tan alargado como las sombras chinescas que mi padre dibujaba con sus manos en la pared del cortijo todas las noches de agosto para mantener entretenida a la chiquillería.

El 13 de marzo se paró el calendario cuando aún no habían florecido las margaritas en el asfalto. A partir de entonces nada ha vuelto a ser como antes. La redacción del periódico en el que trabajo desde hace 29 años se trasladó al salón de casa, con vistas a Camino Llano dentro de un edificio donde el pulsador del ascensor había dejado de sonar. Hasta los medios para hacer periodismo cambiaron, aunque nunca se ha hecho tan buen periodismo como hasta ahora. Todos mis compañeros han demostrado una heroicidad que ha sido un ejemplo de compromiso y entrega a la sociedad cacereña, a la que nos debemos desde el 1 de abril de 1923.

Desde el 16 de marzo las comparecencias del alcalde, Luis Salaya, se realizaron vía streaming. Carmen, la primera fallecida en Arroyo de la Luz, marcó un antes y un después en la evolución de una pandemia que acumula 506 muertos en Extremadura, la mayor parte de ellos en el Área de Salud de Cáceres y que ha arrastrado unas consecuencias dramáticas para nuestra sociedad, nuestra sanidad y nuestra economía. Ahí han estado los sanitarios, los bomberos, los militares, los comerciantes, los hosteleros, los repartidores, los de la limpieza, los de los parques, los del autobús, los

taxistas... el esfuerzo coral de una ciudad que ha hecho aún más grande el nombre de Cáceres.

Los muertos tienen nombres y apellidos y todos merecen recuerdo y homenaje. De los muertos siempre hay alguno que te toca más el corazón. En mi caso ha sido el de mi amigo Alfonso, que con 51 años, se marchó sin la posibilidad de despedida. No fue el coronavirus lo que se lo llevó, pero la crisis sanitaria impuso unas lógicas medidas extremas que impidieron el adiós.

El padre de Alfonso era carpintero, un hombre que hacía magia con sus dedos y de ellos sacaba las piezas de ebanistería más hermosas y perfectas que he visto nunca. Aún recuerdo sus manos cepillando la madera y aquella melodía de púas y tornillos que daban vida a esos objetos inanimados que luego se convierten en partes esenciales de nuestros hogares y van conformando nuestros recuerdos. Recuerdo esa cama, recuerdo esa alacena, recuerdo esas puertas de un armario que aún cierra a la perfección aunque hayan pasado cien mil primaveras.

Alfonso y su mellizo José Joaquín nacieron un 15 de octubre. Desde Teléfonos llegó una conferencia con la buena nueva de que Ani había traído al mundo a sus dos criaturas. Yo llegué dos días después. A mí no me gusta hablar solo de Alfonso, a mí me gusta hablar de los mellizos, porque para mí los dos han sido uno. Con ellos aprendí a subirme a los árboles, a lanzar huesos de almecina por tubos de hojalata como si fueran munición de un ejército de caballería, aprendí a jugar a policías y ladrones, al 3x7 y, sobre todo, a hacer carreteras y autopistas increíbles en esa sala grande con balcones que miraban a la Iglesia, mientras su abuela Lucrecia tejía las prendas más primorosas jamás imaginadas en su máquina de coser y la hermana de los mellizos, también llamada Lucrecia, siempre nos regalaba su preciosa sonrisa.

Con los mellizos pasé de la infancia a una adolescencia felicísima, de bailes de verbena, en La Menta y La Calatrava, en esos años en los que descubrir una discoteca era como descubrir el mundo. Con ellos he vivido lo bueno y lo malo, y siempre tuve de sus manos el apoyo y el consuelo en alguno de esos momentos jodidos con los que de vez en cuando el destino te machaca.

Las sensaciones de duelo me derriban de un golpe. Es esa ambivalencia de sentir alegría y tristeza al recordarlo lo que hace más honestos a los seres humanos. Es difícil imaginarme la vida sin él. Porque nuestras vidas empezaron juntas y siempre pensé que terminarían juntas.

Ahora reviso fotografías y ordeno mis recuerdos. Casualmente siempre me veo junto a los mellizos, a los pies del castillo, a la orilla de la piscina, recorriendo el Cabo de Gata en busca de delfines, comiendo pipas en la plaza, cubiertos por una nube de roscos de pan en San Sebastián y zampando napolitanas en la panadería de Abajo y en la de Serafín mientras Mariluz preparaba los primeros cafés de la mañana, cuando el conjunto hacía las maletas porque ya habíamos cantado y bailado todo el repertorio, incluyendo, claro, 'Paquito El Chocolatero' y el 'Porompompero' de Manolo Escobar.

En esta nueva vida enmascarada nunca olvido a Pachi, el Padre Pacífico, que ha sido mi referente espiritual. Él siempre decía que "el cielo está donde uno sea feliz", así que sé que Alfonso fue siempre feliz bajo su cielo con vistas a La Alcarria, cuando las parras verdecían y había que pelar la almendra.

El otro día estuve en el cementerio de Cáceres. Una hilera de tumbas sin nombres recorrió con escalofrío mi piel, mientras mi temblorosa mano-guante trataba de apuntar la leyenda de una lápida en el cuaderno que me regaló María, la de TodoLibros, para realizar mis anotaciones.

Han sido diez semanas de videollamadas, de aprender a mirar el horizonte con otros ojos. Mañana entramos en la Fase 2 de la desescalada y por fin abre el Centro Comercial Ruta de la Plata, al que todos los cacereños seguiremos llamando Eroski. Si abre el Eroski es que las cosas mejoran, es que empiezan a verse los puntos seguidos.

Por eso, esta crónica callejera, bautizada así por mi compañera Rocío Sánchez y que ininterrumpidamente se ha publicado durante el confinamiento, dice adiós o más bien teclea el punto y seguido.

En esta mañana de domingo, 24 de mayo de 2020, mi cabeza ha viajado hasta la calle del Correo, donde María Joaquina, la abuela materna de los mellizos, siempre nos daba para merendar tortas de naranja con chocolate que compraba en 'La Posá'.

Y entonces he echado mano de Gabriel Celaya cuando dedicaba estos versos a su amigo Neruda, que hoy cobran un gran paralelismo: “Te escribo desde un puerto, desde una costa rota, desde un país sin dientes, ni párpados, ni llanto. Te escribo con sus muertos, te escribo por los vivos, por todos los que aguantan y aún luchan duramente”.

Guardo este cuaderno. Cuando lo vuelva a abrir ya no quiero que la vida sea como era antes. Quiero que la vida sea como cuando de niño jugaba con los mellizos bajo un azul inmenso, en el rincón donde, puro, limpio, tibio y transparente, resurgía cada día el mundo.



Los mellizos

A MODO DE EPÍLOGO

Pepe Higuero, el maestro

El periodista cacereño falleció el 28 de mayo a los 73 años

La madrugada del sábado comenzó a sentirse mal y en menos de cinco días nos ha dicho adiós. La noticia de su fallecimiento ha llegado en tiempos de pandemia y mascarillas, cuando el luto y el dolor se viven a dos metros de distancia y son imposibles los abrazos. Pepe Higuero nació en 1946 en Alcuéscar, el pueblo del que tanto presumía. Era hijo de Vicente y de Irene, y creció en el seno de una familia de otros tres hermanos: Matilde, Irene y Enrique, maquetista y diseñador de este diario, otro de los grandes, fallecido en 2011.

Pepe llevaba el periodismo en la cabeza y en el corazón, dos virtudes fundamentales de este oficio. Siempre demostró el profundo amor que sentía por Cáceres. Por su ciudad luchó y a su ciudad reivindicó. Lo hizo desde todos los puestos que desempeñó, no solo como director general de El Periódico Extremadura en 1984 y como director del diario entre los años 1994 y 1998, sino como director de Radio Popular, miembro de la Caja de Ahorros de Extremadura o director general de Cultura de la Junta de Extremadura en tiempos de Jaime Naranjo como consejero. A él se debieron la remodelación del Gran Teatro e incontables acciones como gestor cultural. Tuvo que ver, y mucho, con la llegada del Womad y la celebración del concierto de Sting en el Príncipe Felipe en 1993.

De Pepe Higuero habrá miles de anécdotas, seguro, pero yo me quedo con esta: llevaba él unos días dirigiendo este rotativo cuando me hizo pasar al despacho. Me puse a temblar. Pensé que por alguna razón aquella mañana me iba a caer la del pulpo y me pondrían de patitas en la calle. Tomé asiento en esa estancia del Camino Llano y comenzó a hablarme de usted...

«Me he enterado de que le gusta mucho Cáceres y de que junto a su compañero José María Ortiz suele frecuentar los bares de La Madrila». Asentí con la cabeza mientras mi cuerpo se hacía cada vez más pequeño

engullido en la silla de terciopelo. «Quería preguntarle qué razones le llevan a preferir la sección de Local por encima de cualquier otra del periódico, siendo además nacido en Almería, habiendo vivido en Barcelona y Murcia, y ahora procedente de Don Benito. ¡Vaya un batiburrillo!», exclamó.

A mis veinte pocos contesté de esta guisa: «He sido un niño marcado por las mudanzas y Cáceres me ha acogido tan bien que quiero quedarme aquí para siempre». Respondió: «Siendo así le voy a dar cuatro pautas que deberá respetar en esta ciudad: la primera se llama la Virgen de la Montaña, la segunda se llama parte antigua, la tercera se llama baloncesto y la última se llama Atrio. Si aprende la lección, las cosas le irán mejor. Y ahora, póngase a trabajar, y por favor, levante el culo de la silla: que las noticias están en Cánovas. Ah, por cierto, vaya a hacer un reportaje a los de Atrio: ellos están consiguiendo que el nombre de Cáceres viaje por todo el mundo, igual que nuestro equipo de baloncesto, que ha subido a la liga ACB».

Pepe Higuero tenía estas cosas, impartía estas lecciones dignas del maestro que fue (dio clases en Castuera y Ciudad Real), del delineante que fue (era un extraordinario artista) y, especialmente, del periodista que fue.

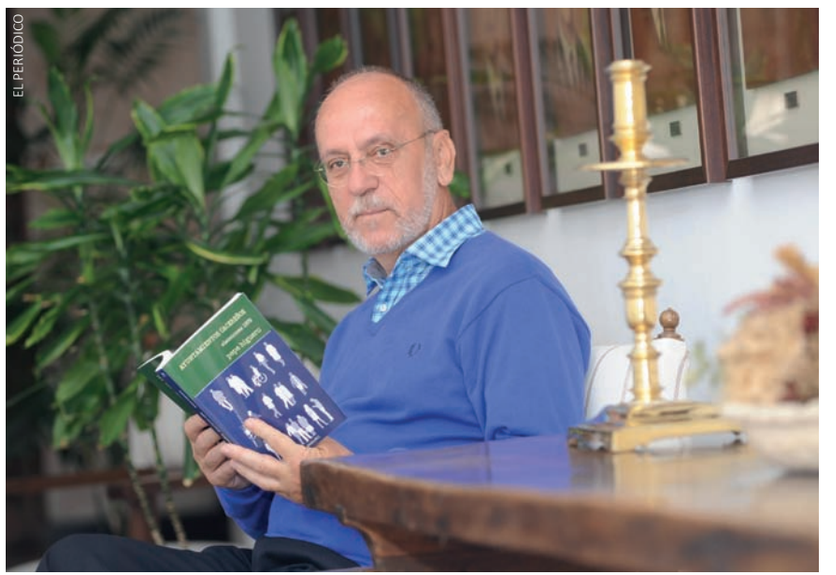
Ayer, Pepe se marchó a los 73 años (en julio hubiera cumplido 74). Lo hizo sin hacer ruido, y eso que a él le encantaba hacer ruido en esos años en los que pinchaba discos en Bols o cuando llegaba a todas las reuniones luciendo su inseparable pajarita.

Pepe conoció a la periodista gallega Ángeles Luaces durante un curso de la COPE en el Colegio San Pablo en Madrid. A partir de entonces, y a bordo de su Simca 1000, iba a ver a aquella delicada dama del Ferrol, con la que contrajo matrimonio y tuvo cuatro hijos: José, Marta, Silvia y Jorge. Tenía un nieto, Antón.

Todos ellos están desolados, como lo está Cáceres, que sin Pepe Higuero se queda, indudablemente más huérfana. El que también fuera director del Diario Córdoba, escribió varios libros, uno de ellos ‘Sorprendente Cáceres, sorprendente’ junto a Luis Casero, en el que fotografiaban a personajes de la vida social, política, periodística y cultural de la ciudad. Fue editado por la Asamblea de Extremadura en la época en que se aspiraba a ser Capital Europea de la Cultura.

En 2011 Pepe Higuero reeditó de la mano de la Diputación de Cáceres ‘Ayuntamientos cacereños. Elecciones 1979’; tenía 32 años en los primeros comicios municipales de la España democrática. Había comenzado siendo informador de radio en la dictadura, en una época en la que cualquier noticia debía pasar antes por la Delegación Provincial de Información y Turismo para su previo visado. Al llegar la Democracia, irrumpió con fuerza un nuevo periodismo y por su programa de Radio Popular pasaron entonces concejales y cabezas de lista de UCD, PSOE, PCE e Independientes. Una editora de Madrid le encargó que hiciera un libro con esas entrevistas. En poco tiempo se agotó.

Retazos magníficos en forma de letras, de columnas de opinión, de fotografías hechas por un tipo listo, perspicaz, intuitivo, defensor de sus ideas, que argumentaba con vehemencia, y creador de una cantera de periodistas extremeños. Con Pepe Higuero, el eterno joven, amigo de sus amigos, al que nunca se le podía engañar, se va parte de la historia viva de la ciudad. Se va un maestro, un hombre que valoraba el trabajo y el esfuerzo y que hasta el último suspiro luchó por la defensa de Cáceres y del periodismo de trinchera, el que se hace con alma, con garra y con talento.



Pepe Higuero

Fotografías de Francis Villegas, Miguel Ángel Muñoz, Palmira Vergel, Alberto Manzano, África Guerrero, Celia Gálvez y Rocío Muñoz.

Ilustración de Julián González de la Montaña.

Siempre atenta a la web Marian Rosado.Tripulando el barco Antonio Cid de Rivera. En Publicidad Antonio Mayorgas. En la gerencia Jesús Contreras.